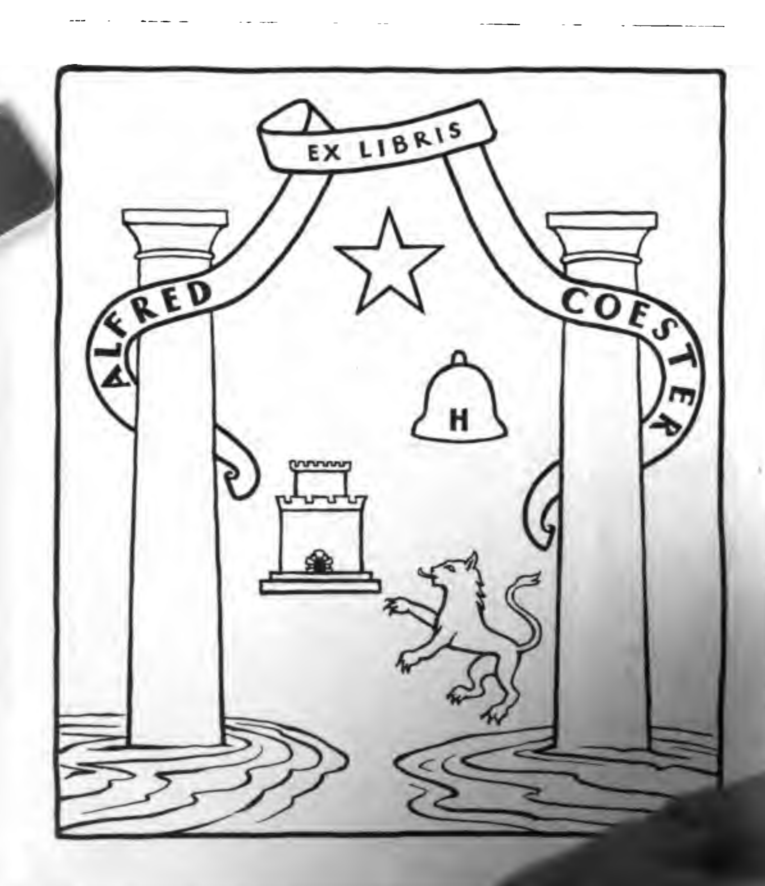


Stanford University Libraries
3 6105 025 601 027


EX LIBRIS
ALFRED
COESTER
H


UNIVERSITY

MEMORIAS DE UN VIEJO

Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, calle Perú, 334

VICTOR GALVEZ

MEMORIAS
DE UN VIEJO

ESCENAS DE COSTUMBRES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

TOMO SEGUNDO

TERCERA EDICION AUMENTADA CON VARIOS CAPÍTULOS INÉDITOS

BUENOS AIRES

JACOBO PEUSER, EDITOR

1888

MEMORIAS DE UN VIEJO

OTROS TIEMPOS, OTRAS COSTUMBRES

LOS CANTORES DE ANTAÑO

He amado con pasion la bellas artes; si hubiera tenido medios para estudiar en Italia, mi vocacion hubiera sido artista soñador: amé la pintura y me fascinaba la gloria cuando visitaba el taller del retratista Favier ó el de Morel, en los cuales asistieron muchos que no alcanzaron ni á saber mezclar los colores: verdaderos aficionados, detestables como artistas y vanidosos como ignorantes. Yo no aprendí sinó á dibujar ojos y narices, pero ¡ay! había otros que tenían pale-

tas y pinceles y no alcanzaron á ser ni pinta-monos. Algunos concurrían al taller de Favier, francés escéntrico y conversador, alto, de figura de artista, cual yo lo imaginaba, con sus enormes bigotes y su pera, su largo y ensortijado cabello. Vivía en la calle de la Florida, en la casa que pertenecía entónces al doctor Rojas. Cuando el maestro estaba de buen humor, cantaba y se deleitaba con sus pinceles; pero vivía haciendo retratos y esto le cortaba las alas de la fantasía, y renegaba de su suerte, del arte y de estar obligado á pintar hermosas las viejas jamonas que así lo exigían, puesto que pagaban para ser perpetuadas en el lienzo. A veces hacía, maldito! en vez de retratos verdaderas caricaturas, pues las ponía rosadas y gorditas, y ellas quedaban encantadas. Era preciso poner en una esquina del cuadro: retrato de doña fulana de tal. El se reía cuando llevaban el mamarracho. No pintó un solo cuadro,

ni jamás tuvo un modelo, ni hacía otra cosa que hacer retratos como quien hace puertas ó ventanas: no quizo ser artista y se decía artesano. Había renunciado á la gloria y trabajaba para comer.

Vivía entonces el pintor Carrandi, y este, desesperado de no alcanzar, falto de escuela y de modelos, los ideales estéticos que adivinaba, perdía á veces la razon, y arremetía á sus cuadros y los hacía pedazos.

Solo ganaban los que hacían retratos, y qué retratos! Algunos guardan como recuerdos de familia aquellas autoridades artísticas, que ni tenían semejanza en la cara; parecían muñecos de madera, sin proporciones, sin perspectiva, de colorido detestable.

El arte estaba en pañales: no hay, ni puede haber verdaderos artistas donde no hubo ni escuelas, ni galerías de pintura, ni modelos: más aún, ni quien comprase cuadros de mé-

rito, ni encomendase un trabajo que fuese digno del talento de un artista.

Los buenos cuadros españoles, que había algunos, pertenecían á las antiguas familias y los conservaban como recuerdo ó como adornos. Eso no bastaba para desarrollar el gusto estético del arte y menos para formar verdaderos cultores de las bellas artes.

En cuanto á escultura, ni aficionados había, y solo se cuenta como leyenda los tallistas indios para las imágenes de los Santos, entre los que fué tradicionalmente famoso el Señor que se conserva en la Iglesia de la Merced.

Tampoco había en esa época Academia de canto ni Conservatorio de música. El maestro Marradas, el mulatillo Espinosa, pianista, y algunos otros que tocaban el violin, el violoncelo y la flauta en las orquestas de los teatros de entónces, eran los que públicamente vivían como profesores de música.

Lo que había aumentado en proporciones colosales, casi epidémicas, eran los aficionados al canto y al piano.

Sin duda alguna para contener los desmanes de tales aficionados de ambos sexos, el buen clérigo don Antonio Picazarri, formó una *Academia de Música*, como si se dijera un hospicio para curar á los monomaniáticos aficionados al desentono, ó escuela para los sectarios de la armonía dignos de mejor suerte.

No había terminado el año de 1822, cerca de sesenta años hace, segun me lo contaron, cuando se intentó someter á leyes científicas á esos perturbadores de los oidos del prójimo, si son meros aficionados, ignorantes y sin escuela.

La ciudad era entónces tan pequeña y tan poco poblada, que bastará que recuerde que en la calle de la Catedral haciendo esquina á la iglesia de las monjas Catalinas era entónces la quinta de don Ladislao Martinez, culti-

vándose en ella legumbres, quinta cercada de pared muy baja, hácia la calle de Temple y Florida. En la esquina de la calle de la Catedral y la del Parque, existía un gran corralon, allí se secaban las ropas lavadas, donde hoy se vé la série de casas de alto de la familia de Miró, y las calles estaban sin empedrar, con pantanos más ó menos profundos, de manera que tenía el aspecto de una poblacion poco compacta, y en los comienzos de su vida culta. Los tunales y cercos de pitas comenzaban antes de llegar á las conocidas quintas de los altos ciprés en la entónces Plaza de Armas, donde quizá dos años antes se había expropiado el terreno en el cualdebió construirse y se construyó el Parque de Artillería. Los arrabales estaban tan cerca del centro, que la plazuela donde se levantó el Mercado del Plata era de tropas de carretas, como la de la Concepcion, y por las calles cruzaban las pesadas carretas de bueyes con

sus enormes ruedas para las travesías de las provincias y las arrias de mulas cargadas con barriles de vino, aceitunas y pasas de las provincias de Cuyo. Se dormía la patriarcal siesta, y á las dos de la tarde se suspendía todo comercio porque era la hora de la comida, del reposo y de la pereza: los vendedores al por menor economizaban el calzado usando chancletas, y en vez de la chaqueta, estaban en mangas de camisa: todo era, pues, embrionario, como si la ciudad se desperezase de la larga siesta colonial, cuyas tradiciones pesaban como el plomo. Los mozos de cordel, muchos negros, estaban descalzos ó con ojotas de cuero sin curtir: los muchachos con los piés desnudos y hasta las criadas economizaban el calzado. La higiene era un mito: el alumbrado una semi-oscuridad con malísimos faroles y velas de sebo, y todo, todo tenía análogos aspectos.

Sin embargo, en medio de esta poblacion

reducida, había familias ricas que vivían en la cómoda holganza, con criados esclavos por servicio.

La casa contigua al Banco de la Provincia pertenecía á don Francisco del Sar, y en esa casa se comía diariamente en vajilla de plata: fuentes, platos, tenedores, cucharas, todo era de plata tan sólida, que se decía que las fuentes y platos eran hechos á martillo en el Alto Perú: eran pesados y gruesos. Los muebles de la sala eran dorados y con espejos, alfombrada esta y los dormitorios y hasta había un oratorio, donde tenía permiso para que se dijese misa. Poseía un coche con su tiro de mulas, el cochero y caballerizos eran negros esclavos: lo guardaba en la cochera de la calle de Cuyo, entre San Martin y Reconquista. En ese coche partía la familia para la quinta situada en las barrancas de la Recoleta, mirando hácia Palermo y hoy propiedad de Bollini.

Esa quinta era celebérrima en su época por las tres *eses* de fierro colocadas en el balcon que estaba sobre la azotea: tres *eses* que fueron comentadas novelescamente y de una manera pornográfica por los caballeros que cabalgaban para los pueblos de la costa. Daban una interpretacion picaresca tomando la primera letra del apellido del dueño y del nombre de bautismo de su esposa.

Pero, ¡válgame Dios! que esta chismografía no se ponga entre los puntos de mi pluma, para trazar lo que no tiene mérito en ser repetido.

En esa quinta, con su corredor sobre la misma barranca, su escalinata de ladrillo, sus corredores interiores, sus muchas piezas, era el centro de reunion de una familia numerosa, de la cual don Francisco del Sar era el fundador. Las chacras de Anchorena, de Castex, de Gutierrez, de Saenz Valiente eran famosas en su época.

Los olivares que había plantado con sus esclavos, su antiguo horno de quemar ladrillo, sus parrales dentro de la gran cerca de la quinta, eran otros tantos atractivos para que los muchachos deseasen hacer los paseos que á pié eran repetidos en las claras mañanas del invierno, en la primavera y en el otoño, en que seis ó siete muchachos eran conducidos por el mismo buen señor. Como él, otros tantos gefes de familia, iban á sus quintas cercanas. Célebre fué la de Santa Lucía, en Barracas, donde se reunía la numerosa y alegre familia de Somellera: la quinta de Masculino, la de Lavallol y otras.

En la calle de San Martin, al lado de la casa que fué de del Sar, está la de la antigua familia Escalada, cuyo salon estaba tapizado de damasco de seda amarilla, con cornizas doradas y cenefas con flecos de seda, cortinados en ventanas y puertas, espejos de Venecia con marcos de espejo, y el techo de madera

dorada y blanca. Era un salon sério, lujoso y de buen gusto con ese carácter típico de la riqueza y del bienestar.

Para que se aprecie la manera de vivir de aquellos tiempos, citaré algunos datos que tengo por haber visto el inventario levantado en Chuquisaca á 2 de Enero de 1826 de los muebles y libros que pertenecieron al doctor don Esteban Agustin Gazcon.

«Primeramente, dice, una urna grande, forrada con dos argotantes de plata. El niño con potencias de oro... Una cujita de plata con un niño con sus perlitas, potencias de oro; un baston con puño de oro; dos espadines con puños de semilor; una imágen de San Antonio con manto de raso morado, su azucena y diadema de plata; una sobre-cama de damasco amarillo, con guarnicion de encaje de plata y forro de zaraza; un ropaje de catre de damasco amarillo; una papelera con sus manijas y chapas de la plata; un ca-

tre de pintura azul con filetes de oro... »[1].

Se vé, pues, que el damasco y la plata entraban en los usos domésticos, lo que prueba el lujo relativo á las costumbres de ese tiempo. Si hasta los catres tenían filetes de oro y ropaje de damasco, esto justifica que había cierto esplendor.

En la ciudad de Córdoba eran famosas las casas de la familia Piedra y de los Bravos. La primera tenía su sala tapizada de damasco, y los segundos sus sitiales como el coro de la Iglesia Catedral en el gran salon de la casa solariega.

La vajilla de plata para el servicio de las casas fué muy general en la época de la colonia entre la gente rica. Despues pasó la moda.

El Banco Nacional ocupa la casa que fué edificada por Ugarte y perteneció despues á

[1] *Inventario,* etc.

la familia de Alzaga. Basta ver el patio, los corredores espaciosos, para convencerse que era un palacio español, bajo el modelo de las construcciones que se ven todavía en muchas poblaciones de la Península, en Sevilla por ejemplo. La familia de Anchorena y tantas otras, no solo poseian sus casas cómodas en la ciudad sinó que todas tenían sus quintas en los Olivos y San Isidro, donde pasaban el verano bajo los corredores de aquellos edificios conventuales, grandes y mirando hácia el Rio de la Plata, desde las barrancas pintorescas.

Las familias de Basavilbaso, Azcuénaga y Olaguer Feliú, no solo tenían bien alhajadas sus casas, sinó que la última conserva numerosos cuadros de la escuela española, y guardaba hasta hace poco los muebles antiguos y el archivo de la familia. El doctor don Miguel Olaguer Feliú donó á la Biblioteca Pública de Buenos Aires su coleccion de

manuscritos, cuyo catálogo debería ser publicado para evitar estravíos en los papeles.

Las familias pudientes vivían en la comodidad. Es famosa la cultísima sociedad de doña Maria Sanchez de Mendeville, de los Lezicas, los Saenz Valiente, los Castro, los Balbastro. Si no daban fiestas, reuníanse patriarcalmente los miembros que formaban numerosa prole, como la familia de Beláustegui, haciendo difícil que el comedor recibiese á nietos y biznietos. Dentro de estos núcleos sociales había cultura en todo lo que era entónces posible, y es un error suponer que las damas fuesen ignorantes y no supiesen escribir y leer : había muy distinguidas señoras.

La madre de don Juan Manuel Ortiz de Rosas ocupaba su antigua casa en la calle de la Defensa, frente al costado del convento de San Francisco, la que se conserva tal cual fué. En su estenso patio se reunían

todas las tardes los nietos y biznietos de la señora y correteaban, saltando y gritando, pero al toque de oraciones todos iban á la cama de la abuela, postrada ya, con los brazos cruzados le pedían la bendicion. y ella tomaba de una bolsa de terciopelo carmesí dos reales cobre, siempre nuevos porque se los procuraba al efecto, y al darles la bendicion daba dos reales á cada nieto, que besándole la mano abría la boca para recibir una cucharada de natas de una gran fuente que diariamente le enviaba su hijo don Juan Manuel.

Los muchachos salían en silencio y cada grupo partía para su casa, pero era prohibido el ruido.

Esa era, pues, la sociedad de entónces, y si cito algunas familias es solo para mostrar que, si los tunales estaban cercanos del centro, había cierta cultura social, que el hogar era respetado, á veces lujoso y aún ceremonioso.

Pedir y recibir la bendicion era una costumbre en los muchachos de todas las familias decentes: y ese acto se hacía descubriéndose y besando la mano que los mayores tendían siempre con afectuoso cariño.

En los últimos tiempos del gobierno colonial la juventud decente ó acomodada recibía una educacion clásica: el estudio del latin se hacía con profundidad y se leían los clásicos en prosa y en verso, ejercitándose en composiciones latinas. Esa educacion dejó un rastro profundo, como puede notarse en todos los hombres que figuraron en ese tiempo en la prensa de entónces, en la poesía de la época: Grecia y Roma están siempre delante de la memoria del escritor, y es en los héroes griegos y romanos donde se buscaban modelos, y para los vuelos de la imaginacion la mitología pagana ofrecía sus fecundísimas leyendas y sus numerosos dioses.

Despues las invasiones inglesas trajeron

un elemento estraño y nuevo en el movimiento sociológico, porque aquella oficialidad distinguida, blancos y rubios, de ojos azules, era una novedad para la poblacion femenina habituada al cabello negro y á la mirada penetrante de la raza española y criolla. Los corazones hablaron, y si odiaron á los conquistadores, tuvieron lástima de la oficialidad prisionera, repartida en las casas de familias por órden superior. Los ingleses llevaron á su turno el recuerdo de las lindas mugeres de este país; la prensa inglesa se ocupó de Buenos Aires y Montevideo y mil publicaciones y aún el proceso de los generales invasores, puso á la moda en Inglaterra el Rio de la Plata. Por esta razon en la primera época de la revolucion la poblacion inglesa fué relativamente numerosa, los comerciantes pertenecían á casas ricas y muchos hombres instruidos se establecieron aquí: entónces empezaron hasta las modas

inglesas, los sastres ingleses, la ropa inglesa, los zapateros ingleses y hasta modistas inglesas.

La misma diplomacia de la Gran Bretaña fué protectora y benévola en los primeros tiempos: bajo su influencia se celebró el tratado Rademaker en 1812, y bajo su mediacion oficiosa se celebró luego la paz con el Imperio del Brasil en 1828. El primer tratado se celebró con ella, el primer templo protestante, el primer cementerio, las primeras escuelas extranjeras: todo era inglés.

Mas tarde esa influencia sufrió un eclipse, y fueron las doctrinas de los enciclopedistas franceses las que se infiltraron en la juventud, en la oficialidad de los ejércitos y especialmente en ciertos personages como Castelli, que tantas perturbaciones y antipatías excitó en las Provincias del Alto Perú.

La influencia francesa fué tardía porque

en el momento de la revolucion se odiaba en la colonia á los franceses que habían invadido á la Metrópoli y se temía la ambicion del primer Napoleon: esa influencia fué antipática. Pero sean las facilidades del idioma ó afinidades de raza, el hecho es que en el Congreso de 1826 se nota el doctrinarismo de los enciclopedistas franceses. En los discursos, en las apreciaciones y en las tendencias aquella influencia se hizo sentir y ha persistido largo tiempo con sus libros, sus diarios, sus modas y sus hombres.

Despues es un cosmopolitismo tal, que se hablan todas las lenguas y todas las influencias luchan: predomina la poblacion italiana, hay diarios, escuelas y teatro italiano; hay diarios y escuelas inglesas; hay diarios, escuelas y teatro francés; y hay diarios y escuelas alemanas. De esta aglomeracion de doctrinas, de lenguas, de razas, saldrá posiblemente una raza fuerte y vigorosa, y á

ella pertenecerá el porvenir en las lontananzas misteriosas del futuro.

Pero la sociedad de Buenos Aires tiene en su seno todos estos elementos múltiples, y contra sus corrientes es difícil la influencia de la raza criolla, del elemento nativo que sufre las transformaciones más estrañas, porque no hubo, no hay fuerzas conservadoras que mantengan contra las corrientes extranjeras. ¿Qué se podría conservar? El idioma, y es en él donde podría salvarse el espíritu de la patria!

Esas transformaciones predominaron hasta en los aficionados á la música y al canto. Jamás los ingleses pudieron imperar, porque no tienen tampoco estilo propio musical.

Fué la escuela y la música italiana, sentimental, armoniosa y melódica, la que dominó sin contradiccion, pues muy débil y pobre fué la resistencia que le oponían los pobres

aficionados nativos. Los españoles carecían de maestros compositores.

¡Entónces se cantaba en español! ¡Qué curiosos recuerdos! *Don Roque y Don Tadeo*, era un dueto bufo, música compuesta por Juan B. Alberdi. Las señoritas cantaban *La Diamela*, palabras de Estévan Echeverría y música de Juan P. Esnaola; *La tirana* de Juan C. Varela, música de Pablo Rosquellas; *La tórtola viuda* de Rivera Indarte, música de E. Massini. Y en fin tantas y tantas canciones como pueden verse en el *Cancionero Argentino*.

Solo, pues, en los salones, en las reuniones de confianza, en el arpa, la guitarra ó el piano, se atrevían á cantar en la lengua nacional los pocos y las pocas aficionadas. ¿Cómo lo harían? La crónica no lo dice, pero yo lo sospecho.

He asistido á comedias de aficionados, á conciertos de aficionados, he leido elucubra-

ciones de aficionados á la ciencia, y en la mayor parte de los casos, el público tuvo una fiebre peligrosa, cuyo diagnóstico aún no se ha estudiado, pero que tiene sus orígenes en causas análogas con el procedimiento de la pica-pica, cuya tradicion ha estampado en letra de molde cierto médico humorístico, narrando aventuras estudiantiles sobre los esperimentos científicos á que sometían las gatas del barrio del Hospital de Hombres.

He visto, pues, salir de tales espectáculos muchos enfermos, víctimas de los dolores agudos que produce la risa contenida.

Hay aficionados instruidos y estudiosos, no hablo de ellos, porque son honra y prez de las bellas artes que cultivan con amor. Hablo de aquellos que careciendo de los conocimientos de escuela, sin haber aprendido la música, suponen que basta el instinto, y maltratan el oido de los oyentes. Quiero ha-

blar, pues, de esos monomaniáticos que se dicen aficionados á la pintura, la escultura, la música y el canto, sin tener ni nociones elementales, sin criterio verdadero, se atreven empero á exhibirse en público, sean hombres, mujeres ó niños. A estos tales, las Musas bienhechoras les darían un escobazo, si hubiera escobas en el Parnaso, y si aquellas deidades supiesen manejarlas.

Quiero hablar en fin, de los monomaniáticos malandrines, entre los cuales son insoportables los aficionados al canto.

No recuerdo dónde ni cuándo unas amiguitas de mis amigos, es decir que las conozco de oidas ó por referencia, conversaban en un salon muy elegante, en cierta ciudad muy culta, y en país muy bello. Relataban una escena de aficionados, tan gráfica y picaresca, que no puedo resistirme á la tentacion de referirla á... ustedes, señoras lectoras mias, si las tuviere, pues si fueren del sexo

feo, que doblen la hoja, que no pongo en letras de molde estas cosillas para los zánganos de la colmena.

—¿Ha estado usted en el concierto? dijo una de ellas.

—¿En cuál? respondieron en coro mis venerables amigos, verdaderos patriarcas de tribus extintas.

—¡En el concierto de caridad!... agregó la más linda.

—¡Oh!... ¡ah!... respondieron. Ninguno había pensado que mediante algunas monedas podía y debía hacer la caridad alegremente, viendo no sé qué, y oyendo muchas cosas, entre otras los aficionados y las aficionadas á la música y al canto.

—¿No recibieron ustedes unas esquelitas bajo sobres de colores, y la direccion escrita en finas patitas de moscas, características de la delicada letra femenina?

Mis amigazos abrían unos ojos!... qué

ojos! parecían estar bajo las garras del perro del canciller prusiano, cuando tuvo la fantasía de acariciar al canciller ruso en el Congreso de Plenipotenciarios en Berlin.

Se miraron entre sí, é hicieron una genuflexion, que podía interpretarse como afirmacion ó negacion, segun el gusto del interlocutor.

— Puesto que ustedes no estuvieron, repitieron hablando al mismo tiempo las tres señoritas, y narrando en coro la misma escena, vamos á decirles lo que pasó. ¡Es tan gracioso!... canta con tanto gusto! tiene una mímica!

— ¡Señoritas! respondieron á un tiempo mis amigazos ¿quién es el ilustre profesor, que tan honda impresion ha producido en ustedes?

— Es un cantor de aficion! Es don Paquillo Matraca, aquel caballero que ha sufrido todas las evoluciones del transformismo, se-

gun se dice. Rubio en su niñez, pelo castaño cn la juventud, gris en la edad madura, y ahora color tornasol...

— ¡Ya!... debe ser muy conocido! decían mis amigazos. Que el diablo las lleve, cualquiera diría que se burlan de nosotros... y uno y otro miraba á su vecino, como diciendo : ese retrato es el tuyo.

— Digan ustedes señoritas ¿ es algun artista jubilado?

— No tal. Jamás hizo profesion del canto, ni cantó por interés. Es y fué un *amateur*...

— ¡ Oh ! ¡ *amateur* ! (ignoraban la lengua extranjera) se miraron entre sí, diciendo aficionado á la caza mayor...

— Pues bien, cantaba en francés !

— Sin duda será algun humorístico francés! ¡ji... jí... ji...! repitieron los dos patriarcas... saboreando los recuerdos de sus antiguas escursiones.

— Es acaso el celeberrimo M... el que

tiene puntillas de agudeza...

— No, señores, repito que es un aficionado... que canta por caridad...

— Hemos oido tantos... ¿será tal vez algun desgraciado imperfecto, que solicita por ese medio la caridad de los oyentes?

— Si ustedes se anticipan no referimos lo acontecido dijeron simultaneamente las tres señoritas. Hablaban en terceto.

Profunda reverencia y mis amigos se convirtieron en verdaderas estátuas, pues ambos habían concentrado en el oido la vida y los otros sentidos. Escuchamos, respondieron más sumisos que el sacristan de Las Conchas.

— Cantaba el señor... y en el oido pronunciaron un nombre que he olvidado... cantaba una cancion de amor!

Estrepitosas y alegres carjadas, hicieron como coro á estas palabras.

— Cantaba y más que cantaba gesticulaba,

se movía y accionaba con una vivacidad y un donaire! que los espectadores no podían permanecer en silencio... Los bravos... y las risas resonaban ante los gritos... *bis... bis...*

El aficionado saludaba agradecido aquel meditado entusiasmo y recibía los plácemes, enrollando la pieza que acababa de cantar y atándola con singular gracia con una cinta azul. Las damas, las señoritas, los caballeros, le repetían, muy bien, señor, canta usted admirablemente bien!

Y cante usted de aficion! Y préstese usted á divertir al público por algunos minutos! para socorrer á los desgraciados...

Fué tanto el ruido, y tan inmenso el entusiasmo producido que estoy cierto desearían muchos que se anuncie otra funcion de aficionados, para no perder ocasion de reir.

Y esto sucede no en tal ó cual ciudad, sinó frecuentemente y por todas partes.

Recuerdo que en el pasado invierno en París, segun me lo escribía un conocido, se dió un concierto de aficionados en el Gran Hotel, bajo el patronato de la Reina doña Isabel. En el espléndido comedor, hácia el fondo, sobre una gradería cubierta de paño carmesí, se habían colocado los aficionados. Se cantaba, como es de regla, y en primera línea aparecía, cantando las arias, una dama vestida de seda blanca, adornada de flores, y tan blanca era su piel á causa del colorete, que la seda parecía amarillenta... Esta dama, escotada, con sus brazos desnudos... era mayor de sesenta años!

Era la conocida Mme... por discrecion no digo el nombre. Decir el contraste que ofrecían aquellos ojos casi sin brillo, las arrugas que se percibían á pesar de los excesivos cuidados de la *toilette,* y sobre todo, aquella voz que había perdido la frescura de la juventud, sería intento vano, porque la fecha

de la partida de bautismo en este caso es argumento concluyente.

Pero lo que tal vez no saben mis lectores es que en la sociedad americana en París hay un matrimonio de cantantes de aficion: ambos han llegado ya á la senectud, y sin embargo, en los salones el caballero, bastante fuerte y grueso, canta canciones francesas, pues es su lengua natal. Y Mme..., excelente persona, tiene tal monomanía musical, que entre ella y su digno esposo absorberían una noche entera! ¡Qué canto aquel! Dicen que solo por galante condescendencia continúa cada cual en su lugar, pues mejor fuera respirar el aire frio de una noche de invierno en aquella capital. Si esto sucede en Paris, donde abundan los cantantes, y el *Conservatorio de Música* educa á los que quieren aprender ¿qué no sucederá donde estos monomaniáticos están libres y ejercen por caridad su aficion al desentono?

Los cantores de aficion pueden ser clasificados por géneros y por especies: los hay que tienen por el canto la pasion de lo desconocido, que muchas veces es monomanía: estos son los cándidos, el amor que sienten no les permite conservar la claridad de su criterio, y creen que pueden lo que ambicionan. Para ellos no hay imposibles; son cantores por aficion, no conocen la música! ni aprendieron... el solfeo.

Hay otros que han tenido maestros... ¿aprendieron á solfear? No lo sé: ¡pero qué voz! qué órgano tan rebelde! Estos son los vanidosos; creen que lo saben, sumando con intereses compuestos las sumas que han pagado á los maestros, y cantan como los grillos en estío, ó los sapos con tiempo malo: son frecuentemente apasionados á las agrupaciones, cantan en coro, y así desafinan impúnemente!

Si alguno duda de estos juicios, pregún-

tele al maestro Aguayo ó á Montañer. Ellos que viven en un perpétuo solfeo, puesto que son maestros de solfa, tienen voz y voto en la materia, y el que ignore sus domicilios búsquelos en la *Gaceta Musical* que redacta mi buen amigo Julio Nuñez.

Otros hay víctimas inocentes de sus propios papás, y estos son los niños y las señoritas.

Los pobrecillos, con voces infantiles, desentonan atrozmente; pero cantan obedeciendo á la órden terminante de sus mayores. Y oiga usted estos chillidos !

Cuando la música y el canto se divorcian visiblemente, los papás se escusan con que todavía están estudiando sus hijuelos !... que el maestro asegura que tienen disposiciones musicales sorprendentes, y que llegarán á ser... probablemente cantores para la misa del gallo en algun villorío de campo !

Son ciertamente la especie menos dañina,

porque no tienen iniciativa propia, son meros ejecutores de la voluntad ajena ; pero son tan incómodos !... porque están destinados para mortificar en la intimidad amistosa. Esto importa decir que no se puede huir y que es preciso someterse al sacrificio.

Nunca me hizo gracia estos cantores en gérmen... ó este proyecto de músicos, que á veces es gérmen que no se desenvuelve ó proyecto que no tiene sancion.

Hoy se canta en las escuelas; se solfea desde que se aprende á hablar, y tengo lástima por los vecinos de las escuelas públicas. ¡Qué canto ! El *Himno Nacional* es despedazado por las vocecillas infantiles de todas edades ; de vez en cuando se interrumpe el canto por la terrible palmeta del profesor que protesta con enormes golpes sobre la mesa, por el desentono de sus discípulos resfriados, distraidos ó deseosos de echar á correr por el patio con libertad !

La aficion al canto se ha hecho pues una epidemia, que es fomentada por la accion oficial en las escuelas, tal vez como sistema curativo contra los que desentonan cantando. He llegado á creer que así como se quiere hacer obligatoria la vacunacion, se adopta el sistema del canto escolar para habituar el oido y estirpar la dañina especie de los cantores de aficion, más atróz en la vida social que la viruela en los pobres apestados.

Sea lo que fuere, el mal tiene hondas raices, y tiemblo al pensar que extinguida la *Escuela de Música*, vendida en público remate hasta la coleccion de instrumentos musicales, quede subsistente la manía y sin remedio ni curacion posible: y los aficionados sin rey ni roque, se echen por nuestro mundo social á la pesca de oyentes para conciertos de aficionados! Esta será una invasion temible como la langosta, si se proponen desentonar y chillar al son de la música de aficionados.

No deseo trazar retrato alguno, ni pintar siquiera escenas sociales, pero me veo forzado á desahogarme, porque vivo oyendo el canto escolar que tiene enfermos á todos mis allegados, viejos y jóvenes, y temo que el mal se propague hasta dentro de mi propia casa, donde ya he notado síntomas peligrosos en los sirvientes que cantan apenas canta el gallo.

Cerca de mi domicilio estudia una comparsa carnavalezca, y los instrumentos de cobre me atúrden y desesperan. Dicen que cantan en coro y el ruido se asemeja al huracan furioso que agita al solitario ombú en la desierta Pampa. Esas comparsas de italianos, franceses, españoles, son verdaderas plagas para el oido delicado de los vecinos tranquilos.

Solo he oido entusiasmado los coros solemnes de la sociedad coral alemana, que no cesaba de aplaudir en uno de los conciertos

del *Coliseum.* ¡Qué lindas mujeres! Recuerdo que peinaban su cabellera en *bandeau*, y cuyos ojos penetrantes se levantan hácia los espectadores y parecían focos de luz!

¿Qué haré, me digo, si esta manía se hace incurable? ¿Cómo es posible que se haya suprimido la *Escuela de Música*? Si no se suprime los hospitales, ni los hospicios; si se proyectan lazaretos para les apestados futuros ¿por qué se sanciona con indiferencia la libertad absoluta de los aficionados al canto? ¿por qué se deja que cantores que no han cursado escuela de música, ni aún aprendido á solfear, mortifiquen al prójimo y den conciertos de caridad para hacer escuchar su desentono?

Ciertamente que no tienen oidos los que han dejado sucumbir el único establecimiento que podía poner remedio al mal, enseñando con provecho para todos la música y el canto, como se acostumbra hoy en todas las

ciudades importantes en Europa y América. Pero dejar sueltos y libres á los aficionados, sin el control posible de una educacion musical científica, es lo mismo que abrir las puertas del Hospicio de locos y dejar que los alienados salgan por estas calles á atormentar el vecindario con sus locuras !

Lo repito, la supresion de la *Escuela de Música*, en una época en que se quiere abrir nuevas carreras para aliviar el presupuesto de la falange de empleómanos ; cerrar, digo esta *Escuela*, y dejar que el martillo de un rematador venda á vil precio la coleccion instrumental, es un contrasensido inesplicable. Precisamente ahora que los conservatorios de música en Europa se encuentran invadidos por la multitud que sueña en poseer una voz escepcional y en adquirir la fortuna que alcanzan los cantores y cantatrices célebres ! ¡ Por Dios ! ¿ por qué se cierra este camino, dónde se echaban tantas espe-

ranzas, guardadas en calibres juveniles de ambos sexos, soñando todos en la celebridad futura y en la fortuna adquirida con el dulce canto ó con la detestable música ? ¡Pobrecillos ! andarán ahora cabizbajos, y serán otros tantos empleómanos, puesto que si se les nubla su dorado porvenir artístico, al menos buscarán el pan seguro, de que tanto hablaba aquel correista, que quería hacer clérigos á todos sus hijos.

¡Infelices ! ignoran que no todos pueden lamer el turron del presupuesto !

Cuando veo una pobrecilla de tez pálida, ojos lánguidos y mirada melancólica, me digo á mí mismo : esta debió pertenecer á la extinguida *Escuela de Música !* Esperanza engañada ! La infeliz llora su ilusion perdida ! Le dejo libre el camino y me descubro...

¿ Qué se propone usted, narrando estas fruslerias ? — me decía un gravísimo caballero, y digo grave por su volúmen —

Me encogí de hombros, y me dije para mis adentros : pero si este no es ni suscritor á la *Nueva Revista* ! Dice que espera que esté concluida para comprarla !...

¿ Es acaso un aficionado á las bellas artes? Todo puede acontecer ; á pesar de que, como leo en un *Diccionario* :

> Segun la grande aficion
> á engullir significados,
> puede haber *aficionados*
> que carezcan de instruccion.

Mayo, 1883.

SILUETAS DE CURIALES

RECUERDOS DE ANTAÑO

Cuando era estudiante del Colegio de jesuítas en Buenos Aires, antes que Rosas los expulsara, recuerdo que se daba marcada importancia al estudio del latin, en el cual se distinguieron muchos condiscípulos mios que despues han desaparecido oscuros y olvidados. Entónces me enseñaron que Marcial había dicho que las obras del espíritu se dividen en dos categorías: las unas que honran por la materia y por la gravedad de la ejecucion, son admiradas ó estimadas; y las otras,

reputadas menos sérias, son simplemente leidas:

Illa tamen laudant omnes, mirantur, adorant
Confiteor: laudant illa, sed ista legunt.

Si al menos fuesen leidos mis garabatos! me dije. Pero ¿qué objeto tienen? ¿cuál es su mérito? Echéme á reir al pensar que es lástima que se oculte en el mutismo tanto génio ignoto, mientras haya tantos zonzos que, como el servidor de ustedes, se atrevan á escribier articulillos como quien hace pasteles. Seguro estoy, entre tanto, que por más mérito que tuvieran mis escritos, nunca me faltarían criticones «de aquellos que tienen por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos á la luz del mundo», como lo decia Cervantes. De modo que me resolví á continuar escribiendo, mientras me dé la regalada gana.

Para borronear papel solo se necesitan tres ingredientes materiales: papel blanco, pluma y tinta; de manera que desde don Agustin Nobas, hasta el último galopin de las escribanías, podría contar lo que ha visto, que es todo lo que yo hago.

Pero, cuidado, me decía á mí mismo, «que las burlas se vuelven en véras, y los burladores se hallan burlados».

¿Conocieron ustedes á don Agustin Nobas? Hubo un tiempo en que las escribanías fueron el *refugium peccatorum* de todos los génios desconocidos ó de todos los bienaventurados pobres de espíritu; porque se pensaba que los escribanos ganaban dinero, y por ello cada cual quería ser escribano, desde que los hubo tan porros que no era fácil encontrar quien los igualara. Pues sean escribanos! y lo fueron muchísimos, no solo los criollos sinó tambien hasta los extranjeros.

Regenteaban esas pepineras de papelistas

los escribanos Montaño, cuya letra era un problema paleográfico y cuya ortografía nadie ha podido aún estudiar; Mogrovejo, tan sin letras que no tenía ninguna; Victoriano Silva, el de bigotillo corto y duro como cepillo de los muchachos italianos lustradores de botas, era imperativo y locuaz como escribano politiquero.

No hablaré de don Pedro Calleja y Prieto, el grave escribano de Cámara, conocido por su honradez, su buen génio y su nariz colorada en invierno, pues la sangre se aglomeraba allí hasta ponerla hinchada y roja. Tampoco quiero ocuparme de Castro, escribano tambien de Cámara, excelente escribano aunque fuese cojo, pero listo y amistoso con todos. Nada diré de don Marcial Calleja, escribano del Consulado, alto y grueso: de este solo tenían que rabiar los acreedores en los concursos por los trámites que, en tiempo del tribunal de comercio, reducían el caudal

á costo y costas judiciales. No voy á hacer la biografía de todos los escribanos, ni me propongo redactar la lista como hacen los cronistas con los que asisten á los entierros y funerales, repitiendo á veces un mismo nombre, suprimiendo otros, y haciendo de tales listas el encanto de los nécios que gustan verse en letra de molde. No, repito; no tengo esa intencion. Fácil fuera hacerlo, registrando los protocolos y para ello me bastaría solicitar los servicios de Cadett, el rebuscador de escrituras y el indagador de papeles jurídicos para cortar pleitos, para promoverlos y á veces para enredarlos. Vuelvo á decir que tal no fué ni es mi propósito.

Queden ellos en la santa paz del olvido, y sus nombres repetidos ciento de veces, dando fé como decía alguno, de lo que no habían visto, pues la fé es creer en lo que no se vé! Cubra el polvo de los legajos aquellos signos de los tabeliones de antaño con que señala-

ban sus actos judiciales; firmas y signos que solo buscan hoy los vendedores ó compradores de propiedades, los desgraciados, ciento de ciento de veces desgraciados, de pleitistas, obligados á husmear la prueba de su derecho para que algun malandrín lo declare tuerto!

En fin, compadezco á los que se ensucian con el polvo de los protocolos, se fastidian con la lectura de esos actos y se irritan ante la fraseología convencional de esos que vivían dando fé, cuando muchos no la tenían ni en sí mismo! Paz para todos ellos, cuyas firmas vería solo con gusto si me comunicaran la sorpresa de alguna donacion como la que hicieron al más sério de los médicos habidos y por haber, del país y extranjeros.

¡Felices escribanos de los tiempos pasados! vuestro recuerdo vivirá entre las celebridades de los pleitistas de antaño como doña Martina Pintilla (de feliz memoria), como

Gomez y Olavegoya, con aquellas inacabables disputas sobre mulas que los hicieron famosos. La raza de pleitistas no ha terminado con Otero, ni con Haedo, ni con tantos otros amantes de escribir en papel sellado, y á imprimir sus escritos, alegatos é informes legales. El papel sellado con el sello colorado ¿dónde se vendía? Francamente he olvidado la direccion de la antigua oficina de Zagastizabal, y no es estraño, pues tuve fastidio á ese papel.

Eran esos montones de papel sellado garabateados por multitud de muchachos que apenas habían aprendido á hacer palotes en las escuelas de don Rufino Sanchez, don Juan Peña ó Mister Garcia, cuando ya entraban de dependientes de escribano, aprendices de embrollones, como decía mi tio Blas, para recoger las firmas de notificaciones fantásticas.

Entre la infinita falange de esos comenzales, que llevaban los autos bajo el brazo para

notificar providencias y autos, sin encontrar jamás al pleitista chicanero cuyo sistema consistía en prolongar el pleito; entre esa multitud de seres de todas estaturas, fisonomías, edades, trajes é inteligencias, descollaba la figura de un dependiente de don Mariano Cabral.

Este, que conocía los descuidos é impertinencias del pobre Nobas, daría á veces gracias al cielo, «que del estiercol sabe levantar pobres, y de los tontos hacer discretos», cuando su dependiente ejecutaba sus órdenes, cumplía con exactitud los mandados y redactaba sin errores ortográficos las diligencias y notificaciones. Ciertamente que no le diría lo que Don Quijote á Sancho, «eres hombre como si fuese bestia, segun es la humildad con que tratas». Pero el escribano no era persona para tutear á sus inferiores, ni capaz de ofenderlos ni en el pensamiento. Cumplido caballero, harto tenía que padecer con sopor-

tar como dependiente al consabido y nunca bien ponderado don Agustin Nobas. Se emperifollaba este tal con la ropa raida, pero bien cepillada: heredero legítimo del frac negro del gefe de la oficina, cuidaba que este armonizase con el raido chaleco y la corbata negra, cuyos bordes gastados por el roce de la barba le daba el aspecto de la piel del raton erizada por los esfuerzos para escaparse de la trampa de fierro en que había caído.

Era como aquellos hidalgos escuderiles de Cervantes, «que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde».

Llevaba su sombrero de felpa negro, alto de copa, y en cuyos bordes se marcaba con el aceite embebido de la larga melena del neófito, los dias que había tenido en contínuo servicio. Solo lucía nueva y brillante la cinta colorada, con que en aquellos tiempos chicos y grandes, pobres y ricos, dependientes y pa-

trones, probaban la nacionalidad criolla. Escribanos y dependientes, aprendices, escribientes, corchetes, testigos de oficio, sempiternos moradores de las oficinas del viejo Cabildo : salud !

Don Agustin Nobas calzaba guantes, sin jamás fijarse en el número, pues su objeto era cubrir sus manos, y los guantes usados por sus superiores, abandonados despues de algunas semanas de servicio, los de color blanco se habían transformado por los matices del uso y las sucesivas capas de mugre, tenían las estremidades gastadas y blanquecinas, para ocultar lo cual empleaba tinta de los grandes tinteros de plomo de la escribanía, entreteniéndose en sus prolongados ócios en mojar la pluma de ave y pasarla cuidadoso por la piel raida de carnero convertida en guantes negros, que vendía el mercero Infiestas ó debajo de la Recoba Nueva, en la mercería del *As de Bastos*. Nobas, tenía la paciencia de

teñir con tinta los desperfectos de los enormes guantes negros, deteriorados por el uso; pero él recordaba la recomendacion de Don Quijote á Sancho: «Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo».

Nobas, pues, para seguir tal consejo se imaginaba que era preciso calzar guantes, y se absorbía con grave constancia en la tarea de teñirlos con tinta, para que las raspaduras no le quitasen la seriedad del oficio. Cuando se le ordenaba fuese á notificar alguna providencia se calzaba sus grandes y cómodos guantes, ponía los autos debajo del brazo, despues de envolverlos cuidadosamente en un pañuelo de algodon á cuadros, tomaba su sombrero de copa, y su baston de jacarandá con puño amarillo, y salía gravemente á cumplir sus tareas de aprendiz de tabelion. En la calle marchaba sin hacer ruido, porque usaba zapatillas de tafilete negro, compradas en la Recoba Vieja, sujetas

y aseguradas por la ancha trabilla de cuero de su pantalon, que le cubría más de la mitad del pié. De manera que, no teniendo tacones, no hacía ruido al caminar y pasaba como una sombra. El pretendía ser tenorio, seductor de damiselas á las cuales miraba con lánguidos ojos, y ellas reían de su figura escuálida y de su traje raido. Presumía con su larga y sedosa melena, brillante por el aceite que no economizaba. A veces líneas oleosas cubrian su frente, cuando algun mechon rebelde de sus largos cabellos negros rosaba aquella frente sin ideas. Lo dicho, eran tortas y pan pintado, pues «viviendo no pudo andar con buen nombre, por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa».

De dia era el sumiso dependiente, no reía nunca en las horas de oficina; el deber lo tenía reconcentrado, y ejecutaba con exactitud las diligencias que se le encomendaban. No recuerdo la forma de la letra de don

Agustin, pero debería tener su semblanza con su ensortijada melena negra. Las horas de descanso, las que el vulgo dedica al reposo, don Agustin Nobas las consagraba á la vida social. Llevábanlo á las tertulias como á un muñeco y allí le hacían decir mil agudezas de la escuela de Bertoldo, pues carecía del buen sentido de Sancho. Miguel Villegas más de una vez lo hizo recitar y hablar en francés, idioma que no conocía, pero que él suponía poseer cuando se hablaba en presencia de alguna dulcinea. No encontraba compañeras para el baile, pues ninguna se creía destinada al sacrificio, pero don Agustin Nobas pasaba las noches en las tertulias, siendo el blanco de las pullas de todos los aspirantes á decir agudezas.

A veces le hacían bailar el «solo inglés», «la gavota» ó alguna otra danza para que sirviese de hazme reir, y el infeliz, creyéndose un adónis, amándose á sí mismo, se

creía capaz de seducir! Suponía de buena fé que tenía el don de seductor y los descalabros y las risas y las burlas las consideraba percances de su oficio é intrigas de envidiosos.

Nobas vivía en las galerias de Cabildo, le conocian los corchetes de los juzgados, los oficiales de justicia, los dependientes de las escribanías, y cuando hacía falta la firma de algun testigo, Nobas estaba á disposicion de todos, firmando en las escrituras de compraventa, en los poderes, en los testamentos, en todos los actos judiciales que exigen la presencia de testigos del otorgamiento.

No podía frecuentar, ni lo hubiera pretendido, sinó las tertulias de vela de sebo, donde podía servir para la diversion de la gente de broma: y allí se indemnizaba de las burlas sorbiendo algunos mates, único gasto de las tertulias semanales de antaño. Cuando se hacía muy pesada la broma, Nobas tomaba

silencioso su sombrero y se retiraba á dormir. Más de una vez figuró entre los mosqueteros en las tertulias de doña Brígida Castellanos.

En fin «cada uno es como Dios lo hizo, y aún peor muchas veces».

En aquellos tiempos, Nobas, como todos sus coetáneos, tenía la singular costumbre en tiempo lluvioso, ó cuando estallaban las repentinas tormentas de verano, de cubrir su sombrero de felpa y copa alta con un pañuelo, ora fuese de seda, de algodon á cuadros de colores ó blanco, y metiéndose las cuatro puntas entre el sombrero y la cabeza, creian ¡infelices! que lo preservaban de los desperfectos de la lluvia. Curioso era en los próximos momentos de la lluvia, ver correr á los hombres con los sombreros tapados con sus pañuelos de todos colores. Nobas, con sus zapatillas, sujetas por las grandes trabillas de cuero, una mano sujetándose el ala del sombrero y corriendo, lo

que hacía volar los faldones de su frac negro, era entónces la más preciosa caricatura del tabelion pichon. Cuando arreciaba la lluvia se resguardaba en las puertas de calle y se pegaba allá como si fuese de papel, para librar su trage, más que su persona, de la lluvia. Apenas calmaba esta, en puntillas de pié iba saltando de piedra en piedra para no mojarse los piés, y cuidando de librarse de los chorros de agua de los caños de las azoteas, que los había entónces que daban sobre las aceras, ó del contínuo gotear de los tejados. Nobas era la preocupacion andando; temía que su sombrero cayese, y de ahí la preocupacion de sujetarlo, y mirando ora al suelo, ora á los caños y tejados pasaba como si fuese alma que la persigue el demonio. Esto lo supongo yo, aunque jamás vi tal persecucion, ni conozco el color de las almas.

Si entónces era singular el uso estrafala-

rio de cubrir los sombreros con pañuelos, ahora no es menos ridículo el uso de ciertos hombrecillos, verdaderamente *cursi*, y de toda nacionalidad, verlos en los calorosos dias de verano con un pañuelo blanco en torno del pescuezo, para salvar el cuello de la camisa de la humedad de la transpiracion. Y muy creidos llevan aquel triángulo blanco que los sofoca aún mas, y se creen que merecen pavonearse por las calles, con el aire más afeminado, más estúpido y más nécio. ¡ Miren los del pañuelito ! hubieran gritado los pilluelos de mi tiempo ; pero ahora hasta los muchachos han desaparecido de las calles. Ya no se ven como antaño, perros y muchachos en abundancia. De modo que los del pañuelito se pavonean impúnemente. Tengan de ellos lástima las que visten polleras.

Conocido y famoso en los anales de los

ministriles subalternos lo fué don Luis Montillot, el leal dependiente del concurrido estudio del doctor don Lorenzo Torres.

Don Luis era gordo y bajo, cano el cabello, el rostro rubicundo, vestido siempre de negro, pero su chaleco y levita habían recibido un reboque grasiento por su largo uso. Escribía con letra clara y tenía su mesa de despacho, á la cual pocos gustarían aproximarse, porque don Luis usaba siempre el perfume más acre. Sus manos eran gruesas y carnudas, sus dedos cortos, terminaban por uñas anchas con un filete negro como el que se usaba en las esquelas para funerales. Don Luis llevaba y tenía los autos, agitaba el despacho y á cierta hora, apenas el doctor Torres salía del estudio, él tomaba su sombrero grasiento, dentro del cual llevaba un pañuelo de algodon oscuro, y sin olvidar el baston se marchaba con aire de importancia. Regañon y de mal génio, no era tole-

rante con los pobres clientes, y pocas veces respondía cortesmente. No poseía la cultura francesa, y esquivaba las ablusiones para no satinar su piel lustrosa y colorada. Era un procurador de baratillo, para asuntos de poca monta, y supongo que su clientela era numerosa en los juzgados de paz.

Infaltable en las galerías del Cabildo, recorría las escribanías, se informaba del estado de los pleitos y al siguiente dia daba al doctor Torres el parte de las novedades curiales. Le era muy fiel y le tenía verdadero cariño: el doctor era su idolatría ! pero al resto de la humanidad la miraba con desden y con fastidio.

Hubiérase dicho que era un lego enclaustrado por su aire y su figura.

De todos los sistemas curativos el que más le hubiera convenido era el hidroterápico, y fué el único al que tenía aversion profunda.

Ya anciano, molestado por el mal de piedra, encorvado y marchando con trabajo, desapareció del estudio.

Famosa como procuradora de pleitos, sobre todo de los que se relacionan con las tierras y los sitios de los antiguos negros, era una vieja encorvada ya por los años, su rostro moreno estaba surcado por profundas arrugas, se tapaba con su gran pañuelo doblado en triángulo y llevaba personalmente los autos en que intervenía, ó como compradora de las acciones litigiosas, ó como simple protectora del negro ignorante, dueño del sitio en litigio. Acudía generalmente á los abogados principiantes, y estos, halagados por la perspectiva de buenos honorarios, tomaban con calor la defensa, pero antes de terminar el pleito, la vieja buscaba otro letrado, de modo que así iba recorriendo los estudios y economizando desembolsos. Se

la veía por las galerías de Cabildo, sentada en los antiguos poyos, ó en las escribanías de Montaño, de Agrelo, de Castellote, de Vila ó Mogrovejo. Todos los curiales de aquella época la conocían, pero no era simpática á nadie, porque era muy omisa en materia de costas y los costos de cada pleito originaban siempre desagrados. Pero ella era infatigable, regañona, majadera, incapaz de darse por vencida: para los pobres negros era una providencia, que ella hacía duramente tirante, y cuyos favores cobraba en buenos pesos papel moneda.

Don Luis Montillot la espantaba del estudio del doctor Torres, á quien incomodaba con consultas gratuitas. Era hostilizada por los procuradores de número, como Buenaventura Gazcon, como Ferreira de la Cruz, como Cordero y otros, que decían: « la mujer honrada, pierna quebrada. Esta andariega se mete en lo que no debe ni sabe ».

Pero ella, sonriendo siempre, vivía apegada al Cabildo y de las migajas de los pleitos, ó de aquellos de poca monta por las personas que intervenían ó por la cosa pleiada. Llamábase doña Martina... El único que la saludaba con respeto era aquel doctor Salinas, ¿le conocieron ustedes? Blanco el rostro, aguileña la nariz, bigote renegrido, bajo de estatura, vestido siempre de negro, con su chaleco punzó y su cintillo. Salinas paseaba por las galerías del Cabildo, y con ella platicaba, él era un verdadero cuitado inofensivo, pero incapaz y ella astuta, y atisbadora de las intrigas curiales: él no ejerció la profesion, pues solo obtuvo el título de doctor.

La doña Martina no tuvo jamás entrada en el estudio del doctor don Marcelo Gamboa, cuando vivía en la calle de la Victoria, frente á lo de Pereyra.

Este era un hombre original.

La puerta decalle estaba entre abierta: en el zaguan una volanta vieja, en el gran patio un parral y flores, y cuando caían las hojas, el patio estaba cubierto con las hojas secas como casa abandonada. En la sala de la izquierda, que era muy espaciosa, estaba su librería, y un esqueleto, porque el buen doctor se había dado al estudio de la medicina, despues que su brillante defensa de los Reinafés le hizo caer en desgracia con Rosas. Alto, poco cuidadoso de su trage, de abdómen desarrollado, era locuaz, no se atrevía á defender y vivía completamente encerrado. En ese santuario no penetró jamás doña Martina.

Más tarde puso el estudio en los altos, cuando vendió algunas varas de frente, donde edificó la casa y mudó el estudio el doctor don Fernando Cruz Cordero. Por la angostísima escalera se penetraba á sus habitaciones altas, y allí recibía su clientela,

que era muy numerosa. Alguna vez doña Martina subía con trabajo la empinada escalera y de debajo de su pañuelo sacaba los autos en el pleito en que la defendía este letrado; pero cuando los escritos eran muy largos, le dolía tener que pagar tantos sellos de papel.

Hoy ni esas casas existen: un edificio suntuoso se ha levantado donde fué la casa de los doctores Gamboa y Cordero.

Los pleitos son á veces la manía más absorbente para ciertas personas: v. g. Araoz, el conocido «hombre de la capa» en verano y en invierno, aquel cuyo saludo es siempre el mismo y que con voz melosa pregunta: ¿no tenemos algo de nuevo? Lo que importa decir, ¿me quiere usted hacer un obsequio en especie ó en moneda? Este sempiterno *flâneur* es tambien un pleitista. Asevera que tiene un pleito, y por causa de tal pleito no puede ocuparse en nada. Sea

el pleito verdadero, sea una ilusion, el hecho es que él se cree justificado con vivir hablando de su pleito, esperando su terminacion para ocuparse y dejar su vida de dulce holganza.

Los pleitos fueron, pues, tanto en los tiempos que recuerdo, como en los actuales, ocupacion de muchos, que de ellos viven, que para intervenir en ellos se educan, y que todo lo esperan de los pleitos.

Procuradores, escribanos, abogados, jueces, oficiales de justicia, forman una verdadera falange social. En los presupuestos la administracion de justicia consume gruesas cantidades, ora en jueces en actividad, ora en jubilados, porque el que fué por pez muere pez, es decir, es una adherencia inseparable del presupuesto: cuando está en servicio, porque se le debe la compensacion del tiempo empleado administrando justicia, y cuando ya no puede servir, y tiene tantos ó

cuantos años de servicio, se le dá jubilacion: sueldo cuando sirve, sueldo cuando no sirve.

Pero los pleitistas suelen á veces pasarse años para vivir con esperanzas y luego entre papel sellado, honorarios y diligencias, queda la cosa pleiteada como humo que se lleva el viento.

Conozco entretanto algunos que fueron jueces y que no han sido jubilados, ni ellos han renunciado. Pero de ello nada tengo que decir: conocí muchos muy honorables y sin embargo á estos no alcanzó el maná de la jubilacion.

Pero en la inmensa falange curial solo los inamovibles tienen la perspectiva de la jubilacion, los demás...¡ Dios los ayude!

No deseo pleitos á mis amigos, y sería el único castigo que impondría á mis enemigos, con tal que el pleito recorriese todas las instancias,

Y como llevo ya absorbidas demasiadas páginas de la *Nueva Revista* noto que conviene poner punto en boca, y con esto dejo la pluma.

Abril, 1883.

SILUETAS POLÍTICAS

LOS HOMBRES DEL PARANÁ

Al señor doctor D. Emiliano Garcia :
« Puesto que tú has querido que recuer-
« de á los hombres del Paraná, pongo
« mi artículo bajo la proteccion afec-
« tuosa del condiscipulo y del amigo.
« Acéptalo como un recuerdo de

Victor Galvez »

Sumario:—Introduccion.—Godoy y *los culones del Paraná*.—La casa de Guindon.—Sus huéspedes: Victorica, Monguillot, Quesada.—El mucamo Venancio.—La fonda de Guiol y Boero.—Costumbres de la época.—El pianista Condarco.—El gobierno delegado.—El doctor don Salvador Maria del Carril.—Don Mariano Fragueiro.—El doctor don Facundo Zuviría.—El general don Justo José de Urquiza.—Juicio acerca de su personalidad histórica.—La caida

de Rosas y la revolucion de Setiembre. — El Acuerdo de San Nicolás. — El general Urquiza, el doctor José A. Ocantos y otros. — Anécdotas del Paraná. — Una comida en casa del general Urquiza. — El Congreso del Paraná: libertad en las discusiones. — La cuestion de los *derechos diferenciales*. — Los congresales: Luque, Rawson, Posse, Lucero, Juan Maria Gutierrez, Emilio de Alvear, Daniel Araoz, Lucio V. Mansilla, Lucas Gonzalez, Vicente G. Quesada. — Los ministros: Santiago Derqui, Juan Maria Gutierrez, José Benjamin Gorostiaga. — El general Rudecindo Alvarado. — El doctor don Elías Bedoya. — El doctor don Juan del Campillo. — El doctor don Juan F. Seguí. — Los senadores: el general Guido, el doctor don Martin Zapata, el doctor don Salustiano Zavalía. — El doctor don Agustin de la Vega. — Don Marcos Paz. — El doctor don Severo Gonzalez. — Leiva. — El general Ferré. — N. A. Calvo. — Conclusion. — Próximo artículo.

Más de una vez me he sentido fatigado por estas reminiscencias, que me obligan á volver hácia atrás para reveer en las lontananzas nebulosas de otros tiempos, á los hombres á quienes conocía. Algunos fueron mis íntimos amigos, otros les ví simplemente como á meros actores en el escenario de la vida pública. Cuéstame sobre manera fijar con certeza la fisonomía moral y los rasgos típicos

que caracterizan un hombre. Este esfuerzo me obliga á verdaderas fatigas intelectuales, sacándome de mi dulce é inofensiva pereza, de la contemplacion de la incesante tarea de las arañas con que transitoriamente y en pintorescas redes cubren los rincones de mi gabinete de trabajo, mientras la mano indiferente y brutal de mi *mucamo* no arrasa con el plumero la obra paciente de sus largas antenas.

Esas son mecánicas obreras, me digo, que no progresan sinó que repiten con la mayor exactitud lo que sus antepasados hicieron y lo que harán las generaciones que les sucedan en el mundo de su vida sin historiadores.

Pues bien, yo amé con casto amor esta fascinadora indolencia, la perpétua *révêrie,* las visiones ideales; dejé correr los dias en pos de los dias sin recordar que la péndola de mi reloj señala mi marcha que me aleja de las riberas de mi niñez y me arrastra á los miste-

rios de la muerte. Yo que no quise preocuparme del futuro, contentándome con bendecir á Dios por las dádivas del presente; yo, el haragan famoso entre mis condiscípulos, me veo ahora forzado á trabajar como un galeote, para cumplir la espontánea promesa que hice á mi mejor amigo, hoy ausente y extasiado sin duda con los deslumbrantes espectáculos de la magnificencia de la vegetacion de Petrópolis. Esa promesa que reiteré luego por escrito, que he repetido despues, me obliga á nuevas y más escabrosas peregrinaciones hácia el pasado; al pasado en que él ha vivido de esa vida ardorosa de la política y del estudio. Soy siervo de mi promesa, esclavo de mi oferta, y la *Nueva Revista* me abre sus columnas para que se me califique de cuando en cuando de misterioso! solo porque el escritorzuelo no quiere mostrar su aspecto corporal, temeroso que al conocer mi figura, desaparezcan las ilusiones que produce la

fantasmagoría de lo desconocido. A veces mi conciencia protesta contra ciertas paternidades arbitrarias que los periodistas asignan á mis pobres escritillos, y lo digo en puridad, más de una vez tomé el sombrero y me dirijí á la redaccion de *El Diario*, para decirles: Señores redactores, yo soy el que lleva el nombre que ustedes se empeñan en suponer que es un seudónimo. Soy de carne y hueso.

Pero este monólogo á nada conduce; cuanto más largo sea mayor será el trabajo de recordar lo que deseo referir.

En noches pasadas me encontré con un viejo conocido, y digo viejo porque tiene ya el cabello gris, aunque no á causa de los años sinó de las sérias tareas de la magistratura. No le veía hacía algunos años. Despues de abrazarme con cariño quiso convencerse si yo era el mismo Victor de nuestra niñez, ya tan lejana; aquel soñador indolente, ese visionario de la horas melancólicas de

los bellos ocasos en la sierra de Córdoba.

— ¡Tú! exclamó, el incorregible perezoso, ¿tú pretendes ahora reconstruir el pasado de nuestras mocedades? Dime, Victor, ya que eso te preocupa, ¿por qué no cuentas nuestras cuitas de la ciudad del Paraná? ¿Porqué no esbozas los perfiles de aquellos hombres olvidados, cuya memoria oculta no solo el olvido sinó que á veces oscurece la calumnia de sus enemigos? Mira, agregó, te mandaré un librejo escrito por aquel mordaz sanjuanino ¡tan cauteloso como dañino! Me parece que se llamaba Godoy. ¿Te acuerdas? Era alto como los álamos de Mendoza, tenía el cabello gris como las mañanas nebulosas de San Juan, y la lengua brava y punzante como las espinas de los arbustos de las tierras sedientas á donde no alcanza el riego en San Luis. ¿Le recuerdas? Ese librejo es perverso por la intencion, es injurioso por maldad y está es-

crito por una mano pérfida. Se llama: Los CULONES DEL PARANÁ.

Mi amigo, mi antiguo, mi noble amigo, me hizo contraer el compromiso de recordar los hombres del Paraná, puesto que yo reconocía la obligacion que contraje libre y conscientemente con nuestro amigo comun, mudo ahora por la gravedad del diplomático, de colaborar en la *Nueva Revista,* que su hijo dirige con tanto acierto como criterio elevado é imparcial.

¡Pues sea! díjeme. Soy colaborador obligado, siervo del trabajo, esclavo de mi palabra, y ya que me señalaban hasta la tierra que he de regar con el sudor de mi frente, miraré hácia aquel tiempo en que, en estudiantil comunidad, vivían en casa de Guindon, el maestro armero del ejército del general Urquiza, tres jóvenes, tres muchachos, diré.

Y comienzo por el principio.

Benjamin Victorica y Juan F. Monguillot

vivían en la antedicha casa. Allí fué á reunírseles Vicente G. Quesada. El primero era oficial mayor del Ministerio del Interior, los otros empleados en el de Relaciones Exteriores. Monguillot ejercía el cargo de oficial mayor, Quesada era oficial primero y el doctor don Juan Maria Gutierrez ministro Secretario de Estado en el mismo departamento.

Habían ya iniciádose en la carrera diplomática. Monguillot fué á Chile donde debía ejercer el cargo de Encargado de Negocios don José Mármol. Esta mision no se realizó porque Mármol se plegó á la revolucion de Setiembre. Monguillot volvió de Chile elegantillo como siempre, tan cuidada su negra y rizada melena que no daba tiempo á detenerse en su nariz por el coqueto cuidado de su persona, siempre perfumada. De cuando en cuando arrugaba la nariz como si oliese mal, movimiento análogo al que hacía el doctor Marcelino Ugarte. Tenía aquel una

figurita que se asemejaba á la que conservó en la vejez don Mariano Fragueiro: el culto de las formas, el amor al sastre.

Quesada, cuya barba tardía apenas comenzaba á sombrear su tez pálida y enfermiza, tenía la manía de los trajes abrochados, quizá de niño vió alguna vez al general don Angel Pacheco y conservó ese tipo ajustado, correcto y sério como el ideal de su figura política. Ambos eran muy jóvenes y querían abrirse camino en la lucha por la vida.

Victorica, desde entónces, tenía el aire, la mirada y los procederes del caudillo. Apandillaba en las bromas, le gustaban los peligros y buscaba su fama por valiente. Emprendió varias aventuras guerreras en aquellos tiempos de guerra civil, y todo lo que le preocupaba era el testimonio de los testigos oculares, de que el peligro no le había hecho temblar las mandíbulas. Ya entónces podía predecirse que su bigote tomaría formas

acentuadas. Todos tenían el cabello negro, eran niños grandes. ¡Cuántos años han pasado! Era el año de 1854.

Servíales como *mucamo* el indio jujeño Venancio, con una enorme cicatriz que le cruzaba la frente y dividía los párpados de un ojo, como la señal del réprobo, del borracho peleador, pues borracho y en pelea recibió el tajo.

El criado era típico. Delgado y bajo, feo como pocos, de piernas torcidas por el contínuo cabalgar, pues había sido correista y domador de mulas: ágil, era activo, pero diabólicamente astuto. Se había enamorado de la más horriblemente fea de las mujeres, india oscura, picada de viruela, tuerta, desgarrapada, súcia, que servía empero á la bonachona y regordeta Madama Guindon. Esta era la patrona de la casa de huéspedes, la casera, la empresaria, en fin. Era ella la que alquilaba las piezas á mis conocidos de antaño.

La sala y dormitorios de los tres muchachos estaban adornados como era moda en provincia y en la modestísima capital provisoria de un gobierno sin rentas, de una nacion que había jurado recientemente la Constitucion Nacional, sancionada por el Congreso Constituyente de Santa Fé, contra la voluntad del gobierno que se formó en Buenos Aires despues de la revolucion de 11 de Setiembre de 1852; contra su accion poderosa, puesto que quedó con la aduana única, es decir, con el tesoro y el crédito.

¿Qué hacían aquellos tres muchachos, cuyos sueldos se pagan mal, casi sin horizontes en su futuro? Vivían como si fuesen estudiantes; soñaban con la nacion constituida y en la integridad nacional.

El francés Guiol y Pablo Boero (ambos viven todavía, aunque viejos) establecieron una fonda, donde se daba de comer á los empleados á crédito. No se exigía pago al mes,

á la semana, ni al día. Se pagaba cuando el gobierno pagaba.

Victorica, Monguillot y Quesada comían en la casa de huéspedes. Madama Guindon les daba almuerzo y comida pero el pago era mensual. En torno de aquella modestísima y hospitalaria mesa se sentaban muchos otros, á quienes los partidos políticos tenían lejos del hogar y de los recursos.

Siempre fué Victorica jugueton y bromista. Era un verdadero derrochado, porque llegó á tener mayores entradas que sus compañeros y gastaba hasta el último real, dando á los más necesitados sin cuenta ni razon; sin pensar en cobrar jamás y dando con desparpajo. En esa mesa más de una vez no quedó loza entera, pues toda se rompía en la chacota más ruidosa.

Vivía en la misma casa de huéspedes un médico francés, llamado M. Mayen. Cuando este sentía aquellos ruidos, y veía entreabierta

la puerta, alguna vez entró para saber si ocurría una desgracia, pero al abrir la puerta le había caído un tacho lleno de agua, que arteramente habían colocado para escarmiento de curiosos y malandrines.

Esos cuartos eran una cueva de leones: se reunían á fumar, á tomar mate, á entonar canciones y á gritar. En las noches de luna se sacaban sillas á la vereda, por la que nadie transitaba; allí Venancio traía mates y cigarrillos de papel, á veces algunos cigarros correntinos ó tucumanos. Cada cual tomaba su silla, la colocaba en la posicion que le daba la gana, y podía gozar gratis del canto agudo de los grillos, del de las ranas de algun charco cercano ó de la guitarra de la pulpería inmediata.

Entónces se comía á medio dia, se cenaba á la noche, se abrían las oficinas por la mañana y por la tarde. Al toque de ánimas se cerraban las tiendas, y ya era para dormir,

los que tuviesen sueño ó pelar la pava en holocausto de las costumbres españolas. Ezequiel Paz vió pelarla á un magistrado judicial, y él puede contar quién fué, dónde y cómo: yo pongo punto acabado.

Uno ó dos clubs fueron el centro social. En ellos se jugaba al dominó, al billar y la baraja. Los domingos se bailaba y otras noches el nunca bien ponderado Condarco tocaba el piano para entretener á los ociosos. Había muchos aficionados al naipe, se frecuentaban tertulias de juego, donde quedaban muchos sin un cuartillo. Pero de tales distracciones no participaban entónces los tres estudiantes ya nombrados. Aunque eran doctores: ninguno en esa época se había recibido de abogado. Vivían, pues, creyéndose estudiantes y como si estuvieran de tránsito. Tenían la riqueza de la juventud y de la alegría.

Al fin, Quesada renunció su empleo y se marchó á Corrientes, mereciendo el honor de

ser electo dos veces diputado al Congreso Nacional.

Victorica se fué á la Concepcion del Uruguay, fundó allí el periódico *El Uruguay*, fué varias veces electo diputado al Congreso, secretario del general Urquiza y fué por último su yerno.

Monguillot tomó la carrera judicial y fué á servir un juzgado.

Del triunvirato de la casa de Madama Guindon no quedó ninguno. Volvieron á reunirse en el Congreso Nacional los dos primeros, y hoy uno es Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina y el otro Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en la Córte del Brasil.

Me he anticipado. En vez de hablar del Paraná exclusivamente, me he dejado arrastrar por los recuerdos de la vida de los tres hués-

pedes de Madama Guindon. Vuelvo á mi tarea.

El gobierno delegado en el Paraná lo formaron: don Salvador María del Carril, don Mariano Fragueiro y don Facundo Zuviría.

El general don Justo José de Urquiza, despues de haber jurado la Constitucion, delegó el mando en estos tres personages para probar con este hecho que su influencia personal y su poder los ponía al servicio de la Constitucion. Se fué transitoriamente á su espléndida residencia de San José, en la misma provincia de Entre Rios.

Don Salvador María del Carril, emigrado y pobre, vivía en el Paraná en modestísima posicion. En la mesa en que se escribían los despachos y las comunicaciones oficiales, allí mismo se tendía el mantel para comer, guardando los papeles no sé yo donde. Eso se repetía todos los días. Victorica lo sabe bien. Tal vez en esa misma pieza se abría algun catre para dormir. La casa era propiedad del

general Echagüe: la oficina estaba en la esquina, me parece.

Todos han conocido aquí al señor del Carril, que ha muerto muy anciano, millonario y convertido al seno de la iglesia católica apostólica romana, despues de haber profesado teorías filosóficas volterianas y aún ateas.

Era alto, de aire grave, los ojos eran encapotados y pequeños, las cejas pobladas y largas, carnuda la cara y surcada por arrugas profundas. Sentencioso para hablar, enfático en la accion y de aspecto imponente. Tenía la figura de un creyente de los viejos tiempos de Rivadavia; pero volvía de la emigracion con la resolucion decidida, que no ocultaba á sus íntimos, de no emigrar otra vez con los bolsillos vacíos. La proteccion generosa del general Urquiza le abrió el camino de la opulencia, supo aprovecharlo y murió millonario.

Tenía el tipo de un yankee, gozaba de la

fama de conocer el derecho constitucional federal y los tratadistas norte-americanos. Su librería era en los primeros tiempos escasísima, pero entre los que no tenían libros ni sabían inglés, era un patriarca teórico, un consultor competente. Sentencioso y autoritario en la expresion de sus ideas, tenía el dogmatismo de un maestro, que acentuaba más su mirada y la inclinacion de su cabeza cana. Cuando no se hallaba en presencia del general Urquiza, parecía la estampa de un hombre de Estado, de un repúblico eminente. El aspecto, la voz y la accion le servían de mucho: eran una *rêclame* en favor de su mérito. Caminaba con aire pretencioso, como agobiado por la profundidad del pensamiento. Era indudablemente el que sabía más, y por ello fué uno de los inspiradores en el Congreso Constituyente de Santa Fé. Las marcadas y numerosas arrugas de sus facciones acentuadas, aunque feas, su cabe-

llo blanco, su larga y ancha levita negra, el grueso baston, el sombrero de copa de álas anchas, le presentaban como un quaquero, como un creyente, casi como un profeta. Tenía el aspecto, pero solo el aspecto del apóstol y del sectario. Fué una figura teatral, sentaba bien en el escenario modestísimo de esta nacion, cuya organizacion constitucional era el problema que preocupaba á los verdaderos hombres de Estado, que supieron apoyarse y utilizar el gran prestigio y las sanas intenciones del vencedor de Caseros.

Pero esa gravedad magistral á la que daba realce su voz ronca, se convertía en dúctil cera cuando se hallaba en presencia del general Urquiza. Le he visto muchas veces, y yo á pesar que era entónces un mozuelo, que me hallaba en el Paraná para no tomar el fusil ni en Buenos Aires ni en Córdoba; yo me sentía humillado ante aquella perpé-

tua adquiescencia, ante todos los extraños, á cuanto decía el general Urquiza: sumision en las formas y en el fondo, especie de servilismo.

Era un carácter débil para los poderosos, petulante para con los inferiores, infatuado en su valer y desdeñoso del ajeno. En sus últimos años, cuando fué miembro de la Alta Corte de Justicia Federal, parecía tener más confianza en sí mismo, la riqueza lo había independizado en la época en que la ancianidad se asemejaba un tanto con la decrepitud.

No fué escrupuloso en los medios. Las caras que se han publicado sobre el fusilamiento de Dorrego, descorren el velo misterioso de ese crímen, y le muestran como artero, para quien el fin justifica los medios, no teniendo conciencia, pero deteniéndose ante las responsabilidades legales. Su tipo moral ha sido presentado bajo un aspecto

nuevo á la luz sombría de las cartas que él en vida no desmintió, las que fueron publicadas por el doctor don Angel J. Carranza, en el folletin del diario *La Nacion*, que es el éco del general don Bartolomé Mitre.

Así se vé cómo los buscadores de papeles viejos suelen oscurecer las figuras políticas, sacando del misterio los hechos para exponerlos en verdad.

En el Paraná nadie sospechó que el vicepresidente de la Confederacion Argentina, don Salvador Maria del Carril, hubiese sido uno de los consejeros é inspiradores del fusilamiento de Dorrego.

¡ Cuidado, pues, con los papeles !

Contraste físico marcado presentaba la alta estatura de Carril, con la correcta y acicalada figurita de don Mariano Fragueiro.

Este era delgado, bajo, esquisitamente esmerado en su trage, pulcro, afeitadas las patillas y el bigote; la cara completamente

sin barbas, de facciones marcadas; tenía aspecto simpático pero engreido. Su boca era grande, los lábios delgados y pálidos, contraidos siempre por una sonrisa que pudo ser estudiada aún cuando parecía natural. Tenía la tez surcada por arrugas, la frente despejada y los ojos pequeños. Era de modales cultos y ceremoniosos, su manera de hablar era insinuante, aunque altiva; pero estaba dominado, fascinado y enloquecido por su sistema económico de la famosa organizacion del crédito. La imágen de Law parecía protegerlo en sus teorías, y aquel creyente convencido estaba bien colocado en el pequeño teatro de la capital provisoria de la Confederacion Argentina.

Había estado emigrado en Chile, poseía ese prestigio del martirio político que fué la aureola de las víctimas de Rosas. Este personage volvía de la emigracion para ponerse al servicio de la gran causa de la organiza-

cion nacional, con los modestos recursos de pueblos pobres pero patriotas.

Esa era la idea que había transformado al general Urquiza, servirla con buena voluntad fué su norte, porque aspiraba á la gloria de organizar la República Argentina.

Fragueiro tenía una figura distinguida aunque pequeña, era muy pulcro. Calzaba con esmero y llevaba siempre guantes: tenía culto por las formas, la estéctica de su ideal trascendia en su misma persona. Amó al sastre y al zapatero. Envolvía cuidadoso su exterior, para guardar más inmaculada su inteligencia.

Poseia méritos indisputables, fué sincero y creia en sus teorías. Juzgó imposible el desastre del papel moneda de su creacion, no pensó que serían demoledores los mismos á quienes confió la vida de su creacion. Los especuladores brotaron espontáneos. Los almaceneros, los pulperos, los abogados, los

médicos, los estancieros, que fueron llevados para formar parte de las administraciones del crédito público, fueron los que precipitaron la ruina. Se abren créditos á sí mismos, tomaron papel á interés y lo reducían á oro con prisa, calculando en pagar con menos oro la suma que en papel recibieron. Su negocio era la caida de esta organizacion teórica.

La vision de Fragueiro tuvo pocos adeptos: no hubo sinó un creyente convencido, que fué su mismo autor. El pueblo resistió el papel moneda y hasta los carniceros preferían la cárcel á vender recibiendo una moneda que desmerecía por horas.

Fragueiro cayó peor que Law.

Más tarde fué gobernador de Córdoba, su provincia natal, donde era muy estimado, lo que no impidió la célebre aventura de que se apoderasen de su persona y lo ocultaran, en uno de tantos movimientos revolucionarios.

Otro de los miembros del gobierno delegado fué el doctor don Facundo Zuviría, gran conversador, infatigable orador en el Congreso de Santa Fé, donde sostuvo que era inoportuno sancionar la Constitucion Nacional, mientras las provincias no estuvieran organizadas, con lo cual halagaba las pretensiones del partido que había triunfado en Buenos Aires. Ese pensamiento era la anarquía, cuando el único medio de conservar la unidad era precisamente constituir la nacion para luego organizar sus partes componentes, una de las cuales era contraria entónces á la inmediata constitucion nacional. Felizmente ese pensamiento disolvente fué combatido por el grupo más importante, más inteligente, por los verdaderos hombres de Estado, que veian sin temor la gravedad de aquel momento histórico y encontraban el remedio único en constituir la República inmediatamente para terminar con los gobier-

nos autoritarios. A este grupo pertenecían Carril, Gorostiaga, Gutierrez, Colodrero, Zapata, Derqui, el fraile Perez, Leiva, Seguí, Zavalía y otros que contaban con el apoyo decidido del general Urquiza. El país dirá quienes tuvieron la clarovidencia del porvenir.

El doctor Zuviría era alto y muy delgado, piernas largas, brazos desenvueltos y de una movilidad extraordinaria. La nariz aguileña, la boca hundida, los pómulos salientes, la frente calva y la mirada penetrante, daban á su fisonomía un tipo marcado. Hablaba sin cesar, y accionaba sin interrupcion; su inagotable locuacidad le habían hecho famoso en Salta y luego en Bolivia, y cuando volvió de su emigracion peroraba hasta en las postas. Llegó al Paraná, ó mejor dicho á Santa Fé, precedido de aquella fama que lo hacía temible cuando tomaba la palabra. Todos tenian que callar, le eran cortas las

horas, y corría aquella cascada de palabras ante los ojos abiertos de los oyentes. Le oí muchísimas veces. Cuando se entusiasmaba, lo que era frecuente, se paseaba y peroraba. Accionaba en la conversacion familiar como si estuviese en una Asamblea, tenía la pasion, la monomanía de la oratoria. La palabra le embriagaba. Su perfil tenía algo del águila y del gavilan: la nariz se asemejaba al pico, pero su boca hundida se volvía expresiva en la peroracion. No se fatigaba hablando, se alarmaba cuando sospechaba que había entre los oyentes alguno que aspiraba á sucederle, que espiaba el momento de terciar en sus interminables monólogos. Entónces doblaba la rapidez, y la palabra tomaba una celeridad vertiginosa. El oido de los espectadores quedaba adormecido y era preciso escaparse. Seguí fué muchas veces su pesadilla, porque era otro gran hablantin. Juntos se miraban con tirria, porque parecían

correr carreras en la conversacion y se estimaban y queríau.

Zuviría nació en Salta. La esterilidad de las *punas* parecía haber dagueriotipado su perfil, pues era enjuto, seco y anguloso como los arbustos que crecen entre las grietas de aquellas montañas. Su palabra fácil y vehemente recordaba á los torrentes que se despeñan de las altas cordilleras. Cuando estaba en silencio, lo que acontecía rarísima vez, parecía uno de esos troncos secos que se encuentran en los bosques, que han perdido la corteza y que las lluvias blanquean ó descoloran al fin : troncos en que ni las parásitas arraigan, ni las enredaderas adornan ni protegen, especies de esqueletos vegetales, en medio del desenvolvimiento de la vida agreste.

Don Facundo Zuviría fué fecundo. Su vida pública ha sido larga y accidentada, dejó amigos y una larga familia que lleva su

nombre distinguido. En el Congreso constituyente de Santa Fé le dió muy malos ratos el grupo parlamentario de Carril, Gorostiaga, Gutierrez, Zavalía que combatieron su incansable charla.

Era amigo de la sociedad, y en ella pretencioso, y se preparaba como si fuese para un debate. Era famoso por las citas, y tenía una memoria proverbial.

De los tres miembros del gobierno delegado, Carril era el que poseia más calidades de hombre de Estado; fué el más eminente. Escribía con elocuencia, pero su letra era tan mala como su ortografia. No respetó puntos ni comas, cambiaba las letras y se cuidaba poco de cómo se escribian: sus escritos pasaban siempre por el tamiz de algun amigo ó comensal. No era laborioso, poco queda escrito por él. Le bastaban las apariencias; por eso dije que tenía algo de teatral.

Fragueiro, por el contrario, era hombre de

bufete, laborioso y hábil, útil como administrador, pero estaba dominado á la sazon por su monomanía de la organizacion del crédito. Su sistema económico y rentístico fué una utopía que causó su desprestigio.

El doctor Zuviría era la palabra, la palabra y siempre la palabra; no podía detenerse para pensar, porque necesitaba hablar. Era un torrente que desbordaba para evitar inundaciones internas. Tenía la fiebre del ruido y de la popularidad. Este era su escollo. No se resignaba á esperar ; las impaciencias lo arrastraban á puerilidades, y el trabajo profundo le hacía mal. Sentía las vagas intenciones del cómico aplaudido, las sensaciones de la escena ante los espectadores azorados, por eso abusó de la mímica y de la palabra.

Tales fueron esas tres eminencias en la pequeña capital provisoria del Paraná. Hombres notables sin disputa, puesto que tuvieron el singular mérito de aceptar las pri-

vaciones, las soledades, y el aislamiento que entristece, alentados por el amor de la patria. Es este culto el que ha levantado sus figuras históricas. Ellos dieron la espalda á la ruidosa capital, no escucharon su prensa que endiosaba á sus adeptos, y execraba con injurias y calumnias á sus contrarios, que habían tenido la prevision y el patriotismo de apoyarse en el general Urquiza para constituir la nacion argentina.

Ante estas dos tendencias se ha de detener el historiador futuro, y el fallo justiciero ha de inclinarse á los que vieron más lejos que las mezquindades de las ambiciones locales. Ya el general Sarmiento sobre la tumba del Carril, ha hecho justicia á aquel grupo de patriotas que alzó sobre las ambiciones de los círculos y los intereses de los bandos la Constitucion Nacional. Esa justicia era la condenacion de su conducta personal en aquella época memorable é histórica.

He hablado de todos, y sin embargo nada he dicho todavía sobre el general don Justo José de Urquiza, vencedor de Rosas, sin cuyo gran prestigio no hubiera encontrado el país aquella solucion civilizatriz. Es digno del recuerdo de la posteridad. Quisiera tener un buril para fijar su figura física y su fisonomía moral, y hacer notar sus grandes méritos y sus gravísimos errores. Conviene empero que fije con los pálidos trazos de mi pluma estos recuerdos, que recurra á la crónica y á los incidentes que caracterizan á un hombre público en situaciones excepcionales, en las cuales la tradicion de un mando autoritario luchaba con las trabas de la Constitucion y de la ley. La gloria está en haberse sometido á la Constitucion, haberla prestigiado con el ejemplo, y haberla ejecutado con buena voluntad.

Sus enemigos le clasificaban de caudillo, pero la historia sobreponiéndose á las som-

bras de los tiempos de lucha, desatenderá las calumnias de sus émulos y de sus enemigos para estudiar al hombre sereno, al personaje histórico, á quien el país debe la organizacion federal. Ya no hay temores que impidan decir la verdad, las generaciones actuales están ya lejos de aquellos momentos angustiosos. Diré la verdad como yo puedo alcanzarla, sin que ella me produzca beneficios ni males.

Rosas era todo. Su personalidad lo absorbía todo. No pudo ni quiso fundar instituciones para no disminuir su poder personal y autoritario, irresponsable y dictatorial; tiránico en los medios, menguado en los fines. Su caida dejó al país dislocado y pobre: las provincias no tenían otros vínculos generales entre sí sinó la delegacion del encargo de las relaciones exteriores de la Confederacion Argentina. La renta única era la de la aduana única. Las provincias vivían

de gabelas, de los derechos de tránsito que imponían al comercio, de modo que las mercaderías que aduanaban en Buenos Aires, se recargaban con los derechos que pagaban por atravesar el territorio de otras provincias hasta llegar al mercado consumidor. La instruccion pública, la viabilidad, los correos, todo era un mito. El país estaba sometido á Gobernadores casi irresponsables, sostenidos por el dictador de Buenos Aires. No había gobierno.

Así, pues, caido Rosas, era preciso ante todo y provisoriamente reunir á las provincias, ó si se quiere, á los que las gobernaban, para ponerse de acuerdo entre sí, para estipular la convocatoria de un Congreso General Constituyente, el número de diputados de que debía componerse, el lugar de sus sesiones y organizar un gobierno nacional provisorio, un director de la nacion dislocada.

Importa poco saber quién inició el pensa-

miento, pero el hecho histórico es que el general Urquiza quería constituir la nacion. Esa había sido la bandera con que triunfó en Monte Caseros ; tal la mision histórica del grande ejército aliado-libertador, bajo cuyas banderas militaron argentinos, orientales y brasileros, unidos y comprometidos en ser el apoyo de un nuevo órden de cosas, para poner término á las tiranías, á la anarquía y á la barbarie.

Justo era que el general Urquiza fuese el llamado á dirijir provisoriamente á la República, la victoria lo imponía y fué en efecto nombrado director provisorio de la Confederacion Argentina. El acuerdo de San Nicolás de los Arroyos firmado el 31 de Mayo por todos los gobernadores allí presentes, fué el lazo de la nueva union nacional. El doctor don Francisco Pico y el doctor don Vicente Fidel Lopez fueron á San Nicolás y ellos inspiraron y redactaron ese acuerdo. Fué el pre-

testo para alzarse en rebelion, pero era tambien la base de la organizacion nacional.

Conocí personalmente al general Urquiza despues de Caseros.

Era de estatura regular, fuerte y vigoroso de músculos. Tenía anchas las espaldas y levantado el pecho: su aspecto revelaba fuerza física, valor, audacia. Vestía entónces siempre de frac, unas veces azul con botones de metal amarillo, chaleco blanco y pantalon claro: otras, todo de negro. Calzaba botas de de charol, el pié era pequeño como la mano. En su mirada penetrante había algo de fascinador, su cara era imponente. Cuando estaba en calma y sereno podía adivinarse que tenía un alma susceptible de fierezas y borrascas. Tenía poco pelo y cuidadosamente ocultaba la calvicie con el peinado. Era pulcro en su aspecto. Aparecía empero autoritario, no era muy afectuoso.

En ese tiempo tenía siempre en la mano

un latiguillo muy delgado, con el cual jugueteaba sin cesar. Sus lábios eran delgados sobre todo el superior, que se contraía fácilmente, y empalidecía : el movimiento nervioso de sus fosas nasales era síntoma de emocion moral profunda, el ojo se hacía entónces brillante y tenía los fulgores del relámpago.

En ese entónces era reservado y casi taciturno. Se encontraba en presencia de estraños y curiosos, fuera de su teatro, de sus medios y de sus hombres. Se había hecho precavido, puesto que sabía que estaba rodeado de enemigos y de émulos, que espiaban sus movimientos y guardaban para comentarlas sus palabras. Revelaba á pesar suyo preocupaciones profundas. Le recuerdo como si le viera de presente.

Los emigrados querían ya emanciparse del vencedor, los unitarios odiaban que la victoria la hubieran recibido por manos de

un federal; los rosistas lo miraban como á traidor al gefe supremo, á quien todos odiaban sin embargo. El general Urquiza había presentido la tormenta, veía el horizonte oscuro y dudaba de sus elementos y tal vez de sí mismo.

Mal aconsejado, creyó aplazar la tempestad é impedir la reaccion, restableciendo el cintillo punzó. Este fué un error deplorable. La proclama en la cual explicaba esta resolucion, fué redactada por el doctor don Juan Francisco Saguí.

El general Urquiza, necesario es tenerlo presente, comenzaba una evolucion nueva. De los hábitos guerreros y de la actividad de los campamentos, venía á ponerse al frente de un gobierno complicado, á influir por el consejo, á guiarse por la razon, á no contar con otra fuerza que la de la opinion pública, tan medrosa y susceptible.

Se halló reatado y al mismo tiempo azuza-

do: quería el bien y le empujaban hácia la violencia; quería el imperio de la ley y le amenazaban atarlo con las leyes. Quiso con decision y vehemencia la organizacion, y le cerraban todos los caminos. Aspiraba al olvido del pasado, su lema fué: *no hay vencedores ni vencidos*, é incendiaban de nuevo las hogueras, apenas apagadas, de la guerra civil.

Su carácter debió agriarse, debió sentir tormentas profundas y ahogó su rábia dominándola por la razon. Tuvo estallidos, es verdad, pero fueron fugaces como el relámpago. Sus propósitos eran nobles y esto salvó su personalidad histórica.

Le volví á ver en San Nicolás de los Arroyos, cuando allí estaban reunidos los gobernadores.

Entre las personas que acompañaban al doctor don Vicente Lopez, gobernador de Buenos Aires, se hallaban el doctor don Benito Car-

rasco, el doctor Quesada, el doctor Heredia, el señor Fumer y no recuerdo qué otros.

El general Urquiza estaba allí menos contrariado. Hasta aquella ciudad no llegaban las saetas que desde aquí le habían dirijido; las intrigas las amortiguaba la distancia. Los gobernadares tributábanle el homenaje que merecía el vencedor de Caseros, le daban todos pruebas de consideracion y respeto, y como era natural, el espíritu humano es susceptible de amoldarse á las emociones simpáticas y benévolas.

La ingratitud agria el carácter, la justicia lo dulcifica. En las facciones del general Urquiza se reflejaba la influencia del medio en que se encontraba.

Recuerdo que era muy aficionado al baile y especialmente á la contradanza. Era atento con las damas, cortesano y tal vez galante. Tuvo fama de enamorado. Muchísimas veces he figurado en la misma contradanza,

y entónces el general Urquiza era bromista y alegre. Bailaba con cierto garbo ceremonioso, de la época del minuet, y entónces quería que todos hiciesen cuidadosos las figuras para no perder el compás de la música. Esas contradanzas eran interminables.

El gusto por el baile y la sociedad de las damas revela tendencias cultas, porque nada civiliza más que el contacto social con señoras elegantes y bien educadas. Es la escuela que más poderosamente modifica el carácter

A medida que el general Urquiza adquirió la conviccion de su popularidad por la victoria de Caseros, serenaba su carácter y el poder lo iba transformando. El amor del hogar completó su evolucion moral y doméstica. El padre de familia modificó al guerrero. Ya nada tenía que aspirar de la gloria militar y se hizo conservador. Si ocurrió á las armas fué para defender su obra.

Abandonó el latiguillo. Se hizo más cuida-

doso en el traje, vestía muy correctamente y era hasta presumido.

El fuego de sus viejas glorias quedó guardado en el fondo de su mirada, de donde salían á veces chispas como de un volcan no extinguido todavía. Pero trataba de dominarse.

Le he visto muchas veces dar pruebas de acatamiento á las opiniones ajenas. Escuchaba el consejo y si le convencían no era terco, á no ser que le hubieran irritado. Era susceptible y muy impresionable; apasionado y á veces generoso. No le conozco en su interior doméstico; le ví siempre en actos públicos, en su despacho ó en su sala de recibo. No estoy habilitado para hablar de su vida íntima; ni de sus costumbres.

Es un personage que merece una biografía. Sostuvo larga correspondencia y su secretaría era una oficina.

Pero tengo que recordar que el acuerdo de San Nicolás de los Arroyos fué el motivo de

las célebres sesiones de junio en la Legislatura de Buenos Aires. Lopez, Pico y Gutierrez fueron vencidos. Mitre, Velez Sarsfield y no recuerdo que otros, eran los gefes de la oposicion, entre los que figuró don Valentin Alsina.

Aquellas sesiones terminaron por un golpe de Estado. La revolucion estaba ya preparándose: los unitarios, los emigrados y los rosistas, se unieron contra el vencedor de Caseros.

El general Urquiza entretanto partió para instalar el Congreso Constituyente en Santa Fé, en los primeros dias del mes de Setiembre, y recuerdo que estaba en un baile con el doctor José Antonio Ocantos, José M. La Fuente y paréceme que el doctor Heredia, cuando llegó un chasque. Apenas abrió la correspondencia el general, cuando por encanto circuló la noticia de haber estallado la revolucion de Setiembre. El baile se des-

hizo. El general salió para tomar medidas. Recuerdo muy bien el efecto que esa noticia produjo en el doctor Ocantos, á quien no he vuelto á ver desde aquella atrasada época. Digo, á ver de cerca. Entóces yo vivía en casa de don José Iturraspe, á quien había sido recomendado por don Amancio Alcorta, me parece.

El general Urquiza despues que reflexionó, mandó retirar al general Galan y á sus tropas. Oí decir entónces á Du Graty que en los principios fué fácil sofocar esa revolucion, que despues se hizo popular. La base de las tropas sublevadas fueros cuerpos correntinos.

El vencedor en Caseros tenía una memoria prodigiosa: los nombres propios y las fisonomías se le grababan para siempre, de manera que conocía personalmente, puede decirse, á todos los soldados entrerrianos; sabía sus hazañas, sus calidades, sus defec-

tos, su domicilio y hasta conocía la familia. De modo que cuando veía un gaucho, le llamaba por su nombre de bautismo, y si por casualidad no le había reconocido, le preguntaba cómo se llamaba. Con la respuesta ya sabía que era hijo de fulano, que vivía en tal parte. De manera que el interrogado quedaba sorprendido, temiendo que hubiese sido ardid el preguntarle quien era para averiguar si mentía. Estas condiciones peculiares le daban un prestigio singular. Ante el general Urquiza el gaucho prefería decir la verdad, aunque le perjudicase. Temía ser reconocido si mentía. Y puede concebirse que eso era una fuerza moral.

El general Urquiza era enemigo de la mentira. Odiaba el robo, que castigó hasta con crueldad, pero necesario es no olvidar que Entre Rios había sido el asilo de los bandidos y salteadores. El la moralizó y durante su administracion podía recorrersela de un extre-

mo á otro sin temor á los ladrones: no los había. Creó escuelas y fundó el célebre *Colegio del Uruguay*, donde se han educado varias generaciones: allí se educó el presidente general Roca, el doctor Plaza, el doctor Wilde, el doctor Pacheco, el doctor Leguizamon, el doctor Ibarguren, y tantos otros que figuran en los primeros puestos nacionales y provinciales en toda la República.

Ilustrar á la juventud era servir á la libertad, haciéndola útil desde que buscaba sacerdotes para su culto.

El general Urquiza gustaba de la juventud; respetó la dignidad del carácter y tenía aprecio por la inteligencia. Estoy cierto que le inspiraron desprecio los aduladores, aunque no le desagradase la lisonja. ¡Y cosa singular! los más serviles, los más sumisos y los más adulones, fueron despues de Pavon, los que gritaron más contra Urquiza y el gobierno del Paraná. Entre ellos, conocí á muchos

deudores del general, que en vez de pagar sus deudas le devolvieron injurias. Les he conocido, podría nombrarlos; pero me inspiran el desprecio de los reptiles, prefiero olvidarlos.

He oido muchas veces repetir á un amigo, una anécdota característica y gráfica.

El doctor Quesada, jóven entónces casi imberbe, se trata de 1854, había renunciado sus empleos en el Paraná y se marchaba para Corrientes, donde á la sazon gobernaba el ilustrado don Juan Pujol. Pero el doctor Derqui que era ministro del interior pidió á Quesada que esperase la llegada del doctor Eusebio Ocampo quien debía ser nombrado oficial mayor de esa reparticion, por renuncia del doctor Victorica y á causa tambien del viaje de Quesada, que tenía el cargo interinamente.

De modo que, despues de aceptada la renuncia, quedó solo como amigo del ministro sirviendo el cargo.

Ya dije que las oficinas de la administracion se cerraban á medio dia y se abrían por la tarde. Pero, cierto dia en que el despacho fué excesivo por varias circulares á los gobiernos de provincia, el doctor Quesada no quiso se cerrase la oficina á medio dia, sinó que ordenó se concluyesen las copias para aprovechar el correo del siguiente dia. Era preciso entregar la balija antes de las ocho de la noche.

El general Urquiza vivía en esa época en la antigua casa del gobierno provincial, en la cual estaba tambien el ministerio del Interior.

El despacho había terminado. El general solo, porque entónces no vivía con la familia, se paseaba en la sala que tenía ventanas á la calle. El edificio en esa época tenía un solo piso, despues fué completamente reedificado y convertido en el que actualmente sirve para Escuela Normal de Maestros, que hace poco visité.

Una puerta de esa sala daba al zaguan, donde había varios edecanes y militares. El oficioso jóven llega á la puerta del salon, con las varias carteras para recoger la firma del presidente. Este apenas le vió le dice con aire desagradado.

— Esta no es hora de despacho.

— Advierto á V. E. que no soy empleado á sueldo, le respondió Quesada. Vengo á la hora que es posible, y haciendo una cortesía dióse vuelta.

—Venga, eh! venga; le replicó el general. Hízolo sentar y que le explicase lo que sucedía. Impuesto de todo, firmó, y luego le dice: V. y todos los empleados van á comer conmigo, oye: todos!

No era una invitacion, propiamente fué una órden, que debió ser imperativamente trasmitida. No faltó ningun empleado.

El comedor del general Urquiza en esa época era muy modesto. Una pieza blanqueada,

una gran mesa cuadrilonga y sillas de esterilla. La comida tenía su originalidad. La mesa se dividía en dos: una parte, que era donde se sentaba el general y aquellas personas de más distincion, y la otra era servida por los edecanes. Un mismo mantel y los mismos platos cubrían toda la mesa; pero el general Urquiza era muy frugal y tenía él su comida personal. Hizo sentar á Quesada á su lado, y él personalmente le servía; le hizo poner una botella de vino, que nunca probó el general.

Entre los empleados del ministerio había jóvenes de todas las provincias, á los cuales no conocía el presidente, que era muy curioso y gustaba saberlo todo. ¡Comenzó, pues, sus indagaciones preguntando quién era ese ó aquel, cómo se llamaba, si bueno ó mal empleado. De repente, en el órden en que iba haciendo este interrogatorio á media voz, se fija en un jóven de aspecto achinado, raza in-

dígena cruzada, pelo lácio, negro y duro. Y ese! pregunta ya un poco agitado. Se llama Caraballo, es entreriano, le responden. La mirada se hizo una chispa, el lábio se agitó convulso. ¡Malo! dijo, raza de asesinos!... y miró con un aire que daba miedo.—No hay la mínima queja contra él, es un empleado sumiso y contraido.—¡Raza de asesinos!... balbuceó el general y se calló.

Imagínese cualquiera cómo quedaría el huésped. Pues bien, no había transcurrido un año desde la escena que dejo narrado, cuando el mismo Caraballo asesinaba alevosamen- á un pulpero. Ese crímen conmovió la poblacion, porque el criminal era un empleado. El ojo previsor del general Urquiza había adivinado que aquel jóven, inofensivo hasta entónces, tenía el sello del asesino, porque tal era su raza desgraciada. La profecía quedó cumplida.

He oido muchas veces repetir á Quesada

esta historia que me ha parecido característica y por ello la refiero, para probar el conocimiento que el general Urquiza tenía de los habitantes de Entre Rios.

Fué bajo la primera presidencia constitucional del general Urquiza, que se fundó y radicó en todas las provincias la libertad de imprenta. Todas quisieron tener un periódico, en unas oficial, en otras popular, y en algunas fueron varios. Nadie fué perseguido por sus opiniones emitidas por la prensa, por el contrario, muchísimos de sus enemigos fueron protegidos, empleados y favorecidos. La libertad parlamentaria fué consagrada, y las sesiones del Congreso del Paraná fueron libérrimas. El general Urquiza fué el primero en respetar esa libertad garantizada por la Constitucion.

Recordaré un hecho.

La Cámara de Diputados sancionó en 1856 la ley llamada de *derechos diferenciales*, con

el objeto de atraer el comercio directo á la ciudad del Rosario, emancipándola del mercado tradicional á la sazon hóstil de Buenos Aires. Esa ley solo se sancionó en la Cámara por el voto del Presidente, pues dos veces se empató la votacion. El doctor don Mateo Luque era el Presidente.

La discusion había sido larga, libre, ruidosa; el debate acalorado y apasionado por una y otra parte. Fué el primer debate solemne en el Congreso Legislativo.

Bien pues. Ese triunfo del Ministerio era casi una derrota: una ley que divide una Cámara por mitad, nace sin prestigio y enferma. Y sin embargo, el general Urquiza al dia siguiente de terminado este debate quiere dar una prueba pública del respeto que le merece la libertad parlamentaria, é invita á comer á los señores doctor don Guillermo Rawson, doctor Saturnino M. Laspiur, doctor Vicente G. Quesada y al señor Godoy. Ese

hecho pudiera parecer insignificante, pero era muy trascendente en esa época y en aquella ciudad.

El general Urquiza vivía ya con su familia en la casa de gobierno, que había sido reedificada, levantándose el segundo piso. El comedor era pequeño, miraba sobre la misma plaza del Paraná y en la esquina de la Cámara de Diputados. La comida fué cordial. El general Urquiza no bebía vino. He olvidado cómo trajo la conversacion, á pesar que me fué referida entónces y despues lo he preguntado á alguno de los que estaban. El general Urquiza declaró á aquellos señores que la libertad del Congreso era su gloria más preciosa y que la mantendría como la base del gobierno constitucional.

La ciudad del Paraná era poco poblada, sus habitantes no habían tenido otros ejemplos sinó los de sus gobiernos personales; la libertad de la palabra era nueva y sorprendía. Nece_

sario fué garantizarla, rodearla de prestigio y por ello el Presidente se apresura á dar el ejemplo, sentando á su mesa á cuatro de los Diputados que habían hecho oposicion á una ley apoyada por el Ministerio y personalmente por el mismo Presidente. Ese ejemplo era una leccion, y no fué olvidada.

En todas las grandes cuestiones trascendentales la Cámara de Diputados se dividía en la votacion por mitad, y decidía el doctor Luque, Presidente perenne en aquel tiempo.

No había partidos organizados, no había propiamente una oposicion, por más que algunos despues hayan querido darse aires de opositores. En cada materia y con motivo de una ley, es que se formaban agrupaciones, que luego se disolvían y cada cual votaba segun su conciencia.

Uno de los más notables oradores en aquella Cámara fué el doctor don Guillermo Rawson. Todos le conocen y no hago ni su perfil.

El doctor Justiniano Posse era un hombre de talento, orador de chispa y de agudezas, simpático, alegre, lleno de calidades; fué inícuamente asesinado en Córdoba.

El doctor don Manuel Lucero, orador fecundísimo, pero cansado: era el *leader* del Ministerio del doctor Derqui.

El doctor don Juan María Gutierrez, el doctor don Emilio de Alvear, el doctor don Daniel Araoz, el señor Lucio V. Mansilla, Du Graty y otros tantos que se me escapan.

El doctor don Lucas Gonzalez, como el doctor Quesada, eran de los más jóvenes en aquel Congreso.

No hago ni perfiles, ni trato de esbozar por ahora las siluetas de aquellos diputados, porque tendría que escribir un libro.

El Presidente Urquiza recibía todos los dias, antes del despacho en la casa de gobierno: oía á los pobres, á los campesinos, á sus antiguos soldados y muchas veces intervenía

en sus disidencias y les hacía transar sus pleitos. Casi todos los soldados eran propietarios, y el ejército entrerriano era muy singular. Cuando se citaban las divisiones, los soldados se presentaban en caballos propios, uno de pelea, otro para la marcha, y venían uniformados con su dinero. Creo que no gozaban sueldos. Todos tenían su bienestar; poseían tierras en propiedad y algunas veces recibían préstamos para formar un *rodeo* de vacas. En los pueblos se veían, yo he alcanzado, los ranchos de muchos negros que habían sido soldados y que estaban ya retirados. La inmensa fortuna del general Urquiza servía como de banco; prestaba sin interés y más de una vez tomó dinero á interés para prestarlo gratuitamente. Esto explica su popularidad patriarcal, su influencia personal, su autoridad propia. Los gauchos malos le temían porque fué inexorable con los ladrones; pero los gauchos sabían tambien que su

bolsa estaba abierta para los hombres honrados y leales.

Esto explica el carácter singular de su accion, su influencia en el desenvolvimiento de la riqueza, y al mismo tiempo, su predominio autoritario.

Fué un gefe y un patriarca; valiente, temido y popular. No era un tirano, por más que sus enemigos lo hayan repetido durante años. Entre él y Rosas hay un abismo.

Esa popularidad era peligrosa. No podía ser perpétua, porque los pueblos se cansan y porque los ingratos abundan. Ingratos fueron los que más dádivas recibieron. Olvidaban los favores para recordar solo los defectos del benefactor, á quien pagaron con calumnias muchas veces.

Su autoridad patriarcal comenzó al fin á hacerse pesada; querían tener el derecho de hacer cada cual su voluntad, y el señor de San José ya les causaba tédio. El prestigio

del gefe era un obstáculo para sus tenientes. Muchos querían sucederle, aspiraban á reemplazarlo.

Al fin le asesinaron alevosamente, y asesinaron á dos de sus hijos. Esa sangre ha quedado sin ser lavada.

En las Cámaras del Paraná los antiguos partidos no tuvieron bandera. Los unitarios y los federales se habían confundido. Lopez Jordan daba el brazo á Chenaud. Ramiro andaba con Posse. Recuerdo haber visto salir de las sesiones á todos amistosamente confundidos. Allí se olvidaba en qué filas habían militado antes de la jura de la Constitucion.

¿Y los ministros del Ejecutivo?

Lo fueron tantos, que no me será posible recordarlos cronológicamente.

Recuerdo que conocí al doctor don Santiago Derqui, cuando ya era ministro del Interior.

Era alto, cargado de hombros, caminaba

con cierta dificultad como si no pudiese afirmar bien los piés; moreno de tez, nariz aguileña, pelo con pocas canas, frente despejada, ojo pequeño pero vivo. Cierta contraccion nerviosa en la boca, le daba un aspecto raro. Paréceme que no usaba bigote sinó pequeñas patillas, cortas y siempre bien afeitado.

Reía con frecuencia y mostraba sus dientes grandes y amarillentos. Fumaba con exceso y tomaba mate de un modo incansable. Dicen que fué muy amigo de sus amigos, los que abusaron de su condescendencia más de una vez. Desprendido, abierto, no conoció la avaricia y murió pobre, desdeñado y en el olvido más profundo.

Era el único ministro que tenía su círculo, que presidió el doctor don Mateo Luque: Eusebio Ocampo, Emiliano García, Pedro Lucas Funes, los Gordillo, Colodrero, y en la última época el doctor Emilio de Alvear, eran

sus ardientes partidarios, sobre todo cuando se levantó su candidatura para la presidencia.

Los ministros frecuentaban poco á los miembros del Congreso, y estos les pagaban en la misma moneda. La posicion no les daba influencia, si alguno tuvo círculo lo debió á sus cualidades personales.

El doctor Derqui no era orador. Se espresaba con laconismo y su voz era desapacible, solo contestaba á las interpelaciones, y no tomaba parte en el debate parlamentario. Creo que sus trabajos eran en su casa, en el ministerio por medio de sus amigos políticos. Conservaba sangre fría cuando hablaba en las Cámaras, y su papel era solo el de informar, no discutía. Verdad es que contaba con amigos decididos. Lucero en la Cámara de Diputados, Alvear, Ocampo, el mismo Luque, Colodrero, Funes y otros. En el Senado tenía al doctor Don Severo Gonzalez, orador fácil y fecundo.

El doctor Derqui era perezoso, leía novelas y gustaba de permanecer en cama hasta muy tarde y á veces dias enteros. Han dicho sus enemigos que bebía, pero esto es una calumnia: jamás le ví ébrio, y sus íntimos aseguran que no gustaba ni de la cerveza. Dicen que era muy parco para comer, y que solo cometía excesos durmiendo.

De qué medios se valió para hacerse prestigioso no pudiera decirlo. Él no era cortesano, no visitaba, no tenía esos atractivos que fascinan; pero le reconocían el mérito de la consecuencia con sus amigos. Fué muy cordobés y los cordobeses le fueron muy adictos. Carecía de las dotes para administrar, no era laborioso; pero era activo y no le arredraban las dificultades. Fué interventor nacional muchas veces, y esas intervenciones hicieron que su candidatnra fuese muy apoyada por los gobiernos que fundó en las intervenciones. Había sido antiguo secreta-

rio del general Paz, pero me dicen que era federal-doctrinario, convencido y apasionado.

Era miope y contraía los párpados para ver mejor, eso le daba un cierto aspecto de carácter, porque se dibujaban dos profundas arrugas que le dividían la frente de alto á abajo, y sus cejas pobladas se acentuaban más. El doctor Derqui tenía una apariencia imponente, resuelta y audaz. Su pérfil tenía mucho de característico.

El hecho es que se supo imponer. Contó con amigos muy decididos y con enemigos muy apasionados.

El Imparcial, diario de Córdoba que redactó el doctor Don Antonio del Viso, Bouquet, Warcalde y otros, como el doctor Luis Cáceres, le hizo una oposicicion vehemente. Ezequiel Paz fundó otro diario en Tucuman para hacer oposicion á su candidatura.

El doctor don Juan Maria Gutierrez, el doctor Gorostiaga, don Márcos Paz, el doctor

Zavalía y otros fueron sus opositores irreconciliables.

En 1854 en que el doctor Gutierrez era ministro de Relaciones Exteriores se acentuó su antipatía. Entónces Gutierrez estaba recientemente casado, salía poco de su particular domicilio, y no frecuentaba la casa donde estuvieron establecidas las oficinas de Relaciones Exteriores.

Salía frecuentemente por las tardes á dar un paseo por las pintorescas barrancas del Paraná. Cuando encontraba algun empleado usaba con frecuencia esta fórmula :

— ¡ Caballerito ! y daba solo dos dedos de la mano, mientras su ancha boca mostraba una sonrisa de benévola proteccion.

El doctor Gutierrez fué un ministro sin prosélitos. Era impopular en el Congreso y fuera de su recinto. Todos reconocían empero su talento, que lo ejercitaba poco em-sus funciones oficiales.

Fué ministro de Hacienda el Doctor Don José B. Gorostiaga, entónces soltero. Vivía en la misma plaza Matriz con su familia que fué de Buenos Aires para acompañarlo. Entónces le consideraban como el niño mimado de la casa.

Tenía la barba negra, el cabello ensortijado y compacto, el ojo de mirada ardiente y espresiva, rasgos muy acentuados en su fisonomía le daban el aspecto de un hombre resuelto. Su voz clara y sonora era notable, y como orador gozó de fama. No le he oido hablar. Su gran campo de accion fué el Congreso Constituyente de Santa Fé, y ha hablado muchas veces en los Congresos posteriores reunidos en Buenos Aires.

Era afable, pero algo grave: la afabilidad parecía estudiada, su carácter natural es áspero y tal vez altivo. Es hijo de sus obras; su fortuna y su fama se la debe á sí mismo. Ha tenido reputacion de abogado capaz y fué

un estudiante famoso desde el colegio de los jesuitas.

Supongo que el general Urquiza le dispensaba mucha consideracion; la verdad es que formaba parte del núcleo más distinguido de los hombres del Paraná.

Pertenecía al grupo de Carril, de Gutierrez: antipático al doctor don Santiago Derqui. Este grupo no tuvo unidad de miras, ni objetivo político, ni propósitos. Dominaba en él el espíritu de la crítica acerba de Gutierrez, el desden pretencioso de Carril, y el engreimiento del abogado de Buenos Aires que creía ese foro superior al de Córdoba.

En ese grupo no había, pues, el elemento que es indispensable para la popularidad: ese don divino que atrae, que fascina, que subyuga. Hombres de talento, de verdadero mérito y patriotas, vivieron en una atmósfera estraña de los elementos con que se gobierna, y por esto se esplica que el doc-

tor Derqui tuviese partidarios é influencia en el Congreso.

Sucede con frecuencia que hay capacidades sérias, inteligencias de primer órden, hombres de talento que son impopulares, incapaces de atraerse esa voluntad propicia y social, que es lo que en otras inteligencias secundarias constituye su fuerza y su poder. Derqui tampoco tenía el don de la popularidad; pero contó con las simpatías de sus comprovincianos que eran numerosos y que fueron la base de su prestigio.

Muchas veces se sorprende el espiritu de ver cómo se levantan individualidades sin mérito real, sin capacidad, sin instruccion, ignorándolo todo, menos la manera de halagar á la multitud para contarse como jefes de grupos, como elemento electoral, como poder democrático. Los unos medran, los otros quedan en el rincon de su hogar, hasta que el ojo previsor del que manda llama al

servicio público al que considera útil, y entónces se revela el hombre público, quizá el estadista.

La popularidad no es el mérito ni la capacidad, es una cualidad personal que se hermana á veces con la ignorancia petulante y audaz.

En aquel teatro modestísimo de la Capital provisoria de la Confederacion Argentina, no pudieron haber popularidades; el pueblo democrático era una entidad que empezaba á crecer á la sombra benéfica de la Constitucion Nacional. El pueblo, que es el alma de la democracia, no se improvisa, porque necesita instruccion. Esto fué lo que quería darle el general Urquiza, que no temía que ese pueblo consciente naciese á la vida pública; por el contrario, presentía placentero las evoluciones futuras del gobierno libre cuando solo quedase su nombre en la memoria de los pueblos redimidos.

En el grupo antipático al doctor Derqui, dominaba Carril por la estatura y por la iniciativa, pero jamás se hubiera atrevido á oponerse al general Urquiza. De modo que quedaron reducidos por la fuerza misma de las cosas, al papel de murmuradores políticos. criticando detrás de la puerta hasta las medidas del gobierno de que formaban parte: este fué el error.

Ignoro qué causas inmediatas produjeron la renuncia del doctor Gorostiaga, que era sin disputa uno de los hombres más notables del ministerio. La vida solitaria del Paraná, la prolongacion del alejamiento de Buenos Aires, que atraía con sus fascinaciones seductoras, con los ruidos de su prensa ardorosa, con sus fiestas y su riqueza, empezaron sin duda á trabajar el espíritu del abogado, á hacerle odiosa una política cuyos frutos serían muy tardíos. Era entónces relativamente jóven, allí no estaba el teatro de-

finitivo de sus aspiraciones; en fin, el hecho fué que renunció el ministerio.

Vivió luego en Buenos Aires durante largo tiempo en un estudiado alejamiento de la vida pública.

Despues ha ejercido el cargo de ministro varias veces, es miembro de la Suprema Corte de Justicia Nacional, de la cual hace años es Presidente. Vive en medio de los halagos de una fortuna espléndida y su estancia le constituye un potentado. Ahora tiene la cabeza y la barba blanca. Tiene la apariencia de un anciano, que vé renacer en su hija las ilusiones de sus juveniles sueños.

He dicho que el doctor Gorostiaga es considerado como uno de los más importantes miembros del Congreso Constituyente de Santa Fé; fué de los más estudiosos, de los más capaces y de los más decididos. Pertenecía al grupo liberal-conservador, es decir,

al círculo que dió orígen al partido federal-doctrinario. De ese centro, Carril fué el inspirador; Gorostiaga la voz y el escritor, hablaba y escribía; Gutierrez el espíritu cáustico, el sarcasmo que hiere y á veces corrige; Zapata, Zavalía y otros formaban la base de los propagandistas; Seguí era el látigo y el gracioso; los demás, con raras excepciones, eran los sectarios convencidos, los creyentes ardorosos. En ese Congreso está el gérmen fecundo del nuevo partido federal.

Allí había unitarios, como Zuviría, Ferré, aunque en el fondo es federal porque fué un localista exagerado. Derqui se hizo federal doctrinario. Colodrero, Lavaisse y otros pertenecieron al mismo credo constitucional.

El doctor Gorostiaga es uno de los pocos que sobreviven á su obra: puede contemplarla tranquilo, la República Argentina avanza hácia el porvenir con pasos de jigante.

Los constituyentes de Santa Fé tienen un altísimo mérito. Si hubieran flaqueado, si fluctúan, si siguen el movimiento disolvente de los diputados que abandonaron aquel Congreso para venir á Buenos Aires á tomar las armas en las trincheras de la guerra civil: el país no se constituye entónces, y vuelve á comenzar la guerra interna, más cruenta y más larga que la que había terminado en Monte Caseros. Pero la firmeza de aquel grupo de patriotas eminentes les hizo no dudar de su mision, y la Constitucion Nacional es su obra. Ese es el título que tienen para vivir en la memoria de la posteridad agradecida.

No podría olvidar en estos perfiles al mariscal del Perú, brigadier general argentino, don Rudecindo Alvarado.

Era ya anciano cuando le conocí. Tenía el aire militar, grave y sério. Elevada era su estatura, vestía siempre abrochado y usaba

corbatin militar. Marchaba derecho, aunque los años parecían querer doblegar su marcial apostura. Algo de engreido había en su aire y en su marcha.

En el trato familiar fué afable, culto y bondadoso. No quería tratamiento de Excelentísimo sinó en sus funciones oficiales: era Ministro de Guerra y Marina. Debía molestarlo la indisciplina del ejército, en el trage, en la organizacion, en los movimientos. Pertenecía á la gran escuela militar de la época de la Independencia, y aquellos generales conservaron el tipo marcial, el carácter guerrero de sus mocedades.

He conocido á algunos, á Olazabal, á don Rufino Guido, al coronel Isidro Quesada, y aún todos pueden recordar al venerable general Frias: tienen el garbo antiguo, las dolencias y los años le permiten que, cuando visten uniforme, aún recuerden que lo llevaron, alta la frente y derecha la figura. Los

pobres viejos! se esfuerzan todavía para no inclinarse hácia la tierra: pienso que mueren creyéndose en el campo de batalla.

Alvarado era gran mariscal del Perú, tenía el pecho cubierto de medallas militares, y aquel anciano venerable dejó su tranquilo hogar de Salta y vino á cumplir su deber como Ministro de Guerra y Marina. Púsose de pié á la voz del Presidente y marchó á cumplir su deber, sirviendo otra noble causa, la de la organizacion nacional.

Merece notarse este hecho.

Todos los guerreros de la Independencia, con raras excepciones, estuvieron dispuestos á servir al gobierno del Paraná. Alvarado, Guido, Pedernera, Iriarte, Puch, Vega, Chenaud, Espejo, Roca, Quesada, y los restos de los ejércitos que en ese tiempo sobrevivían á sus compañeros en las diversas provincias argentinas. Todos creyeron oir el viejo clarin de la patria, y salían de sus hogares para

ayudar á organizar la pátria, cuya independencia habían conquistado; nueva campaña dignísima de los fundadores de la nacionalidad argentina.

Ví á muchos en aquella ciudad tan modesta. Cuántas glorias venían á inclinarse ante el primer Presidente constitucional! El general Urquiza veía su obra, y aquellas cabezas canas eran el más grande testimonio de aprobacion que el pais le enviaba.

Alvarado permaneció en el ministerio mientras lo permitió su salud. La tarea era muy pesada para aquel anciano, y al fin presentó su renuncia. Había prestado el último servicio y se retiraba para esperar la muerte: había fundado, con el ejército á que pertenecía, la independencia de un continente, y había ayudado á fundar el órden constitucional sirviendo el ministerio de la Guerra. Pudo morir tranquilo.

Recuerdo á otro ministro de Hacienda, entre los muchos que desempeñaron esa cartera, tan difícil!

El doctor don Elías Bedoya había sido unitario y emigrado. Nació en Córdoba. Colosal era su estatura, sus piés eran desmesurados, verdad que sustentaban un gigante. Hablaba con facilidad, era murmurante, algo pomposo en su frase y en su aspecto: sabía formarse círculo, conocía el mecanismo de las cabalas parlamentarias, las intrigas gubernamentales y tenía el mundo bastante para conocer y estimar á los hombres segun sus defectos y calidades. A los miserables, que no escaseaban, les pagaba en oro, mientras que á otros les daba libramientos que tenían un quebranto positivo. Valiéndose de todos los ardides, poco escrupuloso, descreido, no teniendo más objetivo que el éxito, le importaba poco de la posteridad con tal de tener agradable y sibarítico el presente.

Era tan alto que la generalidad tenía que levantar la cabeza para mirarle la cara; fué un coloso físicamente hablando y una medianía intelectual. Es el único jigante que he conocido de ministro; los he visto en las exhibiciones del extranjero, éntre los juglares.

Tenía algun despejo, era laborioso como oficinista, pero no sé si fué competente como hombre de Estado, y mucho menos como administrador de hacienda pública.

Una derrota no lo sorprendía, había vivido en las derrotas. Los debates parlamentarios eran para él tormentas de verano, desde que no había espectadores; no le importaba nada de los periódicos, que leía poco. Había vivido emigrado y pobre, le gustaban las holganzas de la vida de ministro; la buena mesa, el buen cigarro, el té por la noche y la conversacion y chismografía que es la salza para los que dispensan favores.

Tenía violento el carácter, era irrascible y

precipitado. Vivía en Chile como emigrado, y encuentra en la calle un criado del doctor don Baldomero García, Enviado Extraordinario del gobierno de Rosas: aquel criado llevaba el cintillo punzó en el sombrero y lo llevaba por órden expresa de Rosas. El doctor García era inteligente y no se ocultaba lo ridículo de semejante distincion. D. Elías Bedoya, emigrado argentino, atropelló al pobre criado, le arranca el cintillo y lo patea. Eso dió lugar á un reclamo diplomático.

Pues bien, ese mismo don Elías Bedoya llevó en el Paraná el cintillo punzó, le he visto yo y cuantos ahí vivieron. Fué además amigo del doctor García, colega en el ministerio. El intransigente unitario se había humanizado y aceptaba todo, siempre que fuese Ministro. Este es el hombre.

Pero la figura de don Elías Bedoya crece y se hace simpática y respetable, cuando se le recuerda en su humilde retiro en la Sierra de

Córdoba. Alli le visité: vivía en ranchos que había empapelado con los diarios de la Confederacion: su renta era modestísima, tenía un pequeño rodeo de vacas y muchas cabras. Tal vez tuvo una quesería y hacía negocio con la leche. No quiso aceptar empleo despues de Pavon; prefirió esperar la muerte entristecido y desencantado, antes de prestar su nombre á las evoluciones acomodaticias de tantos otros descreídos. Allí vivió olvidado, sin irritacion contra nadie, tranquilo hasta cierto punto, y compadeciendo á los que creen en la justicia popular contemporánea.

Aquel sibarita se tornó en un cenobita, y la muerte lo encontró en su retiro solitario y humilde.

Otros muchos antes ó despues ocuparon el mismo Ministerio de Hacienda, como don Tomás Arias, excelente ciudadano, honestísimo padre de familia y patriota modesto.

Recuerdo al doctor don Juan del Campillo,

que fué Ministro de Justicia, Culto é Instruccion Pública. Su figura era burguesa hasta el estremo. Sus piernas no formaron líneas perpendiculares, una curva bastante marcada revelaba al que había cabalgado de niño; y esas piernas asentaban sobre piés sólidos y vulgares. Su cara era carnuda, sus ojos pequeños, usaba gafas de oro; la papada le caía en rollizas arrugas; había algo de frailesco en su modo y en su cara. Empero fué poeta, muy aficionado á las musas, y entre estas no amaba tanto á las antiguas como á las escapadas del Parnaso y tentadoras de los pobres mortales.

Fué un abogado notable en Córdoba, su ciudad natal, y del ministerio de Justicia le nombraron para Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede. Recuerdo que le ví con su uniforme azul oscuro bordado de oro, pantalon blanco con franja de oro, el elástico y el espadin. Le

acompañaba como Secretario de Legacion, el doctor José Maria Zuviría, cuyo unifor- me puede verlo el que vea su retrato hecho en Roma, y que tiene en su sala en la calle de Belgrano. Este quizo perpetuarlo en la pin- tura, mientras don Juan del Campillo lo puso un dia para servir de manequí, de mo- delo, de exhibicion en un círculo íntimo, en el cual se hallaba el doctor don Emiliano García, yo y no sé quienes más.

Aquella mision no tuvo éxito. Pavon dejó estos diplomáticos á la luna de Valencia y el doctor del Campillo fué á Santa Fé, donde ocupó un puesto en la Cámara de Justicia. Murió despues, estimado de sus amigos, sentido por los que le conocieron.

Como Ministro de Justicia presentó en el Congreso del Paraná su proyecto de organi- zacion de los tribunales nacionales, y este proyecto y las discusiones que lo ilustraron, prueban que el doctor del Campillo era un

jurisconsulto distinguido, que conocía la materia y que la había estudiado.

No recuerdo quien sostituyó al doctor Gutierrez en el ministerio de Relaciones Exteriores, pero sí recuerdo que estuvo al frente de este departamento el doctor don Juan Francisco Seguí. Tenía talento, pero ese no fué su puesto. Su aspecto era el del gauchi-político, había sido clérigo y dejó los hábitos; montaba bien en recado, pero no tenía la cultura distinguida del salon, los usos de la vida cortesana, los ribetes diplomáticos. Era un anacronismo como ministro de Negocios Extrangeros.

¡ Comía metiendo el cuchillo en la boca ! ¡ Tantos hay todavía aún de esa escuela burguesa !

Pero tenía manías de juglar. En el Congreso de Santa Fé sus bromas eran echar por sorpresa las víboras que domesticaba con facilidad, y las llevaba en el bolsillo y en el

pecho solo para reirse con el susto de los que no vivían en fraternal consorcio con tan asquerosos reptiles.

Alto de figura, delgado, ágil; usaba la patilla unida al bigote, como la usó Quiroga. Tenía la voz desapacible y ronca. El cabello negro, los modales sueltos y poco distinguidos. Fué poeta y escribía y hablaba con facilidad. Era un hombre de talento.

En su figura, en su aspecto y en el metal de su voz, había algo de la llanura santafecina, del monte de la provincia, de la corriente del rio Salado: era una mezcla del llano y del bosque. Tenía á veces las deslumbrantes aspiraciones de aquella llanura de horizontes dilatados, otras su elocuencia era vehemente como el rio que desborda de su cauce, y no pocas había la tétrica apariencia del ombú en la Pampa, cuando tomaba el aire de predecir el futuro. Fué patriota y buen padre de familia.

Era muy vivo en la accion, á veces ligero de juicio. Habían penetrado poco las raices del saber en aquella naturaleza impresionable y fecunda, viva y ardiente. Amó los caudillos y tenía culto por la libertad. Su vida fuéun contraste; murió jóven y no adquirió el reposo de la edad madura en que los horizontes pierden los reflejos rosados de la mañana para no tener sinó las tintes tristes de la tarde. Esa planta no dió su fruto: la tormenta la derribó antes de florecer.

¿Hubieron otros ministros? Sí: muchísimos otros, como el doctor don Pedro Lucas Fúnes, el general Galan, el entónces coronel Dominguez, el doctor don Baldomero García, pero no los recuerdo bien. Mi memoria se confunde, no puedo ni precisar su papel político, ni su aspecto físico.

Hay otros que fueron los que sirvieron de sepultureros al gobierno del Paraná, fueron aquellos que firmaron el infamante decreto

que daba por terminado el gobierno nacional: esos no merecen el recuerdo, solo pueden aspirar al olvido; sus nombres deben quedar entre los despojos putrefactos que se arrojan á la calle, y que solo los perros hambrientos revuelven para roer los huesos. Deben quedar debajo de lo que la historia pone en relieve, entre los gusanos de la humedad y los insectos inmundos. Mi pluma quedaría súcia si reprodujese sus nombres.

En estos rápidos esbozos ¿por qué no me detendría en el dintel de ambas Cámaras, para dibujar los perfiles de sus miembros más notables?

Fáltame tiempo, y no tengo la memoria fresca: mis recuerdos se confunden.

Me acercaré empero al Senado del Paraná, del que ya no existe ni su secretario perpétuo, el que empezó en el Paraná en 1854 y ha servido el puesto hasta que acaba de morir. Ese era la crónica, no siempre fiel, porque era

apasionado en política; tenía la manía del liberalismo celeste para olvidar el liberalismo colorado de los suyos. El habría podido ayudar mis recuerdos, pero sus despojos mortales no hace mucho fueron sepultados en esta ciudad. Ha desaparecido, pues, la crónica viva de la Cámara de Senadores del Paraná, don Cárlos María Saravia.

Haré un esfuerzo y me acercaré por el recuerdo hasta aquella Cámara, que conocí tantas veces!

Entre los senadores descuella el brigadier general don Tomás Guido, orador elocuente y simpático. Era un personage histórico, cuya accion fué tan variada y múltiple que no es fácil dibujarla. En los comienzos de la gran revolucion, durante la guerra de la independencia, como diplomático entónces, despues como uno de los negociadores de la paz con el Brasil, como ministro plenipotenciario durante la época de Rosas, despues

durante la presidencia del general Urquiza; interventor para el arreglo con el Paraguay, en las cuestiones domésticas entre las trece Provincias y Buenos Aires; siempre la personalidad del general Guido se destaca con brillo, por su habilidad, su prudencia y su tacto.

La unidad nacional fué su credo político, y cuando en el Senado alzó su voz, fué siempre para predicar la union bajo el imperio de la ley constitucional. Era pequeño de estatura, tenía la tez rosada, el cabello completamente blanco, el lábio delgado, la sonrisa insinuante y picarezca, la mirada penetrante é inteligente. De palabra fácil, el metal de la voz era claro y armonioso: pronunciaba muy bien los vocablos, no se precipitaba. Le recuerdo con su frac azul con botones de metal amarillo; levantado el jopo de su blanco cabello, viva la mirada y solemne la accion oratoria. Era insinuante y á veces incisivo en

su discurso, florida y castiza era la frase, lójica la trabazon de sus argumentos é imponía silencio cautivando la atencion. Conmovía con sus invocaciones patrióticas, con la exposicion de sus vistas políticas y el alto criterio de sus apreciaciones.

Como modelo puede citarse su discurso ante los restos del general don Cárlos M. de Alvear.

El general don Tomás Guido fué un hombre político eminente, un diplomático notabilísimo y un orador elocuente.

Era de un trato fácil, simpático y ameno. El chiste franco y espontáneo, la accion familiar era graciosa y atractiva; la conversacion entretenida, llena de anécdotas de aquella vida tan accidentada; las damas le escuchaban y él era galante con ellas, preocupábase mucho del sexo bello, ese dulce aplauso con el talento entibia las ideas en el trato de las señoras elegantes. Había frecuentado la pri-

mera sociedad americana, y tenía el tipo del caballero y del gran señor: todo era distinguido, su porte y su palabra.

A pesar de sus años, era un anciano lleno de afectos y de bondades; jóvenes y viejos quedaban seducidos por su buen decir. Tenía aún algo del garbo antiguo; formaba contraste con la marcial figura de su hermano el general don Rufino Guido, que era alto y de apostura guerrera.

Entre los otros senadores, recuerdo al doctor don Martin Zapata. Su oratoria era pomposa, á veces tenía la magestad de las cordilleras y en la trabazon de las ideas parecía seguir las líneas de las alamedas de Mendoza, su provincia natal. En su inteligencia se habían estereotipado las cambiantes de la naturaleza donde vió la luz primera, y donde fué sepultado en el terrible y famoso terremoto que hizo desaparecer la ciudad.

El doctor Zapata era bajo y grueso, tenía la

barba y el cabello negro, la boca grande, la fisonomía abierta: denotaba mucha confianza en sí mismo, pero era un hombre que no había recibido todavía las acentuaciones definitivas que caracterizan al hombre de Estado. Lo hubiera sido, tenía tela; pero le faltó escuela y teatro, cuando la muerte lo arrebató á sus amigos y á su patria.

El doctor don Salustiano Zavalía, senador por la provincia de Tucuman, tenía la diccion acicalada como su traje, cuidaba la frase, la accion, la voz, como si siguiese el compás de la música, de que era un cultor muy agradable. No permitía las espontaneidades de la improvisacion; sus discursos se asemejaban á la lectura de un trozo literario. Tenía tan estremada atencion por todo, que nunca atravesó la plaza del Paraná sin impedir que el sol tocase sus mejillas blancas y sonrosadas. Era coqueto, pero de la escuela antigua, se perfumaba y gustaba

de mostrar su pañuelo blanco y oloroso. Había estado en Lima y tenía algo de la coquetería de aquella sociedad. Cuando caminaba parecía que lo hiciese en puntas de pié, para romper un baile. Su accion y su voz estaba en armonía con este culto por las formas externas.

Puede decirse que fué un patriota sincero, un ciudadano excelente, y aunque tenía alta idea de sí mismo, sus méritos estaban al nivel general. Tenía méritos, se los reconocieron sus contemporáneos. Vino desde Lima para servir con decision al gobierno que queria organizar la República; perteneció al Congreso Constituyente de Santa-Fé y á los Congresos Legislativos de la Confederacion Argentina.

Su credo político confesado y probado, era la federacion doctrinaria. En vano los adulteradores de la historia han querido arrebatarle sus verdaderas glorias, preten-

diendo que había pertenecido á los demoledores del gobierno del Paraná; era leal y no podía renegar de su propia obra.

Marcado contraste con este personage pulcro formaba el otro senador por Tucuman, el doctor don Agustin de la Vega. Este era el reverso de la medalla: nunca ví un frac peor cortado llevado por un hombre alto, grueso, con su pañuelo de seda rojo siempre en la mano para secar el sudor y tal vez el polvillo.

Sus facciones eran anchas, carnuda la cara, grande la boca, la nariz y las orejas: era un hombre fuerte, pero desgonzado, todo parecía estar fuera del centro de gravedad. Sus brazos accionaban sin gracia, sus piés eran grandes, sus piernas parecian poco sólidas á pesar del espacio que ocupaban. Era un buen hombre, un excelente padre de familia; un abogado de provincia.

Tuvo influencia en su provincia, era estimado en el Senado, se le creía hombre de

consejo, muy acomodaticio; gustaba de no comprometerse y tomaba siempre el término medio. El carácter era como la figura, desparpajado.

Hablaba y su oratoria era como su figura. No conocía la elocuencia, como no supo lo que era la estética del arte, ni siquiera la del sastre tucumano que le hizo fracs tan deplorables.

Otro senador, que no olvido, fué el coronel don Márcos Paz, gobernador de la provincia de Tucuman, alternando con los dos anteriores, el gobierno y el Senado.

Pertenecía al grupo federal más pronunciado, había sido secretario del general Lagos en el sitio de Buenos Aires y era un ardiente contrario á la revolucion de Setiembre. Despues fué vice-Presidente de la República en la presidencia del General D. Bartolomé Mitre.

El doctor Paz era muy elegante en su tra-

ge, vestía frac y lo llevaba bien. Su bigote era grande, su calvicie completa, la tez blanca, y la mirada autoritaria.

Vivían con él Alejandro y Ezequiel Paz; empleados en los ministerios; el último, actual redactor del diario *La Pampa* y diputado al Congreso.

Hablaba en la Cámara de Senadores, pero no tenía la elocuencia de Guido, ni la fecundía de Zapata. Exponía sus ideas con claridad. En muchas cuestiones importantes pronunció largos discursos, como en el debate sobre los *derechos diferenciales* y otros. Su palabra tenía algo que le asemejaba á las órdenes militares, era como si se tratase de mandatos que estaban fuera de toda controversia.

El doctor don Severo Gonzales era un orador de palabra muy fácil, era fecundo; pero sus discursos se parecían á los informes en derecho, á los alegatos en los pleitos. Era el

abogado defendiendo una tésis, no el orador parlamentario. De algo análogo adolecía Zapata.

El doctor Leiva, senador por Santa Fé, era laborioso y tenía toda la conciencia de su valer por su larga vida pública. Era un excelente ciudadano, aferrado á sus ideas, muy localista, muy santafecino.

El general don Pedro Ferré, ya muy anciano, era solo una tradicion, no hablaba. Supongo que en el consejo y en las comisiones pudiera ser útil. Representaba á Corrientes, tuvo una figura histórica en la guerra civil.

Recuerdo al senador Bárzena, que desde entónces se conserva siempre en el Senado, como lo hizo Borges por Santiago y Daract por San Luis. Pero no recuerdo quienes fueron senadores por Córdoba y Salta, como olvido otros, muchos otros.

En el último período, don Nicolás A. Calvo fué senador por la provincia de Corrientes.

Entónces como ahora era un orador fecundo; tenía una actividad extraordinaria. Han pasado los años y vuelve al debate con el mayor ardor, con la misma facundía. Hoy es diputado al Congreso Nacional por la provincia de Buenos Aires, que es la de su nacimiento. Fué un periodista muy temido en la polémica, muy hábil en la lucha de los partidos y en las cuestiones económicas. Vivió muchos años en Londres, ocupándose de negocios. A pesar de sus años es una naturaleza llena de vigor.

Los hijos de Buenos Aires que representaron en el Congreso á diversas provincias, lo hicieron con el mismo derecho con que Velez Sarsfield y Sarmiento han representado á Buenos Aires ; con que Gallo y Wilde han ocupado asientos en la Cámara sin pedirles antes la fé de bautismo. Entre los diputados de las Cámaras actuales son numerosos los que han sido electos por provincias diferentes á las de

su nacimiento, y á nadie le ha ocurrido llamarlos *alquilones;* término infame con que la prensa separatista de aquellos tiempos trató de denigrar á los porteños que habían merecido idéntico honor al que recibieron Sarmiento, Velez Sarsfield, Wilde y Gallo.

Pero era un tiempo aquel en el cual no circulaban los diarios de las trece provincias, para que se convenciesen los que aquí gobernaban, que estaban en error, que el caudillage y la barbarie solo eran creaciones acomodaticias para mantener alejada de sus hermanas á la provincia de Buenos Aires. Hoy han cambiado los tiempos, y los separatistas han quedado como los trastos viejos, cubiertos de telarañas y de polvo.

Y ¿por qué no hago otra escursion á la Cámara de Diputados del Paraná?

La tarea es larga, estoy ya cansado y me parece que no es bueno abusar de la generosidad de la *Nueva Revista*, ni de la pacien-

cia de los lectores. He dejado correr la pluma porque no sentí gran fatiga en la memoria recordando aquellos tiempos lejanos; pero es preciso poner punto acabado.

Volveré tal vez á hacer otra escursion por aquellas épocas y entónces me detendré quizá en la Cámara de Diputados, y trazaré á *vuela-pluma* los perfiles de aquellos oradores. Si eso me cansa, nada pierden los lectores, de modo que dejándome en completa libertad, cumpliré ó nó mi promesa. Y con lo dicho punto.

Rio IV, Junio de 1883.

LA MASHORCA EN BUENOS AIRES

UNA TARDE EN 1840

(RECUERDOS DE LOS TIEMPOS PASADOS)

I

La ciudad de Buenos Aires estaba silenciosa, las calles sin gente, y los pocos, muy pocos, que por necesidad ó por miedo salían, iban á los sitios solitarios. A la ribera concurrían los muchachos á remontar las pandorgas, cometas ó *barriletes*, ó á lo que era plaza del Parque, depósito á la sazon

inmundo de las basuras. Aquellos sitios eran quintas. Donde hoy se levanta la estacion del ferro-carril del Oeste y en la manzana de enfrente, altos cipreces elevaban sus copas negruzcas al través de las tapias de barro... ¡Cómo ha cambiado el aspecto de estos lugares! Ahora todo es diferente. Ya no hay cipreces ni tápias. Ya no se huelen los pútridos miasmas de las aguas verdosas y de las basuras fermentadas! La transformacion es completa; y sin embargo, esa plaza es hoy un plantío casi abandonado en vez de ser, como lo exige la cultura de la capital, un alegre jardin.

Se transformará ciertamente, desde que ya no cruzan la calle del Parque los trenes de la ferro-vía del Oeste, y su antigua estacion central será tal vez convertida en escuela de artes y oficios.

Pero en los tiempos de mi niñez y pubertad, esas eran verdaderas quintas y

las calles eran lodazales intransitables.

Nada era más triste que los arrabales de las cercanías de la ciudad ; quintas que producían muy poco, pues las legumbres eran baratísimas y las frutas se daban de balde á cuanto limosnero iba cabalgando á llenar las árganas de cuero, para regocijarse en familia. Los mendigos tenían mujeres é hijos, y estos eran mantenidos por caridad. Cierto es que sus necesidades eran escasísimas, pero tenían el lujo de la holganza, de la pereza y de la siesta. Vestían de harapos, andaban descalzos, y los chicuelos como si habitasen el paraiso sin buscar ni la bíblica hoja de higuera. Eran súcios, muy súcios, y olían á inmundicias. Recuerdo aquellos chiquillos desnudos, sin lavarse sinó en los charcos, pues tenían pereza de sacar un balde de agua del pozo, y sus madres no tenían tiempo sinó para cebar mate, cuando regresaba el marido mendigo á caballo, que

no tenía otra enfermedad que la pereza, la matadora pereza. Más de una vez se lo llevaron las *levas* y los hicieron *milicos*, como se decía entónces; *milicos* de chiripá colorado y gorra de manga.

Entónces la muger, abandonada á sus recursos propios, se hacía lavandera, cuando no se incorporaba á la tropa. En fin, buscaba en el trabajo el medio de dar de comer á su prole harapienta. Eso no significaba mejorar el rancho, levantado, entre otros sitios, en los terrenos que Rodriguez daba en enfitéusis en la capilla de *Bola de Oro*. Pero delante de ese rancho inmundo, cuyo techo de paja apenas resguardaba del sol y de la lluvia, se cultivaban rosales, y se cojían las rosas de todo el año, fragantes y hermosas para ser más triste el contraste con aquellos muchachos súcios, que no frecuentaron la escuela, sinó que hacían correrías para cazar pajarillos y comer la fruta saltando los

cercos. Esa era la poblacion de las quintas próximas á la ciudad. Vida semi-bárbara, haraganería absoluta, desidia y despreocupacion. De allí salían como de una pepinera los más rematados pillos que sea posible imaginar, que servían para remontar los cuerpos de los ejércitos permanentes ora en guerra en el interior ó en la República Oriental, sitiando á Montevideo. Soldados sobrios, valientes, capaces de hacer las campañas más dilatadas, como las hicieron. Cuando regresaron los que volvieron ! tenían el cabello blanco, convertidos en viejos los que apenas habían salido de la juventud y se hallaron al partir vigorosos y jóvenes. Así son las guerras, y así era la República, contínuo campamento para sostener las luchas civiles que sucedieron á las grandes guerras, como la de la independencia.

Pues bien, cuando los caminos estaban secos era posible pasear por esas quintas

para remontar las pandorgas, sin alejarse mucho de la Plaza de Armas, ó bien en el bajo del rio, que en esa época carecía de los sauzales que el buen señor don Cayetano Cazon, antiguo jefe de policía, hizo plantar con los condenados por la policía, en vez de tenerlos de haraganes en las prisiones policiales. En aquellos tiempos, el bajo era un verde desierto, cuyo húmedo musgo lavaban las aguas del rio, presentando solo el accidente de los pozos de las lavanderas y de las ropas secándose despues de lavadas. No había ni un árbol en el camino que conducía hasta Palermo, donde empieza el sauzal en ambos lados. ¡Qué divino era el paisaje! Ahora se ven construcciones como la usina del gas, el muelle de las Catalinas y un murallon empezado y no concluido... Una ferro-vía cruza el camino, un trenvía corre paralelo y un hermoso paseo, como el de Julio, han dado otro aspecto á aquellos sitios de los tiempos pasados.

Hoy en las claras tardes del estío, desde el bonito paseo se destaca sobre el fondo azul del cielo la estátua en mármol de Mazzini, mientras los grandes hombres que crearon y organizaron la nacion, yacen olvidados en la memoria del pueblo, ahora enriquecido y mercantilizado.

Pero me voy estraviando de mi intento. Quería mirar solo hácia el pasado y reconstruir aquellas escenas que están frescas en mi memoria, antes que mi mano desfallezca y caiga la pluma que ha borroneado ya tantas carillas de papel inútilmente.

Vuelvo, pues, á reanudar mi interrumpida narracion.

El bajo del rio y la Plaza de Armas eran los lugares donde me llevaban con otros muchachos á remontar nuestras pandorgas.

En aquel entónces no se había construido la muralla del «Paseo Julio», y el Fuerte, con sus pozos en seco y sus altos bastiones

astillados, daba á estos sitios un aspecto más imponente. Desde los fosos corría hácia el Retiro la barranca cuyas laderas irregulares hácia el rio servían para que arrojasen las basuras los moradores vecinos.

Era el bajo, sobre todo lo que se llamaba la Alameda, un centro donde se agrupaban la marinería del cabotaje, los patrones de los pequeños buques y lo que se relacionaba con el comercio fluvial. Entónces la «Sala de Comercio» era el club de los marinos de alta mar y servía de punto de reunion, de vigía y solaz para el comercio extranjero. Allí se leían los diarios ingleses, porque era un establecimiento genuinamente inglés. Los hijos del país no tenían entrada. Casa fundada por ingleses, para ingleses y á la inglesa. El cintillo punzó y el chaleco colorado tenían cerradas las puertas de sus salas, que estaban bien modestamente amuebladas. Se conservaba ese establecimiento en la

moderna casa calle de 25 de Mayo esquina Cangallo, hasta hace poco en que el martillo de un rematador ha esparcido las colecciones de diarios que allí se guardaban.

Mientras tanto, la ciudad estaba silenciosa, parecía una poblacion que duerme, ó un pueblo que medita amedrentado, recogido dentro de cada hogar en las horas solemnes que preceden á las grandes catástrofes. Solo el cielo era azul y al calor del sol se desarrollaba en estío una vegetacion verde, lozana y alegre: el contraste de la naturaleza riente chocaba con las angustias de los corazones conmovidos. Era el mes de Octubre...

De vuelta del paseo en la ribera yo y algunos muchachos, cada cual con su pandorga de papel, su ovillo de hilo de acarreta y envuelta la cola de orillo en el brazo, en silencio y de uno á uno, porque hasta los muchachos no gritaban ni reían, subíamos por la calle de Corrientes, entónces sin empedrar, y nos

dirijíamos hácia la llamada de San Martin.

De repente un anciano de esbelta figura, de cabello blanco, de tez sonrosada, con corbata blanca, vestido de frac con botones de metal, don Joaquin de la Iglesia, bisabuelo del director de la *Nueva Revista*, dió vuelta muy á prisa por la esquina de San Martin y Corrientes y dirijiéndose al bajo, desapareció como un fantasma. ¿Donde entró? ¿Qué puerta le dió asilo?... Ni era posible saberlo, ni en aquel momento ocurría averiguarlo á muchachos absortos con sus barriletes.

Pero pronto aparecieron algunos hombres envueltos en ponchos, unos con sombrero de copa alta y cintillo y otros con gorras. No era enteramente populacho, era un grupo que caminaba ligero. ¿Qué llevaban en las manos? Diríase que algunos en vez de bastones llevaban *vergas de toro*. ¡Estraño látigo! muy fuerte y consistente empero.

En esa esquina tenía un puesto de verdura,

carne y frutas, don Serapio, criollo bueno, hombre del pueblo, honesto y decente. Estaba en mangas de camisa parado en la puerta de la esquina y en una que otra puerta de la calle se veían las sirvientas mulatas y negras, porque salir á la puerta era un solaz doméstico. La puerta era como la abertura de la ratonera y en ella se agrupan los criados y los chicos, ¿para ver qué? Para ver la calle... solitaria casi siempre, sin vehículos ni movimiento.

Indudablemente don Serapio debió ver pasar á aquel anciano de alta estatura, porque era vecino del barrio, y á él se dirijió el grupo de emponchados que marchaban los unos en pos de los otros, pareciendo que ninguno quería tomar la delantera. Aquel grupo era una fraccion de otro que había penetrado en una casa en la calle San Martin, de la cual se había posesionado sin que hubiera pueblo reunido, ni *celadores*, que así

se llamaba á los que ahora se llaman *vigilantes*. Los guardianes de la paz estaban con venda en los ojos abiertos.

El grupo desprendido tomó la acera de la izquierda viniendo de la Plaza hácia el Retiro, y al llegar á la esquina antes de doblar al rio, ya no distinguió la figura del anciano, á quien no habían ni corrido, ni llamado á voces, sinó que lo seguían en silencio y á prisa; no viéndolo, preguntaron á don Serapio.

—¿Ha visto usted pasar un hombre por aquí? Don Serapio respondió negativamente, tal vez no se había fijado, pero pudiera ser que no quisiera delatar al que huía. Respondió con tanta naturalidad y calma á todas las preguntas que le iban haciendo los del grupo, que no le hicieron inculpacion ni cargo alguno.

Buscaron al anciano, que tenía su domicilio en la misma calle de Corrientes; pero se

lo había tragado la tierra. Le buscaron en vano. El grupo invadió el domicilio; entónces no era necesario órden de allanamiento, ni esos hombres constituian autoridad, era la sociedad *Popular Restauradora*...

¿Qué hicieron dentro? No es posible saberlo; solo ellos entraban y nadie se permitía la curiosidad de indagarlo. Ni los muchachos se acercaban; se decía á media voz y temblando: allí han entrado!...Y nadie volvía la vista, todos se alejaban sin volver la cabeza.

Don Serapio continuó en la puerta fumando cigarrillos negros tras cigarrillos, y mirando como hombre distraido hácia el Retiro: se había recostado al marco de la puerta, y nadie entró á comprar. Allí estaba tarareando un aire popular para mostrar la indiferencia con que permanecía ante lo que pasaba á su alrededor. El que lo hubiera visto lo habría tomado por un vendedor tranquilo. Ni su mirada, ni sus facciones impasibles, ni la se-

guridad de sus dedos armando los cigarrillos negros, nada, nada podía hacer sospechar que bajo aquella máscara había tal vez una tempestad y una angustia profundísima.

Dicen que los del grupo de la calle de San Martin habían levantado la mano hasta sobre inocentes damas distinguidas, roto loza pintada de celeste y no se dice cuantas otras estorsiones pudieron hacer en aquellas escenas criminosas é infames.

Mientras aquello pasaba en esos dos lugares atribulados, en las casas vecinas todos estaban aterrados; aterrados por el miedo que infunde un peligro desconocido, que no se puede evitar y que era preciso esperar sin aparecer que se temía. Las madres temían por sus maridos, por sus hijos, por los niños, por ellas mismas, por sus hermanos, por la familia entera. Y en medio de ese temor pavoroso era preciso aparentar la más indiferente serenidad, porque se había perdido la

confianza, los criados podían ser espías, una palabra indiscreta podía comprometer la vida ó la fortuna: no se podía ni reconvenirles, ni mirarlos con severidad, la tiranía estaba en los de abajo, esa tiranía oscura, inconsciente, anónima, que no está representada por un hombre sinó por la muchedumbre, por chicos, por mujeres, por todos. Ni en sueños se estaba seguro, porque una pesadilla podía revelar un secreto: y en medio de esta atmósfera sobrecargada de temores el corazon se comprimía. ¡Cuántas muertes han tenido en ello orígen! Los que han vivido siempre en el goce de las libertades legales, no saben, no conciben lo que es esa vida de temor incesante, en la cual el espíritu se apoca porque se teme por todos; porque no es la fuerza ni el valor lo que salva, es la fatalidad que arrastra! El fantasma de la delacion se le veía en todos los rincones, parecía que atisbaba detrás de las puertas, que miraba

por la cerradura ó las rendijas de las ventanas. Y entónces sobresaltados todos, se levantaba alguno para saber si en efecto detrás de la puerta había alguien oculto. Los niños eran tristes, porque la tristeza es contagiosa: no se sentían las bulliciosas carreras infantiles en todas las casas, sinó en aquellas en las cuales por razones dadas estaban aseguradas y garantidas contra todo peligro.

Era preciso haber respirado esa atmósfera para comprender cómo imperan y duran las dictaduras, cuando todos y cada uno han perdido la conciencia de su derecho: cuando la inocencia no escuda, cuando solo dominan las combinaciones diabólicas de todas las pasiones bajas, serviles, que se estimulan en el mal como ofrendas para ser perdonados del bien que hicieron ó aún quisieron hacer. Entónces teme hasta el mismo que ejecuta la venganza: teme la víctima y tiembla el verdugo. La sociedad se enferma: la sangre se

atrofia en las venas. El Paraguay bajo el dominio de Francia es un ejemplo.

La noche fué silenciosa, la naturaleza tranquila, el cielo estrellado y sin nubes. Solo se interrumpía aquella calma por los pasos acompasados del sereno que con linterna en mano recorría la manzana, armado de su pica y su machete, cantando las horas despues de los vivas y mueras de ordenanza.

La esquina de don Serapio se cerró como era de costumbre; pero al dia siguiente la esquina permaneció cerrada y cerrada continuó. Don Serapio se había ocultado y huyó á Montevideo. El pobre meditaba su fuga cuando armando cigarrillos negros estaba recostado al marco de su puerta. Temió sin duda por su vida, ó le impresionó amargamente la escena de la tarde anterior. Don Serapio vivió oscuro en Montevideo, no volvió más á la tierra donde había nacido. Nada supe de él.

Pasó así aquel mes nefasto, cuyo recuerdo no debiera evocar.

La juventud que ha visto tales escenas, que ha sentido las agitaciones mortificantes de la falta de garantías, no es un elemento apropiado para las revoluciones, porque ha visto el resultado á que se llega levantando dictaduras al calor de la anarquía. Esa juventud fué y ha sido un elemento conservador, que defendió las garantías civiles y políticas para no volver á los tiempos de Rosas. Esa leccion terrible ha debido mostrar que la libertad no germina sinó en las sociedades organizadas y cultas; que las tiranías nada fundan, y que hasta su recuerdo es un estímulo para sostener la autoridad en la ley.

II

Corría el mes terrible. La Sociedad Popular llamada la *Mashorca*, dominaba la ciudad; á media voz se decía cada mañana quiénes y cuántos habían sido degollados, qué casas habían sido asaltadas, qué damas azotadas con vergas é infamadas por los parches colorados pegados con cola. No he visto esto, porque no salía de mi casa, pero lo recuerdo como sucesos de mi infancia grabados en mi memoria con colores sombríos: recuerdo las angustias de mi hogar, ¡ qué dias aquellos! En torno de mi madre todos guardábamos silencio, temiendo cada vez que llamaban á la puerta, temiendo por los ruidos de la calle, temiendo en el silencio de las noches; y los muchachos estábamos allí sobrecogidos por un contagio moral que había quitado las alegrías bulli-

ciosas de esa edad. Tales son mis recuerdos.

Paréceme reveer aquel triste grupo, porque hasta los gritos en los niños parecían despertar el peligro. ¿No se han encontrado ustedes en alguna casa donde se vele el cadáver de un padre ó de una madre? Entónces los niños no rien porque ven en todos los semblantes el sello de la desgracia. ¿Por qué no rien? No lo sé, pero esa era la impresion de aquellos dias; no se hacía negocio, no creo que hubiera comercio, al menos mi memoria no me permite apreciarlo: si sé que en ese mes no ibamos á la escuela, ignoro la causa. Tal vez temían que fuésemos asaltados en la calle, que cometiésemos alguna indiscrecion con los otros niños ó que oyésemos los cuentos tristes de los degüellos. Lo que recuerdo es que no ibamos á la escuela, y los muchachos estábamos de vacaciones. Solo nos llevaban por la tarde á remontar pandorgas en el bajo del rio ó en la Plaza del

Parque, bajo la vigilancia personal de nuestro padre, que nos guiaba y á quien acompañábamos. No era posible ni prudente ocultarse, y entónces esas eran sus salidas, nosotros y un criado cuyo nombre conservo aún, el mulato Agustin, que llevaba las pandorgas á veces, cuando nosotros estabamos aburridos de la carga. Nos acompañaba en fin, no sé por qué; pero él remontaba los barriletes y en esas escursiones corríamos y dábamos movimiento á nuestras piernas y supongo que nos alegraríamos. Volvíamos luego al caer la tarde, para reunirnos en torno de mi madre, silenciosos de nuestro paseo y esperando la hora en que nos mandaban á dormir. Pero, aunque niños, no era fácil conciliar el sueño, el instinto me decía que había un peligro desconocido y terrible que podía alcanzar á mi padre; y niños como éramos ¿qué haríamos si no teniamos fuerza para defenderlo? ¡Qué angustiosos momentos!

Mis hermanos tampoco se dormían y de cuando en cuando alzábamos nuestras cabezas para oir los pasos, las voces, el movimiento de la casa. Y eso que en la familia no se hablaba jamás en nuestra presencia de aquellas escenas lúgubres; no recuerdo haber escuchado en tales conversaciones nada sobre la situacion. Ese miedo que los niños teníamos era una enfermedad: preguntábamos en secreto qué había y se nos contestaba : nada! Y entre nosotros, pequeños entónces, guardábamos silencio y mirábamos á los criados como si estuviésemos bajo sus garras: les habíamos cobrado miedo, y eran sin embargo tan buenos!

A veces yo rogaba que no me acostasen temprano y quería estar cerca de mi padre, que fumaba mucho y siempre cigarros de hoja hechos en el país y que se vendían en la calle de San Martin, en una pequeña cigarrería de un italiano bajo, delgado, que

tocaba el violon en la orquesta del teatro, cuando había compañías; yo lo conocía porque me había llamado la atencion aquella figurita con un instrumento tan grande, cuando alguna vez le había visto en el Teatro Argentino. En aquel mes no sé si funcionaban los teatros; si sé que no salíamos de noche porque éramos niños y siempre nos hacían acompañar por un criado ó nuestros padres nos llevaban á la casa en que había un gran patio y allí jugábamos con otros niños corriendo y brincando. Pero en ese mes estábamos en reclusion.

En una de esas noches, la familia se hallaba reunida en la sala, en la cual no había luz. Por la gran puerta que daba al patio se recibía la luz del farol que lo alumbraba, y por la ventana de la calle, cuyos vidrios estaban abiertos, penetraba la vacilante luz del alumbrado público. Los muchachos estábamos sentados en las sillas como si nos

hubieran puesto en penitencia: esperábamos la órden para acostarnos. No pasaba nadie por la calle. A las diez de la noche se nos llevó á dormir, despues que se dió órden de cerrar la puerta de la calle. Nos sometimos á la órden y nos fuimos á la cama, despues de haber comido cada uno medio pan.

No sé el tiempo que trascurrió; pero de repente golpes seguidos y violentos en el llamador de la puerta de calle pusieron en alarma á toda la familia, los muchachos nos despertamos sobresaltados y nos echamos fuera de la cama. En el aposento de mis padres estaban estos ya en pié. Volvieron á oirse aquellos golpes formidables y desesperados ¿qué hacer? Algo extraordinario sucedía cuando en aquella hora y en esas noches se llamaba así á la puerta de la casa. No olvido el semblante de mi madre y de mis tias: mi padre estaba grave y de pié. Era preciso saber quién ó quienes golpeaban; y

en todo evento, convenía que mi padre no fuese visto. Los muchachos estábamos allí sin que nadie hiciera atencion de nuestra presencia. Mi madre y una de mis tías resolvieron abrir la ventana de la sala que daba sobre la calle; estaba colocada en alto; muy elevada sobre el piso de la vereda y con formidables barrotes de fierro: la casa era antigua y de teja, hacía muy difícil una evasion por las azoteas, en caso que aquella fuera una visita de la «Sociedad Popular».

Abrieron la ventana, y lo recuerdo como si lo viera ahora mismo: una mujer con el cabello suelto, vestida de blanco ó en paños menores, pidió le abrieran, que acababan de sacar á su marido y ella corría desatentada, buscando asilo y proteccion para que la llevasen á casa de sus abuelos. ¡Qué cuadro! ¡No me rechacen! decía con una voz desgarradora. Esa dama era doña Mercedes del Sar de Terry.

La puerta de calle de mi casa fué abierta, y mi madre y mis tías recibieron en sus brazos á aquella desgraciada ! ¡ Lloraba ! por que solo sabía que su marido don Gregorio Terry había sido tomado en su misma casa, esquina San Martin y Tucuman por un grupo de la Sociedad Restauradora, mientras su hermano don Manuel Terry había escapado saltando las azoteas. Ella nada sabía de su marido, que había sido arrancado de su hogar. Recuerdo los nombres de algunos de los que ella misma reconoció: la muerte, que cubre sus despojos cubra su crímen. ¡No quiero nombrarlos !

Nosotros, acurrucados, mirábamos con los ojos abiertos y temblando aquella dama á quien conocíamos con intimidad y esa escena no se borra de la memoria de los niños. Ella pedía la acompañasen á casa de sus abuelos, al lado del Banco, donde hoy se halla el remate de Baltar y Quesada. Entonces el edi-

ficio interior era diferente; pero aún se conserva el frontis de la calle tal cual era, menos las puertas modernas que han abierto sobre la vereda.

En esa casa vivían don Francisco del Sar y doña María de los Santos Riera, abuelos de la señora á que me he referido, y en los altos de la calle vivía la madre y hermanas de esta dama.

En las calles no había alma viviente sinó los serenos, y se corría peligro de encontrarse con otro grupo como el que había asaltado la casa de Terry.

Mi madre y mi tía se vistieron de prisa y ambas acompañaron á aquella desgraciada, que no sabía si su marido había sido degollado. Ella no quería permanecer en casa porque suponía que su respetable abuelo, ya anciano, podría hacer algo para descubrir qué es lo que había sucedido. Yo no recuerdo más: sé que la acompañaron, y eso era un

rasgo noble, ineludible es verdad, pero lo hicieron con buena voluntad, olvidando el propio peligro para ayudar á la que pedía socorro. Aquellas tres damas partieron solas; porque todas se opusieron á que mi padre las acompañase. El lo quiso, pero no era posible discutir ante la decision de las damas: ellas no corrían el peligro de la vida, y si en ese grupo fuese un hombre los serenos podrían conducirlo á la policía, y en vez de prestar un servicio, se hubiera perjudicado á esta señora.

No sé lo que pasó pero sé que doña Mercedes del Sar de Terry fué recibida en casa de sus abuelos, desde donde regresaron muy avanzada la noche mi madre y tía. No recuerdo más detalles; pero estos se han grabado en mi memoria.

Don Gregorio Terry fué azotado y conducido no sé cómo ni por quién, á la casa donde se había asilado su mujer.

De modo que los que de niños hemos asistido á estas escenas, no podemos sinó odiar la dictadura.

Estos excesos no fundan gobierno regular, no son resultantes de un partido político doctrinario, son los desbordes de las pasiones, que otras veces estallan cautelosas y astutas como se ha visto en la correspondencia publicada, revelando quienes son los instigadores del sacrificio de Dorrego.

Rosas no representa el partido federal, por más que gritasen sus seides : ¡ viva la federacion !

Esos crímenes no son medios de gobierno ; como no es el fusilamiento de un gobernador prisionero, sin sentencia, sin juicio, sin defensa.

Son excesos que los partidos doctrinarios execran.

Julio, 1883.

LA RAZA AFRICANA EN BUENOS AIRES

RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

La esclavitud en esta parte de la América española no fué cruel para los pobres negros: entre el amo y el esclavo había relaciones humanitarias, y cuando el último era empleado en el servicio doméstico, esas relaciones eran casi afectuosas. Servían es cierto, para enriquecer al amo, pero generalmente este les concedía horas libres para que trabajasen en provecho propio y formasen un pequeño peculio. Hubieron escepciones, y ello no admite la mínima duda, fueron alguna vez maltra-

tados, pero la autoridad intervenía y el esclavo era vendido á un amo más humano.

La prueba es que los esclavos no odiaban á sus amos, y que por el contrario combatieron á su lado en beneficio de un órden de cosas que hacía estable su misma esclavitud.

En las invasiones inglesas los esclavos tuvieron ocasion para levantarse contra los amos, y contribuir con los invasores al cambio de monarca; en ese cambio hubieran vislumbrado su libertad. Pero lejos de eso: los negros fueron heróicos defensores de la ciudad. Y por ello penetrado el Cabildo del mayor reconocimiento por los esforzados combatientes, en la invasion que sufrió la capital del 2 al 6 de Julio de 1807, dictó la siguiente resolucion:

«El extraordinario entusiasmo con que la esclavatura de esta ciudad se dedicó á defenderla en los dias 1° hasta el 6 de Julio pasado: el generoso ardimiento con que se

prestó á toda clase de fatigas y riesgos; y la parte que tuvo en el memorable triunfo conseguido contra las armas británicas, han sido motivos muy poderosos para excitar en el Cabildo de Buenos Aires los más vivos deseos de hacer demostrable su reconocimiento. No ha perdido de vista, ni por un solo instante, el mérito que contrajeron esos esclavos, ni los medios de compensarlo. Pero exhausto de fondos, y apurados sus recursos por los ingentes extraordinarios desembolsos que ha sufrido, no puede dar desahogo á sus ideas en los términos que quisiera. No obstante, para que esos defensores de la patria vean en algun modo premiados sus servicios, y conozcan el singular aprecio que han merecido sus acciones; ha dispuesto el Cabildo, de acuerdo con el señor Gobernador y Capitan General, á pesar de su escasez de fondos, y de ser constantes sus crecidos empeños, para dar libertad á los esclavos que resultaron ó resulten

mutilados, ó inútiles para el servicio, asignándoles para su subsistencia la pension mensual de seis pesos. Ha determinado además, que la gocen tambien hasta el número de 25, sorteados entre los que concurrieron al servicio y defensa de la ciudad en los indicados dias. Para ello han de acreditar sus servicios con certificaciones de los comandantes de los puestos y avanzadas á cuyas órdenes sirvieron, y visto bueno, ó la conformidad de sus amos, cuyos documentos deberán presentar al Cabildo antes del dia 7 de Noviembre próximo: en la inteligencia de que pasado, no serán admitidos. Calificado el derecho de los precedentes por la inspeccion de dichos documentos, se hará el sorteo el 12 de dicho mes de Noviembre, cumple años del Rey, N. S. Q. D. G., bajo los balcones de las casas capitulares, con asistencia del señor Gobernador y Capitan General; debiendo tambien tener entendido que concluida la opera-

cion del sorteo, elejirá el Cabildo á su arbitrio cinco esclavos más de aquellos que entraron en cántaro y no les tocó la suerte, á quienes juzgue acreedores por su conducta y servicios para franquearles la libertad, pagando á sus amos el precio de todos. Lo que se avisa al público para inteligencia de los interesados.

« Sala capitular de Buenos Aires, Octubre 22 de 1807.

«*Martin de Alzaga.—Estevan Villanueva.—Manuel Mansilla.—Antonio Pirán.—Manuel Ortiz de Basualdo.—Miguel Fernandez de Agüero.—José Antonio Capdevila.—Juan Bautista de Ituarte.—Martin de Monasterio.—Benito de Iglesias.*»

El cabildo había señalado como precio por cada esclavo 250 pesos fuertes.

Empero el Ilustre Cabildo se apercibió que ese premio no alcanzaba á la esclava viuda, por causa de esa misma defensa, y para correjir esa omision, fijó nuevo aviso diciendo:

«Ha resuelto este cuerpo, deseoso siempre de acreditarles en el modo que le es posible su ternura y compasion, y la gratitud que le merecen la justa memoria de unos héroes que con tanta lealtad y entusiasmo derramaron su sangre y perdieron sus vidas... incluirlas en el sorteo general de todos los demás esclavos que contribuyeron al servicio de tan sagrados derechos...»

La ceremonia tuvo lugar en la calzada, como se llamaba entónces, de las casas capitulares.

Allí se levantó un tablado de una y cuarta vara de elevacion, nueve de frente y cinco de fondo, con su balaustrada, sin más ingreso que por debajo del Cabildo y á la izquierda

del tablado. Fué adornado con revestimiento exterior desde el piso en que terminaba el balaustre hasta la calzada, alfombrado con dosel bajo el cual se colocaron los retratos de los soberanos, sitial, cojines, rica sillería y sofaes en el fondo y costados. Sobre el balaustre que daba á la plaza se colocó el barrilete giratorio sobre ejes, dentro del cual se metían las bolillas comprendiendo los nombres que estaban escritos y entraban en el sorteo y el número de premios, mezclados con cédulas blancas en igual número: á la derecha los premios y á la izquierda los nombres.

En la plaza había tropas de infantería y caballería de los cuerpos voluntarios: tercios de Patricios, Miñones, Arribeños, Pardos y Negros con sus respectivas banderas. Estos cuerpos formaron en cuadro delante del tablado y en toda la extension que admitía hácia la Recoba. En el centro había espacio para los agraciados. A espaldas de este cua-

dro formaron otro los piquetes de caballería de los escuadrones 1° y 2° de húsares y toda la escolta del Capitan General. Un inmenso y lucido concurso estaba en los balcones de las casas capitulares, azotea de la Recoba y plaza. Músicas y coros hacían más brillante el espectáculo.

A las cuatro de la tarde del dia 12 pasaron á la Fortaleza para conducir al Gobernador y Capitan General, quien fué colocado en el tablado, á su derecha se situó el señor don José Portilla, del Consejo Supremo de Indias, á su izquierda el coronel don Bernardo de Velazco, gobernador del Paraguay, y el mayor general del ejército de la capital; en el mismo órden los alcaldes, cerrando uno y otro costado los capitulares. El escribano de S. M. Licenciado don Justo José Nuñez, expuso que por varios cuerpos de los voluntarios se ofrecía tambien la libertad á doce esclavos más, y entónces el señor Gobernador agregó

que no era menos liberal el soberano, en cuyo Real nombre daba tambien la libertad á veinte y cinco, veinte á la suerte y cinco por eleccion, haciéndola por sí á favor de otro esclavo.

El escribano Nuñez leyó en seguida el acta y discurso, resultando en todo, setenta premios para libertar otros tantos esclavos. Empezó el sorteo, sacando las bolillas dos niños, leíase el nombre y el premio, si lo había: cuando había algun agraciado, se anunciaba por un redoble de cajas y era llevado por sus compañeros bajo las banderas de Pardos y Morenos libres, en cuyas filas se incorporaba como hombre libre. Esta ceremonia terminó á las ocho y cuarto de la noche, resultando que habían entrado al concurso 686 beneméritos, de los cuales fueron libertados 70. Las músicas permanecieron hasta las diez y media de la noche y las iluminaciones, aumentadas considerablemente en las casas ca-

pitulares. Corre impresa la lista nominal de los agraciados y de sus amos.[1]

No entra en este cuadro referir todo lo que hizo el Cabildo para recompensar á los defensores de la capital, pero por incidencia recordaré que corre impresa la *Razon de las pensiones vitalicias que el M. I. C. asignó á viudas, huérfanos, padres ó hermanos de los que fallecieron en la reconquista de la ciudad el 12 de Agosto de 1806,* como á los que perecieron en las gloriosas acciones del 2 al 5 de Julio de 1807. Los nombres del mayor genaral Guillermo Carr Beresford, que tomó la ciudad el 27 de Junio de 1806, y la total derrota del ejército inglés mandado por el teniente general John Whitelock, que volvió á

[1] *Relacion circunstanciada de los premios de libertad que ha concedido el M. I. C. de la capital de Buenos Aires á la esclavatura de ella, por el mérito que contrajo en su defensa el dia 5 de Julio del presente año de 1807,* etc. 1 libreto de 12 páginas en 4º (con licencia). En la Real Imprenta de Niños Expósitos. Año de 1807.

invadirla y capituló entregando las plazas de Montevideo, Maldonado, Colonia del Sacramento y ambas costas del Rio de la Plata, son célebres en los anales de los últimos años del gobierno colonial. Pero no es de estos sucesos de lo que me ocupo, sinó simplemente de la parte que tuvo la raza esclava en la defensa y reconquista de la capital.

Otra fiesta tuvo lugar en la tarde del 3 de Julio de 1808, por el M. I. Cabildo para determinar el número de viudas y huérfanos á favor de quienes el Ilmo. señor don Benito Maria de Moxo y Franconi, arzobispo de la ciudad de la Plata, donó la suma de ocho mil pesos: cuatro suertes de mil quinientos pesos fuertes cada una para la educacion del huérfano premiado, que debía educarse en el colegio de Córdoba, quedando dicha suma en depósito en el mismo Cabildo de Buenos Aires, y el arzobispo se obliga á pagar á los dos que más se hubieran distinguido en grado

mayor de la facultad que eligiesen. Ademas, cuatro suertes para cuatro viudas pobres, dos de 350 y dos de 150 pesos fuertes [1].

La raza negra se mezcló en la guerra de la independencia y derramó su sangre con el mismo brío y heroicidad con que lo hizo en las invasiones inglesas.

Pero, ya que de estos negros me ocupo, justo es recordar sus fiestas y sus costumbres.

[1] *Relacion del sorteo público* practicado en la tarde del 3 de julio de 1808 (dia en que se celebró el aniversario del memorable y glorioso triunfo conseguido en esta capital el 5 de julio de 1807, contra las tropas inglesas que la invadieron) por el M. N. y Exmo. Ayuntamiento de Buenos Aires, de determinado número de viudas y huérfanos para quienes el Ilmo. señor don Benito Maria de Moxo y Franconi, dignísimo arzobispo de la ciudad de la Plata, consignó los socorros que se enumeran. 4 pág. en 4º.

Glorioso recuerdo del dia 5 de julio en Buenos Aires: ó demostraciones del Ilmo. señor Arzobispo y del Venerable Clero de su Diócesis, en subsidio de las viudas y huérfanos pobres de los valerosos defensores de la patria y del continente, que murieron en su defensa el año pasado de 1807. (Con licencia). En Buenos Aires, en la Real imprenta de Niños Expósitos.—Año de 1808, 1 vol. en 4º m. de 28 pág.

Mandaba Rosas, y en celebridad no recuerdo de qué victorias, quiso se hicieran festejos inusitados; empero alguno cree que tales festejos fueron anteriores á esas guerras, y solo para celebrar su reeleccion al mando gubernativo. Sea de ello lo que fuere, es el caso que se invitó, estimuló y probablemente se ordenó á la raza africana, que todas las sociedades en que estaba organizada tomasen parte en los festejos, concurriendo en determinado dia á la Plaza de la Victoria, para bailar y cantar como si estuviesen en Africa.

Los esclavos, con permiso de sus amos, ó los libertos despues de 1813, habían organizado distintas asociaciones, con sus reyes y autoridades electivas, reuniéndose los dias de fiesta á bailar en un sitio [1] que habían

[1] *Sitio* llámase á una extension de tierra de 17 $^1/_2$ varas de frente por 75 de fondo, ó en otros términos *cuarto de tierra*, que era la manera como se designaba la misma extension. En aquellos tiempos el Barrio de los Tambores

adquirido en propiedad. Esas sociedades vivían por las cotizaciones pecuniarias que pagaban los sócios de ambos sexos, y les era prohibido que los de una se mezclasen con los de otra: se dividían por naciones y además constituian cofradías para enterrar sus muertos y hacerles funerales.

Era una poblacion numerosa, muchos eran industriosos, hacían escobas, vendían masitas y confituras, cavaban pozos, eran changadores, blanqueadores, albañiles, carretilleros, cocineros, mucamos, sastres, músicos, maestros de baile y las mugeres ganaban

hacía parte de las quintas con cercos de tunas y pitas, pero los negros ponían en el frente de la calle una pared y una puerta para impedir ser incomodados en sus ceremonias y fiestas. Esa pared algunas veces dividía las propiedades linderas, pero en esta parte eran menos exigentes. Como eran ignorantes, cuidaban poco de escriturar en forma la propiedad, ocasionándose muchos pleitos con el valor creciente de la tierra. Las sociedades no estaban constituidas como personas jurídicas y todo esto ha sido un caos, perjudicial para los sócios y sus descendientes.

la vida con las lavanderas, planchadoras, costureras, cocineras y vendedoras en el mercado, y muchas llamadas *achuradoras*, es decir, que se apoderaban de los despojos que abandonaban en los mataderos, pues recogían el sebo de las tripas, de las cabezas, las patas de los animales vacunos, vestían del modo más inmundo: en cestas, tipas de cuero, traían todas las tardes esos despojos y los beneficiaban en sus casas. Eran hediondas y súcias, esas negras ocupaban la última escala entre las de su raza. Pero con esa industria hacían su peculio, y con sus economías compraban un terreno de poco precio y construían su rancho.

En aquel entónces los mataderos estaban en los corrales atrás de la Recoleta, y sobre el terreno desigual y súcio, cada comprador del animal para el abasto del mercado, enlazaba el novillo ó vaca comprada, lo sacaba de los corrales á la plaza y allí otro lo enlazaba de

las patas y los carniceros lo degollaban, sacándole el cuero en medio de un charco de sangre. Solo utilizaban el cuero, la carne, la grasa: las patas, la cabeza, las tripas y todo lo interior del animal eran los despojos de que se apoderaban las negras *achuradoras,* armadas de afilados cuchillos para sacar el sebo de la tripa, limpiar las inmundicias y llevarse todos los despojos, como patas, lenguas, sesos, etc., que luego vendían á sus marchantes.

El barrio donde dominaba la poblacion africana se llamaba el *barrio del tambor,* porque era el instrumento favorito de sus *candombes,* música monótona y bailes enteramente africanos.

Los negros se dividían, como hemos dicho, por naciones: congos, mozambiques, minas, mandingas, banguelas, etc. [1].

[1] *Buenos Aires desde 70 años atrás,* por el doctor don José A. Wilde. Buenos Aires, 1881, 1 vol. en 8° de 3£0 pág. Editor C. Casavalle.

Entre esas agrupaciones era popular la hija del gobernador de Buenos Aires, doña Manuelita Rosas, quien por intereses políticos concurría á los tambores de vez en cuando como un honor á las sociedades de negros. Permanecía un momento acompañada de su séquito y dejándoles complacidas, se retiraba despues.

El ruido de esos candombes era infernal, porque los unos eran vecinos de los otros: empezaba el baile desde la tarde hasta la media noche, á la luz de las estrellas generalmente, en los patios sin enladrillar, pero con un piso endurecido por el pison, por el uso y por un cuidado esmerado. Farolillos con velas de sebo repartidos con profusion, daban cierta claridad; las negras y negros cantaban en sus dialectos africanos y al son de los tambores zapateaban y bailaban hasta caer deshechos de fatiga. Bebían chicha y sorbían el mate con profusion.

Raros eran los desórdenes, porque respetaban á sus reyes y reinas, que presidían la fiesta, y ejercían autoridad moral muy acatada por cada agrupacion. Nadie quería incurrir en falta, é ignoro cuáles eran las penas que podían aplicar, ni de qué medios coercitivos se valdrían. En esas sociedades entraban mulatos, la raza mezclada con blancos; pero que quería vincularse á la tradicion del orígen de sus progenitores. Otros miraban en menos esa reunion de sócios que fueron esclavos, y esos no querían asistir á tales fiestas, de las cuales hubieran sido expulsados. Pero los blancos podían concurrir como espectadores, nada más que como espectadores.

Bien, pues, todos los reyes y reinas recibieron órdenes ó fueron invitados para asistir con toda gala á las fiestas africanas en la Plaza de la Victoria.

Antes de medio dia empezaron á reunirse

en el barrio del tambor y á la hora señalada empezó el desfile hácia la Plaza, presididos de los reyes y reinas, de sus jefes, todos engalanados. Cada asociacion traía su música, formada de negros que tenían sus tambores de forma original, especie de grandes calabazas que colocaban entre las piernas y sentados, con unos palos cortos con un globo al extremo, pegaban sobre el pellejo tirante colocado en los dos extremos de la gran calabaza: los golpes eran acompasados y servían de acompañamiento á los coros que todos entonaban en sus dialectos, cantares verdaderamente bárbaros; parecían ahullidos de animales, con sus recitados, y luego el coro repetía el compás. Eran, pues, bailes coreados, paréceme que había además cascabeles y flautas de caña, pero no podría aseverarlo.

En aquella fiesta las negras vestían con sus trajes de gala, generalmente de muselina de colores claros, atada la cabeza, con

cuentas de colores en el cuello y en los brazos: venían escotadas y con los brazos desnudos. Los negros vestían de blanco, chaleco punzó y divisas. Traían sus banderas ó estandartes de cada nacion y marchaban ordenadamente; bailando y cantando. La plaza se llenó con aquella poblacion y los tambores atronaban el aire. La muchedumbre afluyó de todas partes, y en los balcones de la casa de don Miguel Riglos y en la policía, estaban señoras y caballeros contemplando este espectáculo.

Pero de esa misma raza cuyos cantos salvages y cuya música bárbara producía una impresion repugnante; de esa misma raza se formaron los batallones de soldados que derramaron su sangre bajo la bandera de la patria para conquistar la independencia, y muchos negros que apenas balbuceaban la lengua castellana, morían vivando á la libertad de esta tierra que los recibió como escla-

vos, que los emancipó para que fuesen soldados y á la sombra de cuyas banderas fueron hombres libres!

Muchos que pertenecieron al ejército de los Andes se arrastraban por las calles con las piernas cortadas ó perdidas por las nieves, al atravesar las altas cordilleras, y estos inválidos que mendigaban el pan, tenían fuego en su mirada cuando hablaban del ejército de la patria, que tan mal les pagabá abandonándolos á la caridad pública. Nunca tenían una palabra de queja contra sus gefes, y en una media lengua singular, contaban lo que habían visto, y solo sentían haber perdido las piernas para no cruzarse en actitud marcial. ¡Pobres negros!

En 31 de Mayo de 1813 se ordenó por decreto el rescate de esclavos en toda la extension de la Provincia de Buenos Aires, para completar el regimiento llamado de libertos.

El gobernador intendente de esta provin-

cia, don Miguel de Azcuénaga y Basabilvaso, dictó un decreto, fecha 27 de Diciembre del mismo año, mandando cumplir lo ordenado por la junta, que estatuía: que los propietarios de esclavos se dividan en dos clases, una la de aquellos que tuviesen más de un esclavo, pero que no alcanzando al número fijado por el decreto de Mayo dejaron de contribuir; la otra, la de aquellos que, aún comprendidos en ese decreto tuviesen aún algun excedente. Debían estos presentar el nombre de un esclavo por cada quince que tuvieran, para sacar á la suerte treinta por cada ciento. Estos esclavos se engancharían y sus amos deberían ser pagados bajo las mismas condiciones con que se formó el primer batallon de libertos. Los propietarios debían dar el nombre de los esclavos dentro del término de ocho dias, siendo vecinos de la ciudad y arrabales, ó en plazos proporcionados los vecinos de la campaña, los que debían señalar el goberna-

dor intendente. En efecto, el gobernador intendente señaló los plazos.

Esos esclavos libertados á la fuerza eran condenados al servicio militar forzoso, y ellos acogieron la libertad con gusto, fueron tan valientes como sóbrios, tan excelentes soldados como fieles á la bandera de la patria que así se apoderaba de sus personas.

De esta misma raza era la que bailaba cantando en sus dialectos africanos, como si tuviera el presentimiento de que estaban destinados á fundirse en la raza blanca y á desaparecer como agrupacion colectiva en esta capital.

Ahora son pocos, muy pocos los negros, ya no hay *candombes*. El barrio de los tambores queda como un recuerdo ; hoy han sido borrados hasta los cercos de los antiguos sitios de las asociaciones africanas. Quedan algunos que los han visto en sus últimas manifestaciones colectivas, y esa fiesta popular

y puramente de africanos, no volverá á reproducirse más.

La esclavitud fué abolida por la constitucion nacional en 1853, y los pocos esclavos que aún quedaron fueron manumitidos por el precepto constitucional. Ningun *amo* reclamó el pago de sus esclavos, y todos acataron lo que la Constitucion mandó, renunciando tácitamente á cobrar el precio de la propiedad de un hombre.

Muchos esclavos, despues de libres, permanecieron en las casas de sus antiguos amos, porque se habían vinculado á la familia, se habían identificado con sus costumbres y nunca, solo por excepcion, fueron mal tratados. El esclavo era fiel, sumiso, y á la vez que respetaba la autoridad del *amo*, era querido por los *amitos* que había visto nacer, que había acompañado siempre, de manera que se establecía un lazo de afectos que no humillaba á los unos ni enorgullecía á los otros.

La raza negra que se conocía en estas provincias y especialmente en la capital, era de tipo superior á la deforme raza negra de Dakar: el cráneo estrecho y largo, sus manos enormes y de dedos nudosos, sus caras enjutas y de pómulos salientes, sus anchas bocas, y la conformacion general, sobre todo lo desmesurado de los brazos, les dá un aspecto repelente, cuando en sus canoas y gritando en su dialecto salvaje se aproximan á los buques para sumergirse en las profundidades del mar en busca de las monedas de plata, que por diversion se les arroja. No es posible averiguar la ley en virtud de la cual los negros esclavos en Buenos Aires eran superiores fisiológicamente hablando, á aquellos salvajes del Africa, que andan casi desnudos. El hecho es que cambiando la forma del cráneo, parecían regularizarse sus facciones y aunque conservan el color, la nariz aplastada, la boca grande y la mota, en la forma

general del cuerpo se habían mejorado tanto, que había negros y negras de muy buen aspecto y de formas desenvueltas. Cuando vestían bien con las ropas de sus *amos*, imitaban á estos, sobre todo cuando los negrillos ó negritas se habían criado sirviendo en la familia.

La inteligencia se desenvuelve en ellos con facilidad, tienen predisposiciones para la música y los negros civilizados que ahora existen no solo saben leer y escribir, tienen sus academias de baile, sus sociedades que lucen en el Carnaval con alegres trajes y con la música instrumental que ellos mismos dirijen y tocan. Tienen hasta sus periódicos, y la *raza de color*, como la llaman entre sí, aspira á colocarse en el rango de cultura que los acerque á la raza blanca.

Hoy ocupan las porterías de las oficinas administrativas, son ordenanzas en ellas, y este contacto con la burocracia les hace cada dia más cultos.

Dos periódicos redactados por ellos y para ellos: *La Juventud* y *La Broma* fueron el palenque donde se ejercitaban las inteligencias más jóvenes: hoy imitan en los usos, los trajes y los bailes, á las clases más acomodadas. Los hombres forman la clase inferior de los empleados, ó mejor dicho, ejercen el servicio en las oficinas públicas: muy bien vestidos y calzados.

La raza negra tuvo hasta su santo negro, y en la iglesia de San Francisco hay un altar levantado á San Benito. Tenía sus cofradías y hermandades, como Nuestra Señora del Rosario en Santo Domingo, hacían sus procesiones lucidas, llevando por las calles en hombros á los santos en medio de jardines de flores artificiales, y esas cofradías mantenidas por suscriciones, les daba derecho á cierta clase de entierro y funeral. Los hermanos vestidos de paño muy decentemente, con levitas oscuras, lucían sobre el pecho el

escapulario blanco con la imágen bordada en seda de la patrona y colgada al cuello por cintas blancas. A estas ceremonias asistían con la mayor seriedad, mientras las negras y mulatas perfectamente vestidas concurrían á las ceremonias, al sermon y al obligado acompañamiento de las andas por las calles ó dentro de la misma iglesia. Eran fiestas suyas, costeadas por ellos y para ellos. Ya no eran imitaciones y recuerdos de los bailes y de los cantares africanos, sinó la adaptacion de la religion y de las costumbres de la raza blanca en la cual deberán fundirse al fin, por una ley inevitable, que las razas superiores se asimilan y absorben á las inferiores.

En los rangos elevados de la milicia, en las bancas de las legislaturas se han sentado más de un hombre de la raza de color, cumplidos caballeros que se han ilustrado, y para quienes ante la igualdad de la ley, el color

de la piel no ha podido ser obstáculo para distinguirse.

Mas desgraciados han sido los indios. Estos han sido absorbidos por la conquista, sometidos por la fuerza, disuelta la familia y esparcidos á los cuatro vientos, rompiendo todos los afectos, condenando á las madres á no volver á ver á sus hijos, y á estos á olvidar y llorar á sus padres! Para los indios no hubo vida colectiva, sinó en las Misiones jesuíticas ó de otros misioneros; pero ahora no existe ya la tríbu y los individuos esparcidos en el seno de miles de familias, tienen en los nuevos hogares todos los beneficios de la civilizacion, pero sus corazones quedarán entristecidos mientras la memoria les recuerde la tríbu, la choza y el desierto: su familia en fin.

Agosto, 1883.

LOS TIEMPOS PASADOS

DE TODO UN POCO

Una de las más inofensivas manías que desarrolla la vanidad es la del coleccionista. Muchos á quienes el Ser Supremo negó todas las condiciones que forman el erudito, se creen capaces de alcanzar fama desempeñando el mismo papel que la hormiga, ó que las dañinas vizcachas en el campo. Forman su cueva ó si se quiere su nido ó su domicilio en el cual reunen, amontonan, almacenan y guardan cuanto les ocurre pertenece al género ó especie de su manía predilecta.

La monomanía es generalmente por las cosas del pasado, sean muebles, impresos, grabados ó cuadros, porque en esta bienaventurada sociedad no hay, ni es posible haya, objetos de arte, capaces de alimentar á los insaciables proveedores de los *bric-à-brac* de Paris, por ejemplo.

Entre estos inofensivos monomaníacos conocidos, dignos de la celebridad póstuma: el uno coleccionaba sillas de baqueta, mesas de pié de cabra, camas con colchones, nichos de santos, mesas para costura en la época vice-real, y cuanto mueble se construyera con la dura madera de jacarandá ó con otras que labrasen los esclavos carpinteros, ora fuese en el Paraguay, en la tranquila ciudad de Santa Fé ó entre los moradores de la capital. No quiero hablar de los muebles que falsificaban los portugueses en sus posesiones limítrofes, muy á la moda entónces, porque siendo introducidos por contrabando no

estaban al alcance de los peninsulares enriquecidos, ni de los contratistas para la trata de negros ó de la provision del estanco de tabacos.

No hablaré tampoco de esos bufetes, cómodas y secretarios con mil secretos y cajoncillos, incrustados de marfil, con mosáicos de madera y guarniciones de plata, pues los que se conservan son reliquias de familia que no están en venta. He visto algunas que son preciosidades. Tampoco me ocuparé de esas mesas pintadas y doradas, con sus espejos encuadrados de lo mismo y bien labrados: esos eran los muebles de lujo, lo raro, lo que no estaba al alcance de todos.

Despues,—las sillas de baqueta, las mesas de jacarandá, los escaños, los escaparates, para cambiarse más tarde por los muebles norte-americanos, dorados y pintados, y las sillas con asientos de esterilla. Vino más tarde la caoba y el terciopelo de lana, hasta

entrar ahora en el pleno refinamiento del buen gusto, recibiendo mueblaje de Paris, y trayendo hasta los tapiceros para colgar tapices, entapizar paredes y colocar los ricos cortinajes de seda. El lujo nació en la modesta colonia, se desenvolvió por medio del contacto con el extranjero y hoy, dada la facilidad de los transportes y la rapidez de la correspondencia, se obtiene todo, bronces de arte, mármoles de precio, tapices esquisitos, y el dorado y la sedería no sorprende á la vista de los habituados del mundo elegante.

Pero concretándome á los coleccionistas, debo decir que para algunos pasó ya la época de sus manías predilectas, cuando no quedó chiribitil, bohardilla, zaquízami, casucha, casa de viejas ó sacristía de iglesia y conventos, que no recibiese la visita inquisitorial del coleccionista, que buscaba ante todo y sobre todo las sillas de baqueta, con su asiento de suela endurecida, como si fuera

madera petrificada. No quedó rincon sin que su mirada indagadora no fuese á descubrir los muebles viejos: los altillos fueron desocupados para poner á la luz del sol los muebles abandonados por la moda, y no hubo rematador que no anunciase á los aficionados á lo viejo, sillas, mesas, camas, nichos y cuanto traste desvencijado se encontraba en las cocinas y corrales, en los palomares ó gallineros de las antiguas familias. La resurreccion fué general: se crearon corredores de viejo, desgarrapados y súcios, que hacían el comercio de muebles viejos; surjieron comerciantes de este género, rematadores especiales, comisionistas, compradores y vendedores. Nació una rama nueva y desconocida de comercio al calor entusiasta de los amantes á lo viejo. La fiebre duró poco, y permitió que en las estaciones donde habían recibido modestísimo hospedaje las sillas de baqueta, fuesen sustituidas por sillas norte-

americanas, pintadas de negro, con asientos de paja tejida, y sus relumbrantes dorados ordinarios. Las viejas vieron partir aquellos muebles, muchos súcios y rotos, y no comprendían la especulacion que hacía surgir tantos interesados, mas que para los sitios valdíos en los cuales se invirtieron tantos millones y se arruinaron tantos ilusos.

Pero la otra manía que tuvo tambien su época, sus agitadores, sus corredores y sus especialistas fué la de la coleccion de impresos y papeles viejos. Al calor de esta manía surgieron multitud de librerías de viejo, y un enjambre de corredores de tres al cuarto emprendieron la caza de todo monton de diarios viejos, de libros desencuadernados, de todos los nidos de la tranquila polilla, donde no husmeasen los incogniternos, registrasen los diarios ó periódicos empolvados, espantando minerillos ó los pesados ratones, ó las calurosas cucarachas y toda la familia

roedora de papel viejo: muchas crías de ratones se malograron, y más de un nido de papel picado por el agudo diente de los pequeños roedores fué echado al aire y asesinada la cría, rosada, pelada y apenas chillona de las *lauchas* recien nacidas. Los gatos estuvieron en auje y á la vez que el plumero quitaba el polvo de los montones de papeles huían las arañas alarmadas, los mineros y los ratones ganaban los agujeros más próximos, los gatos vencedores tornábanse los héroes de esta guerra, más furibunda que la reaccion antisemítica alemana.

De estos montones que no compró el famoso don Braulio *el de las puntillas* ni el almacenero Cara-blanca, para envolver las cosas vendidas, se apoderaban ahora los coleccionistas, y con pasion candorosa limpiaban los desperfectos que las palomas pudieran hacer en esos hacinamientos informes, sacudían las telarañas súcias y echaban léjos los asque-

rosos nidos de los ratones. De estos despojos hediondos algunas veces, se apoderaban luego y empezaban la tarea de completar las colecciones truncas, los números sueltos, los libros desencuadernados; las cartillas, los catones, las novenas de los Niños Expósitos: era un tesoro sobre el cual caían con avidez salvaje, pero con santa veneracion.

La mayor parte no entendía, ni era capaz de entender un renglon; pero coleccionaba por amor á lo desconocido, porque había oído que tales colecciones eran la más apetitosa codicia de los eruditos, que creían que revolviendo tales cosas podían decir verdades que estimasen los presentes y que puestas en letra de molde tuviesen circulacion y consumidores.

Los coleccionistas eran, pues, como si se dijera proveedores de materia prima ; ó como las *achuradoras* en el matadero, las que separaban con afilado cuchillo lo inservible de

lo útil, ensuciándose pero utilizando su tiempo y su trabajo,

Las habitaciones de estos monomaniáticos eran curiosas: en cada rincon de sus cuartos estaban en elevadas pilas los diarios publicados en el país, atados en legajos separados, truncos, súcios, rotos, pero eran depósitos para proveer á los que buscaban y necesitaban completar sus colecciones incompletas. Ningun órden reinaba en aquella hacinacion informe, que reunía todos los dias, porque el coleccionista era infatigable y descubría sin cesar nuevos depósitos que compraba y metía en carros si era numerosa la adquisicion ó en los lienzos de los mozos de cordel, si era pequeña. Sobre el piso se veían pilas de papeles mezclados, impresos en diversos tamaños y épocas distintas, pero que el comprador suponía que eran preciosidades bibliográficas que serían restituidas á la vida activa, por su diligente actividad para impe-

dir fuesen vendidos por el peso para envolver arroz ó fideos.

Entre estos monomaniáticos había uno muy diligente, excesivamente candoroso y supinamente nulo. No leía nada y era incapaz de entender si hubiera podido leer: juzgaba por el tamaño del impreso, por el color del papel, por el tipo de la imprenta, y si podía leer que un libro viejo pertenecía á las ediciones *incunables*, hubiera vendido la camisa para comprarlo, porque tenía amor por esa joya, cuyo precio, importancia y mérito no podía avaluar. Se había identificado con los libros viejos: su traje había tomado el color del polvo y de la polilla: su nariz se había puesto roja, abultada é irregular de forma, como el dorso de un libro manoseado y sucio; sus ojos se parecían en lo rojo á los de los ratones, porque el polvo de los papeles que movía sin cesar había producido una irritacion crónica y sus manos siempre empol-

vadas mostraban el contínuo ejercicio de manejar papeles viejos y abandonados.

Tenía tal amor por los libros viejos, aunque no los entendiera, que en un viaje que hizo al viejo mundo compró en las librerías de viejo en el *Quai Malaquais* en Paris un libro en holandés. Lo abría todos los dias, y tenía el candor de decir: si me parece que adivino lo que aquí está impreso. Solo había podido leer en la carátula el año de la impresion que era el de 1600! Y seducido por esta data, creía posible adivinar lo que estaba impreso en holandés!

Cuando se ha llegado á este extremo enfermizo de la monomanía, ya se puede comprender cuál era el criterio que lo guiaba en sus compras de libros viejos. El no buscaba sinó la data de la impresion, y ese era su criterio. Se habría dejado sacar un ojo si le hubiera faltado dinero para comprar un *incunable*. Cuando alguno le caía en las ma-

nos, lo acariciaba, lo limpiaba, lo llevaba á su aposento para verlo desde la cama, y lo miraba libando copitas de coñac hasta que alcoholizado veía aquel librajo entre nubes rojizas; entónces era un delirio inmenso el que lo dominaba, su libro era su pasion y esos amores se renovaban sin cesar. No era fiel á la pasion de hoy si mañana se le presentaba otro viejo libro: cuanto más viejo mayor era su delirio y más ardiente su deseo de poseerlo, de guardarlo, de mirarlo!

Amaba lo viejo en letra de molde! Bien pudiera decirse á su respecto...

Va el caballo tras la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando...

El iba tras los libros y diarios impresos, como el asno tras la borrica... Y basta!

Empero, entre aquellos montones empolvados y sucios, podía á veces conseguirse no-

ticias curiosas; él dejaba que se tomasen notas y apuntes, y luego decía con énfasis: Hemos estado estudiando! Su cooperacion estaba limitada á abrir el libro en holandés, sentarse en una pequeña mesa con su copita de coñac, y soñar, soñar que leía aquel libro impreso en un idioma que él ignoraba. Pero como tenía la data de la impresion, la fecha lo atraía, lo fascinaba, lo inspiraba. Así pasaba las horas: su monomanía era inofensiva.

Y sin embargo, si este hombre era incapaz de utilizar sus informes colecciones, era empero utilísimo para aquellos que querían hacer estudios retrospectivos, indagaciones sobre el pasado. Cuando se golpeaba á sus puertas con ese objeto, él estaba siempre dispuesto á permitir tales estudios, porque tenía ocasion de hablar de los sacrificios que había hecho para aglomerar aquellos papeles destinados probablemente para convertirse en cucarachas. Entónces parecía levan-

tarse á cien palmos sobre el nivel del vulgo que no guarda las colecciones de diarios, esos tesoros preciosos para el porvenir; segun su decir, y sin cesar de hablar, ponía todo á disposicion del indagador, mientras él se sentaba gravemente, se ponía sus gafas, abría su libro en holandés y se situaba estratégicamente para observar que el estudioso no fuese de aquellos que se dejan arrastrar por la pasion, y se meten candorosamente entre sus bolsillos ó en el chaleco, los papeles agenos. En vez de mirar al libro, inclinado miraba al que revolvía sus colecciones, y de cuando en cuando venía en su ropero para sacudir el polvo, desatar un lio, trepar por la escalera ó bajar un libro colocado en los anaqueles más altos.

Fué en esas indagaciones en las colecciones de nuestro buen coleccionista, donde tomé apuntes que ahora voy á organizar: esas noticias incoherentes fueron adquiridas entre

los papeles viejos de aquel buen monomaniático. Hoy sus colecciones han sido esparcidas por los cuatro vientos, y el motivo de un remate público volvió á deshacer sus empolvados montones, tan pacientemente reunidos, atados y guardados durante años. La paciente labor de ese buen hombre fué desbaratada en algunas horas, y solo quedan despojos esparcidos que fueron á enriquecer las colecciones americanas de algunos eruditos.

Los apuntes que van á hacerse son en parte notas tomadas de aquellas piezas frias, en los dias de verano en que el coleccionista huía del sol para vivir mirando sus tesoros.



En Julio de 1779, don Marcos José de Riglos, Síndico procurador general de la ciu- de Buenos Aires, se presentó ante el señor Virey, pidiendo se sirviera mandar recibir

informacion sobre los hechos en que iba á fundar la solicitud y proveer en esta, averiguada la necesidad pública, poniendo pronto y eficaz remedio á los hechos denunciados.

El Síndico solicitaba se estableciese una *Casa de niños expósitos*, en que se recojan y eduquen, porque decía que muchos arrojados á las puertas y ventanas de los vecinos perecen por la intemperie de la noche; otros expuestos en las veredas han sido pisados, y no pocos comidos por perros y por cerdos. Para acreditar estos hechos presentaba un largo interrogatorio. El Virey acojió el pedido y la informacion fué recibida, pero las declaraciones de los testigos son tan características, establecen con tal verdad los hechos y el estado de la ciudad, que invoco ahora ese mismo testimonio para que se conozcan los tiempos pasados.

Don Juan Francisco de Suero, declaraba: «que sabe y ha oido decir que muchas cria-

turas recien nacidas se han puesto y ponen en puertas y ventanas y aún en otros lugares mas expuestos á la perdicion de ellas, lo que le ha lastimado por lo temporal y espiritual, y el que mejor salva es despues de repetirse el peligro, como sucedió ahora siete años poco más ó menos, en que el declarante en una noche de invierno, supo haber mudado de puesto una criatura recien nacida cuatro ó cinco puertas, de manera que los que los hallaban en la suya, la transportaban á otra...

«Que por la variacion en que exponen al desamparo los recien nacidos y en los varios sitios que les depositan, no solo han muerto muchos, por lo referido de los frios, sinó tambien con la desgracia de ser devorados por animales; como sucedió en el barrio de San Miguel, que se hallaron dos criaturas comidas, la una sin otro fragmento que un brazo que tenía un perro; y se discurrió ser este animal el que le había comido, y otra

que estaba roida hasta las caderas por cuyos accidentes y otros semejantes se mandó por este Gobierno matar los perros y cerdos que se encontraran por las calles...»

Dos morenas libres, llamadas Juana y Paula San Martin, declararon :

«Que con motivo de haber residido muchos años al frente de un hucco de la ranchería de los Indios de Misiones en el centro de esta ciudad, y á una cuadra del Colejio que fué de la compañía de expósitos, donde había muchas maderas y aserradero de ellas, los trabajadores de dichas, una mañana que fueron á sacar las sierras, que dejaban en el cuarto de las que declaraban, vinieron á avisarles que entre las maderas habían encontrado una criatura recien nacida... que antiguamente oian decir las declarantes que los echaban en los pozos á los párvulos ocultos por no ser descubiertas las mujeres...»

El Regidor decano de esta ciudad en quien

se hallaba depositada la vara del alcalde ordinario de segundo voto, don Gregorio Ramos Mexia, dijo:

« Tuvo noticia en dos ocasiones de dos expósitos que por el rigor del frio habiendo sido echados, uno en un albañal y el otro en la calle, el uno murió, y el otro lo recojió moribundo una pobre parda; y para obviar en parte este daño los señores gobernadores tienen prohibido no permitan andar cerdos por las calles...»

Don Francisco Antonio de Escalada, del comercio de esta ciudad, que ha ejercido los empleos de Regidor y defensor de pobres dijo:

« Que son muchos los niños que se exponen á las puertas, ventanas y calles de esta ciudad, proviniendo esto de lo grande de la poblacion y miseria de las gentes... que ha oido se hallaron algunos comidos de animales y otros muertos por la inclemencia, lo que

dió motivo al superior gobierno de esta ciudad para publicar bando prohibiendo se permita andar cerdos por las calles y aún á mandar matar los perros bravos y de presa.»

Este destinguido vecino añadió :

«Que tiene por tan necesario el establecimiento de una casa que remedie los daños dichos, que á tener facultades suficientes haría por sí esta obra, creyéndola por un servicio singular á Dios, al Rey y á la República...»

Don Francisco Cabrera, comerciante, que ha ejercido oficios honoríficos de alcalde y regidor, dijo :

«Que al declarante le sucedió siendo alcalde ordinario de esta ciudad, que habiendo salido de ronda una noche en la zanja que dicen de Viera, haber hallado entre una manada de cerdos un niño acabado de nacer que estaba empezado á comer de dichos animales...»

El Regidor alferez real don José Antonio Ibañez expuso :

«...Al declarante en el término de diez y seis años á esta parte le han echado en sus casas, siete expósitos, de los cuales recogió cinco por haber sido en horas en que estaba en la casa... que muchos de estos niños los echan en huecos y entre cercos y otras partes y que han perecido á la inclemencia por no saberse...»

Don Francisco de Espinosa y Muxica, que ha ejercido los empleos de alcalde y regidor, dijo:

«Que uno de los circunstantes (en una tertulia de amigos) expresó que él retirándose á su casa á media noche reparó en la plazuela de Santo Domingo que estaba una mujer arrimada á una canoa, donde tenían agua para la obra y reedificacion de la Iglesia y movido de la curiosidad se mantuvo en la esquina hasta que al cabo de rato, caminó dicha mujer y que la siguió hasta que vió donde entró, y volviéndose al paraje donde estaba la dicha canoa,

por saber que hacía allí, halló una criatura ahogada dentro de la misma canoa...»

Estas declaraciones muestran evidentemente cual era el estado social de la época, la frecuencia de los infanticidios, la inhumanidad de abandonar las criaturas, ora por ocultar una falta ó por la miseria de las madres. He querido que compareciesen estos testigos, despues de un siglo, para que se conozca la sociedad de entónces. Había á corta distancia del Colegio cercos de tunas en todas direcciones, cerdos paciendo en las calles que frecuentaban los perros, y las cuales solo eran vijiladas por rondas. Ni los vecinos testigos de un crímen lo denunciaron, ni la autoridad tomó otras medidas que prohibir que los cerdos anduvieran en las calles y mandar matar los perros bravos. ¿Y la justicia estaba muda en presencia de esos infanticidios frecuentes? ¿Por qué no se iniciaron los procesos necesarios para castigar tales crímenes?

El testimonio oficial de la informacion que tengo en mis manos nada dice : el procurador síndico tampoco se refiere á esos procesos, nadie se preocupa del castigo de las madres culpables y solo se piensa poner remedio por el establecimiento de una Casa de Niños Expósitos.

En vista de estas declaraciones, el Virey por decreto de 5 Julio de 1779 manda pasen esas diligencias á la junta de aplicaciones, para que conociéndose en esta la urgente necesidad que justifican, trate de los medios que puedan repararla.

La junta de aplicaciones tenía á su cargo la administracion de las temporalidades formadas con los bienes de los jesuitas expulsos, la cual debía destinarlos para objetos de servicio publico y bien del comun. Por ello es que el Virey le envía las diligencias para que de tales bienes señale cuáles pueden ser aplicados ó destinados

á mantener la proyectada Casa de Expósitos.

En el auto que dicta, estracta las circunstancias del espediente y dice:

« Y teniendo presente esta Junta que la casa de ejercicios de mujeres que casi desde la expulsion está sirviendo de Arsenal es muy cómoda y propia para este destino, aunque sea interinamente, respecto de que por esta Ilustre Junta está aplicada al mismo fin de su ereccion y consultando á S. M. segun consta del acuerdo de 20 de Setiembre de 1773, que se ha leido... y concluyendo en reducir en dos puntos dicha su representacion, el primero á la formacion de la casa de Cuna, y el segundo á la ereccion de escuelas en todos los pagos de esta jurisdiccion para la enseñanza de primeras letras... »

Los vocales opinaron que estando de acuerdo el virey, se procediese á la fundacion de la Casa de Cuna, destinándose á este fin la Casa de Ejercicios de mujeres, costeándose

del caudal de temporalidades los arreglos y composturas que sean necesarios. Para renta de dicho establecimiento destinaron las nueve viviendas comprendidas desde el número 2 al 10 que son situadas parte de su frente á la Plaza mayor mirando al Norte, empezando desde la casa de doña Petrona y doña Catalina Soraste y el resto mirando al poniente frente á las casas de don Agustin Casimiro de Aguirre y del señor Arcediano de esta Santa Iglesia don Miguel de Riglos, hasta encontrar con la de don Eugenio Lerdo... Los alquileres anuales ascendían á 1166 pesos, pero deducidos los gastos, el líquido se calculó en 882 pesos al año. La dicha junta se reserva providenciar acerca de las escuelas de primeras letras en la campaña interin se forman los informes necesarios.

El virey Vertiz dictó auto aprobativo de estas medidas «para ocurrir á la urgentí-

sima necesidad y lamentables sucesos... dandose cuenta á S. M.»

Tales son las constancias del expediente cuyo testimonio expedido á solicitud de don José Martinez de Hoz, administrador de la Casa de niños Expósitos, fué otorgado por el escribano público don Narciso de Iranzuaga. Este testimonio conservado por uno de tantos coleccionistas me ha servido para esta narracion, probando por ello lo útil y benéfico de estos conservadores de papeles viejos, que sin ofender el derecho de tercero, guardan estos papeles para que alguna vez puedan ser útiles. Y ya que otra cosa mejor no pudiera hacer yo, me limito á poner en letra de molde estas noticias sobre la sociabilidad de los tiempos pasados, como elementos que alguna vez ha de buscar el historiador-filósofo, que abandonando la simple crónica, estudie la filosofía de los tiempos coloniales, como antecedentes ne-

cesarios y lógicos de nuestra sociedad actual.

Tal fué la creacion de la Casa de Niños Expósitos. Más tarde, con el objeto de mantener y conservar tan humano establecimiento, se solicitó privilegio para vender en todo el territorio del virreinato cartillas y catones, ¡ cómo si hubieran muchos que aprendieran á leer ! En vez de facilitar la enseñanza primaria para evitar los crímenes, y entre los más detestables el infanticidio ó el abandono de los hijos, se quería dificultar hasta los medios para aprender á leer. ¡ No es estraño entónces que en el Paraguay hubieran ocurrido á pintar sobre tablas el abecedario para que los muchachos no rompiesen la cartilla !

La sociedad era entónces tan pobre, los impuestos tan limitados, que los empresarios de la *Casa de Comedias* pagaban mil pesos anuales para ayudar á mantener los niños expósitos, y los tales empresarios estaban en ruina !

Más aún, el hermano mayor de la Hermandad de Caridad en 7 de Mayo de 1788 había solicitado que se señalase como contribucion el producido de la venta de los negritos y mulatillos que fuesen puestos en el torno de la Casa de Expósitos, declarándose á su favor la esclavitud de esas pobres criaturas. ¡Pobres! arrojados del seno materno tal vez para que fuesen libres, se quería crearlas como una propiedad cuya venta pudiese servir para criar otros; estableciendo así el comercio de carne humana en lo más atroz y repugnante, utilizando la culpa de la mujer para aumentar las rentas de una casa de caridad.

Hágase empero el honor debido al Rey y á la administracion española, que calificaban de piadoso ese establecimiento, y formaron una junta para que proyectase la creacion de rentas para mantenerla.

Ni el privilegio de la venta de cartillas, ni

la venta de los negros y mulatillos arrojados al torno, fué aceptado como recurso honesto![1]

Desde 1779 hasta 1802 se habían recogido 2017 niños!

Y bien, sin la manía del coleccionista se ignorarían estas cosas. Si yo tenía necesidad de algun dato, de registrar algun periódico de la época, ocurría al coleccionista conocido; pero este, despues de echar abajo sus empolvados librotes, de sacudirlos, de revolver los montones de diarios, terminaba por decir: yo tengo lo que usted busca, pero no puedo encontrarlo. Nunca me dió personalmente un dato, jamás supo indicar una fecha, y mucho menos coordinar dos ideas. Se lamentaba de no poder hacer sus catálogos, y no sabía ni cómo empezarlos.

[1] Véase *Revista de Buenos Aires. Fundacion de la Casa de Niños Expósitos*, por V. G. Quesada.

Fué en 1827 que ese santo establecimiento se puso bajo la maternal direccion de la Sociedad de Beneficencia, con arreglo al decreto de 2 de Enero de 1823, entregando al cuidado de las madres de familia la crianza y educacion de los hijos que sus madres abandonaban. Desde entónces las matronas de Buenos Aires han gestionado esos intereses con nobilísimo celo y caridad afectuosa.

Pero, ¡ay! hubo un dia de iniquidad abominable, fué aquel de 1838 en que se mandó cerrar aquel establecimiento! Fúndase ese decreto en la falta de fondos hasta «para las mas vitales atenciones».

Esta ciudad volvió á los tiempos en que las criaturas se arrojaban recien nacidas en las puertas de las casas, en los zaguanes, en los átrios de las iglesias, en los huecos de las paredes, en las calles!

—Quisiera saber cuándo se reabrió la Casa

de niños expósitos, le dije un dia á mi amigo el coleccionista.

Me contestó que no recordaba la fecha, le busqué con insistencia y siempre le encontraba ocupado en mover y remover sus colecciones, en criticar á los otros aficionados á su ramo, en lamentar las rapiñas que le hacían de sus papeles viejos, y en maldecir á los escritores que no sabían coleccionar como él, que no tenía un peso sinó diarios, periódicos y libros. Jamás daba en bola con una noticia, y hablaba siempre del proyectado arreglo de sus colecciones. Temía que otro las organizase, porque suponía que todo lo raro que él poseía transmigraría al bolsillo de sus rivales en papeles viejos.

Como no sabía nada, no tenía opinion sobre nada: solo sabía que había comprado diarios ó periódicos de este ó aquel año, pero jamás pudo dar razon ni cuándo apareció el primer número, ni cuándo cesó de publicar-

se. No tenía tiempo para formar los catálogos, se ocupaba en comprar.

—Díjele al fin ¿pero por qué no ha echado una mirada á los diarios de 1852, en ellos encuentra usted el decreto de 16 de Marzo que manda reabrir el establecimiento, bajo el noble patronato de la «Sociedad de Beneficencia»?

—¡Ah! sí, sí, he visto en las calles muchas veces filas de niñas vestidas de celeste y sombrero de paja, que son del Colegio de Huérfanas.

—Pero si yo no pregunto lo que se vé en la calle, sinó lo que usted tiene en sus diarios ó en sus libros, le repliqué. Porque no había paciencia para soportar el aire sério y dogmático con que decía las más lamentables vulgaridades.

—Sí, me decía, pero si yo sabía que ese decreto se había dado, únicamente no comprendí lo queusted deseaba. Es en 1852 en

efecto, que se reabrió el Colegio de Huérfanas...

Tal era el hombre ahogado por los papeles, pero sin leerlos, sin saber lo que decían.

Pero si él no podía utilizar esos tesoros, otros podían ocurrir á esplotarlos, sin que él negase el permiso, á pesar de estar de planton tanto tiempo cuanto duraba el estudio del que allí registraba sus colecciones.

Es en estas largas rebuscas que tomé notas sobre lo que voy ahora á referir.

Pasan las gentes por delante del actual hospital de mujeres, y solo saben que allí están algunas desgraciadas enfermas, asistidas por la beneficencia pública; pero no saben que se empezó ese edificio en 1744, para recojer las niñas huérfanas, bajo el amparo de la Hermandad de Caridad, situado en sitio propio de esta, cerca de lo que entónces era Capilla de San Miguel, estramuros de la ciudad colonial, cuyas calles

eran pantanos y probablemente cercos de tunas y pitas limitarían las huertas de los moradores en ese lugar. Pero el celo de los fundadores tropezaba con la falta de recursos, al estremo que con el dinero de algunos acaudalados vecinos como Alvarez Campana, como el benemérito sacerdote don José Gonzalez, se iba manteniendo llevándoles socorros hasta de comida, y trabajando las recojidas para comer y vestirse. Este sacerdote emprendió viaje á la Corte para demandar la proteccion real: en ese establecimiento estaban huérfanas, recojidas y ademas colegialas que pagaban: había una rectora, vice-rectora y maestras. El Rey le concedió la estancia de las Vacas, en la Banda Oriental, y la Botica que tuvieron los regulares expulsos: ambas fueron de los jesuitas y se destinaban al colegio de huérfanas.

Necesitaba noticias históricas sobre esta fundacion y me dirijí á casa de mi amigo el

conservador de papeles, el cual esta vez me dijo: en la *Revista de Buenos Aires* encontrará usted lo que busca; pero no recuerdo el año ni el tomo. En efecto, allí he encontrado las noticias sobre las cuales me fundo al escribir estas páginas, en todo lo que no son recuerdos personales y directos.

En el Colegio había pupilas de las primeras familias; una escuela para externas en la cual se enseñaba á leer y escribir, cuando sus padres lo permitían, pues entónces algunos ignorantones creían que era peligroso. Había un calígrafo viejo llamado Matorras que era el que enseñaba á escribir y otro llamado don Angel; ambos daban lecciones en las casas particulares.

Además de aquel destino, en el Colegio de Huérfanas se depositaban las mujeres casadas en los casos de pleito de divorcio, en los de disenso, y se recogían á las niñas huérfanas. A las colegialas se les cortaba el pelo,

se las vestía una túnica azul y una toca amarilla. Hacían vida claustral, como si fuesen monjas: no salían á la calle, y en las ceremonías en San Miguel asistían entre las rejas y celosías para no ver ni ser vistas.

Una de las ocupaciones lucrativas era todo lo relativo á dulces y confituras: bordaban y tejían mallas, hacían flores artificiales, costuras, tejían medias y guantes. Allí ocurría el público para todo lo necesario y relativo á estos objetos. Con ello se procuraban una renta y tenían ocupacion honesta.

Cuando algun artesano ú otro hombre cualquiera quería casarse, se veía con el capellan en solicitud de novia, este hacía venir á las candidatas á su presencia y el pretendiente escogía á primera vista. Por este hecho adquiría el derecho de visitar á la novia en el cuarto del capellan, pero solo durante el tiempo indispensable para terminar el casamiento que bendecía el mismo capellan.

Tal fué el régimen observado durante la vida del presbítero don José Gonzalez.

Anualmente se daba una comida el día de la primera comunion, á la cual asistían todos los de la cofradía de la Hermandad de Caridad y las principales señoras.

Las colegialas cantaban en las fiestas religiosas en San Miguel; pues el colegio se comunicaba con la iglesia interiormente: dos eran las grandes fiestas, la de Nuestra Señora de los Remedios y la de San Miguel.

Suprimida la Hermandad de Caridad por decreto de 1° de Julio de 1822, fué en 1823 entregada á la Sociedad de Beneficencia.

Este establecimiento está hoy en lo que fué Convento de la Merced, tiene comodidad, aseo y un bonito jardin interior. Sobre una lápida de mármol se lée: *Colegio de Huérfanas.*

¡Cosas de los tiempos pasados, que en los

tiempos que corren nadie piensa, pero entónces como ahora....

Vá el caballo trás la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando.

Pero por modesta que fuese en el siglo pasado la ciudad que hoy se titula Capital de la República, despues de haber sido del Vireynato, sin embargo, los capitulares la llamaban en 1634 *llave de estas provincias*, llave que la geografía hizo y que el hombre no ha podido ni perder ni romper, aunque la haya falseado muchas veces y algunas querido convertirla en cerrojo.

Tiempos hubieron en esta actual ciudad del papel moneda, donde para las ventas y compras no había moneda sinó «frutos de la tierra» y solo se hacía trueque y se cambiaba lo que á uno sobraba por lo que faltaba al otro. ¡Qué curiosos tiempos!

El Cabildo decía á su apoderado en Madrid allá por los años de 1634... «que ha venido á muy grande disminucion, de manera que casi no hay cárcel pública, casas de Cabildo, archivo, ni carnicerías!...

Eran tales los tiempos aquellos que el monasterio de la Merced estaba distante del comercio!

Pero no bastaba recojer algunas pobres cristianas abandonadas, ni educar alguna huérfana ¿Dónde se asistían á los pobres enfermos? Era tan malo el hospicio, reducido para los soldados y militares del presidio, así se llamaba, que «mueren mas de necesidad que al rigor del accidente», como lo expresa la Real cédula que más tarde autorizó que fuesen los Betlemitas los que se hicieran cargo del hospital, donde hace pocos años se veían los sólidos muros de una iglesia y el pátio cuadrado, con corredores bajos, y techos de teja donde se fundó el primer hos-

pital. Expulsados aquellos religiosos, eu 1822 se convirtió en cuartel. Durante el gobierno de Rosas allí estaba el batallon de negros *Restauradores de las leyes*, mandados por Narbona y por Barbarin. Antes fué ocupado por la «partida de Alcaráz», como se llamó el piquete de policía.

En ese mismo sitio se levanta hoy la *Casa de Moneda* de la Nacion, uno de los edificios públicos más modernos.

Ya que mis visitas á casa del coleccionista han dado motivo á que dé ahora estas páginas, conviene que las complete con otros apuntes sobre las cosas de los tiempos pasados y aunque aparezcan descosidos, y como cuentas ensartadas sin armonía, publícolos para que no corran la suerte de los papeles de aquel curioso é inefable hombre-hormiga, que tanta pena se daba para aglomerar papeles viejos, y que no se han conservado despues de su muerte.

Estos apuntes incoherentes hubiera podido completarlos en las colecciones de aquel hombre, pero de ellos no quedan sinó el recuerdo, y creo que muchos montones de diarios fueron comprados en el remate público como papeles inútiles...!

Sí esas colecciones, como tantas otras que existen en poder de eruditos, fuesen adquiridas por la *Biblioteca Pública,* y si este establecimiento fuese útil, administrado con levantado criterio, empleando los fondos en adquirir libros modernos, y se cuidase de completarse las colecciones truncas, ó que se han truncado por desidia ó nulidad, allí irían los que quisiesen indagar el pasado, en vez de ocurrir á los pocos particulares que como el coleccionista fallecido sirvió solo para aglomerar papeles, que pocos han podido aprovechar.

Las pobres letras deben empero á estos inocentes monomaníacos el haber despertado cierta curiosidad por los papeles antiguos, á

lo que no poco ha contribuido don Antonio Zinny, el más incansable rebuscador de todo cuanto con lo pasado se relaciona. Por él se conoce una bibliografía periodística, así como por las eruditas y pacientes indagaciones del doctor don Juan María Gutierrez se tiene una bibliografía de lo publicado por la imprenta de Niños Expósitos.

Les precedieron en esta tarea el benemérito canónigo Segurola, cuya coleccion de papeles se conserva en la Biblioteca Pública; don Joaquin Araujo; el santafecino Leiva; el doctor don Miguel Olaguer Feliú, que dispuso que su coleccion de manuscritos pasase á la Biblioteca de la ciudad de Buenos Aires, coleccion que no puede salir honestamente de aquel establecimiento y de la Capital.

Inútil me parece recordar las notables colecciones de los bibliógrafos eruditos general don Bartolomé Mitre y don Andrés Lamas, los cuales son tan generosos en permitir su

estudio, como en dar á luz sus importantes y notables trabajos. Estas son las más ricas bibliotecas americanas que tiene la ciudad deBuenos Aires.

El doctor don Angel J. Carranza, el señor Fregueiro, el doctor Zeballos y otros, son tambien coleccionistas meritorios.

Pero todos ellos por su reconocida inteligencia no pertenecen á la especie de simples aficionados á reunir libros y papeles americanos: coleccionan para publicar el fruto de sus estudios y la historia y la literatura les debe muchas obras importantes.

En ramos especiales, como el derecho internacional, la más rica biblioteca es la del doctor don Amancio Alcorta; pero esa coleccion formada con criterio y sin economizar gasto alguno, está al servicio de uno de los escritores más laboriosos y sus obras son timbre que honra al país, por su seriedad, el saber que revelan y su erudicion.

Otro coleccionista digno de especial mencion es el doctor don Rufino de Elizalde, en todas aquellas materias que se relacionen con el derecho internacional y la historia diplomática argentina. El doctor Elizalde es generoso con sus amigos y ofrece sus tesoros bibliográficos que guarda con método, de modo que con provecho se puede ocurirr cuando se trata de las cuestiones internacionales que ha sostenido la República.

Estos y otros tantos coleccionistas, son eruditos que merecen la gratitud de los estu diosos, y no pueden ser colocados en la categoría de aquellosque solo por manía reunen y guardan los papeles viejos.

De modo que los viejos ó los que son aficionados á lo viejo, son una cadena que une la juventud al pasado, y esta sin culpable ingratitud no puede condenarlos al olvido y al desden. Sin ellos, imposible fuese estudiar los tiempos pasados.

Pero ya que del pasado hablo, no quiero todavía poner punto final.



La ciudad de Buenos Aires ha esperimentado diversas revoluciones topográficas y muy profundas sufrirá el dia en que se construya la Universidad en los terrenos del Parque de Artillería ó en el Retiro y en que se edifique el Palacio Presidencial en otro sitio que el ocupado por la Casa Rosada, ó aquel en que el Congreso abandone el pobrísimo edificio en que funciona alternando en las sesiones legislativas el Senado y la Cámara de Diputados de la Nacion. Y si la Municipalidad no reedifica su morada, tendrá que desalojarla, porque allí no pueden co-existir la Policía, casa de detencion preventiva, y las oficinas del Gobierno municipal de la Capital de la República. Pero sea de lo porvenir lo que fuere, yo solo me ocupo de lo que

fué esta ciudad, porque no me gustan las hipótesis tratándose de cosas tan positivas.

La poblacion de esta ciudad, ó si se quiere, el vecindario de la Capital, ha esperimentado varias revoluciones topográficas que han modificado el valor de la propiedad urbana, los usos de ciertos barrios y los hábitos y costumbres de los nuevos centros donde han asentado sus reales los innovadores. En efecto: antes la *plaza chica*, barrio del Sud, era el del comercio de comestibles, especialmente allí estaban situados los almacenes de vinos españoles. Pero no era solo en el pequeño centro llamado plaza chica, era en el barrio de Santo Domingo donde estaban las casas de comercio de importancia, sobre todo, el comercio español y criollo. La casa de Vivot, Martinez de Hoz, Masa, Masias, Santa María, Llambi y Cambaceres, de los hermanos Murrieta y tantos otros que escapan á mi memoria frágil.

En otros centros estaba el comercio inglés, las casas introductoras más importantes: luego venían los registros que tambien tenían sus calles predilectas, y en la del Buen Orden y de las Torres antes, hoy Rivadavia, se encontraban las tiendas del comercio de la campaña, de objetos especiales de campo, cuando en el campo vestían chiripá, poncho y calzoncillos y cabalgaban con recados. Las platerías se habían concentrado en otro barrio, y estas se subdividían, pues había especialistas para estribos, espuelas, chapeados, mates, bombillas, cabos de rebenques, pasadores para los frenos y rienda; todo de plata, hechura del país, al gusto y para los usos del paisanaje.

En la calle de Maipú, llamada de los *Mendocinos* se encontraban las casas de comercio de artículos de las provincias, industrias embrionarias en tejidos especialmente.

Allí se veían los pesados frazadones de

Córdoba, tejidos de pura lana, muy pesados y compactos, con flores de colores vivísimos que mostraban los ricos tintes indígenas: las colchas de lana punzó con motitas rojas, tejidas en Córdoba y Santiago del Estero; los pellones tucumanos teñidos de azul-negro, con los largos hilos de lana como si fruesen pieles de animales imposibles, pero que eran blandos asientos para colocar sobre el recado para cabalgar cómodamente: los cojinillos curtidos de cuero, flexibles como seda; los bordados de colores, los jergas pampas, los tejidos en la provincia de Santiago, los ponchos calamacos, los ordinarios, los de vicuña, los de seda indígena: suelas que huelen desagradablemente, curtidas con el cebil hediondo; los quesos de Tafí y Cafayate, el arrope, el masacote, el *patay*, el maní, la algarroba de vaina amarilla y de aromático olor, las pasas de uva y de higo, la aceitunas aprensadas de Mendoza, aceitosas y apetito-

sas, los orejones, las frutas secas, los vinos de Cuyo, y en otros tiempos más remotos, los tejidos de lana para vestir á los esclavos, los estribo-baules de madera primorosamente tallados en la provincia de Santiago, las riendas tejidas de finísimas tirillas de cuero y tantas y tantas cosas que conducían aquellas pesadas tropas de carretas tiradas por seis bueyes, ó las arrias de mulas venidas de las provincias de Cuyo. Aquello era un centro de la industria criolla, sencilla en sus gustos, teniendo en cuenta la duracion y la solidez del artículo comprado. Ese era un centro con su sello especialísimo, sus necesidades peculiares, sus gustos nativos: usos, gustos y costumbres que se han transformado, desapareciendo las industrias rudimentarias.

Los Bancos se han reunido actualmente en lo que fué un barrio tranquilo. El Banco de la Provincia ha levantado un suntuoso edi-

ficio en la calle de San Martin; el Banco de Lóndres y Rio de la Plata ha edificado su casa especial en la esquina de las calles de Reconquista y Piedad; en la de enfrente levanta hoy el opulento banquero español don José de Carabassa un espléndido edificio para su Banco, y en la otra esquina, en antiguo edificio, funciona el Banco Nacional; en la misma acera, en la calle de Piedad, está el Banco de Italia y Rio de la Plata, edificio construido *ex-profeso* vasto y cómodo; el Banco Inglés acaba de terminar su magnífico edificio, con frente de piedra, y cuyo salon ocupa todo el frente del terreno con 18 metros de fondo.

De manera que todos los Bancos se han reconcentrado en un pequeño radio, cerca de la Bolsa de Comercio y no distante del Banco Hipotecario: edificio exageradamente suntuoso. La revolucion topográfica se ha producido, pues, en ese centro, atrayendo como

es natural escritorios de corredores y de agentes de comercio. Allí está el gran movimiento y es como la *City* de Lóndres en ciertas horas de la mañana.

Si prescindiendo de la cronología y echándose solo en la inefable vía de los recuerdos, se piensa lo que eran las casas opulentas, los centros aristocráticos, los barrios de la sociedad decente, acomodada y pretenciosa, entónces la vieja ciudad ofrece otros aspectos variados y curiosos. Aspectos que no están descritos, que no se encuentran en los papeles viejos de los coleccionistas, porque pertenecen á la crónica oral, á la tradicion, á esas conversaciones escuchadas al calor del brasero, allá en los inviernos de otras edades, ó más tarde oídas á los viejos que iban sobreviviendo á sus contemporáneos y que al calor vivaz de la llama, avivaban su memoria y contaban con ese colorido que da relieve á las escenas y movimiento á las figu-

ras, lo que habían visto, y lo que ya no veían los que escuchaban esas reminiscencias.

¡Qué admirable es el poder de la memoria! ¡qué fecundidad inagotable tiene la mirada sobre el pasado, cuando se puede reconstruir la sociedad que fué, con sus trajes, sus preocupaciones, su multitud, hoy extinta y reemplazada por otra multitud más ágil, más bulliciosa, más petulante y más activa!

¿Quién no recuerda la conversacion festiva, anecdótica y locuaz de don Gregorio Gomez? La crónica social, las aventuras galantes, las intrigas políticas, eran expuestas con un colorido vivo, y sus oyentes creían asistir á un mundo en el que no habían vivido. Los viejos tienen ese poder irresistible de la fascinacion retrospectiva, cuando no ha empezado la decrepitud de los años: la chochera lamentable y fastidiosa. Pero cuando la vejez es fuerte, alegre, porque aún hay *mens*

sana in corpore sano, entónces se vé el pasado al travez de esos testigos que se van, pero que antes de ocultarse para siempre se apresuran inconscientes á narrar lo que vieron. De manera que se puede repetir con el bardo colombiano :

. . . .

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo rio,
Casita blanca... y esperanza, adios !

Un paseo retrospectivo por la ciudad antigua mostraría que la casa de la virreina vieja estaba situada en un centro aristocrático : que en la cuadra de la antigua calle de la Catedral, llamada ahora de San Martin, se encontraban las casas de los Escaladas, de don Francisco del Sar, la del médico Montufar, tieso y pretencioso á pesar de sus años, verde en el decir y chistoso en el pensar; en

la calle de Belgrano la casa que fué de Marul, de Espinosa, de los Monteros y despues de Constanzó.

La casa que ocupa el Banco Nacional, verdadero palacio colonial por los grandes patios y espaciosos corredores, fué hecha construir por el acaudalado don Francisco Ignacio Ugarte: en ella dió famosos banquetes; le llamaban el cojo Ugarte.

Los acaudalados don Gaspar de Santa Coloma, don Tomás de Belaustegui, don Martin de Alzaga, don Antonio García Lopez, don Martin de Sarratea, don Diego Agüero, don Manuel de Arana, don Juan Bautista Elorriaga, don Juan Antonio de Lezica, y tantos otros, como Alvarado, de las Carreras, Gardeazabal, Beláustegui, Tellechea, formaban un centro de capitalistas respetables. Para probarlo bastaría decir que en la suscricion mandada levantar por el Virey á 27 de Agosto de 1806, sus nombres figuran como donantes

desde la suma de 3000 pesos fuertes á 1500, lo que, dada la época y la situacion de la ciudad despues de vencer á los ingleses, es una prueba de que eran gente pudiente.

La casa que hizo edificar don Juan Bautista Eleorraga, frente á San Francisco, en la esquina de las calles Alsina y Defensa, fué notable en su época por ser de altos, como se decía, y ocupar extension considerable. La quinta, situada sobre una barranca pintoresca es todavía famosa.

Doña Agustina Lopez de Ortiz de Rosas, madre de don Juan Manuel de Rosas, ocupaba su casa calle de la Defensa, que se conserva tal cual fué, frente al paredon de San Francisco.

En 1803 la autoridad del Cabildo firmó su posesion á don Francisco Antonio de Beláustegui del terreno esquina llamado la *chanchería*, donde este edificó las casas de altos esquina de Perú y Victoria, cuya planta baja

despues de muchas reedificaciones, ocupa ahora la celebrada sombrería de Bazille.

Mr. Robertson edificó la casa calle hoy de San Martin, perteneciente actualmente á la familia de Iturriaga, y cuando el general don Cárlos María de Alvear la compró á su dueño; en el inventario figuraba la chimenea de mármol de Carrara, avaluada en 6000 pesos fuertes. Este hecho prueba que había lujo en su edificacion, aunque solo era de un solo piso bajo. Despues fué reedificada tal cual hoy se halla.

En esa sociedad antigua había damas distinguidas como doña Casilda Igarzabal, doña María de Azcuénaga, doña Ramona Lopez de Arruya, abuela de don Juan José, don Tomás Manuel y don Nicolás Anchorena, señora que ella misma daba lecciones á sus nietos y corregía sus planas, criticando las gracias en los rasgos de pluma de sus pequeños calígrafos. Doña Estanislada Casio de Gutierrez, amante

de la literatura y lectura de obras francesas, cuya lengua extranjera conocía[1]. Doña María Sanchez de Mendeville y otras.

Entre las bellezas femeninas cuya memoria guarda la tradicion oral, se colocan en primera línea doña Dolores Villanueva de Riglos, tipo de verdadera hermosura, segun me

[1] Las damas han ejercido verdadera influencia social y política. En la primera época se asociaron hasta para la compra de armas, y generosamente se desprendían de sus joyas. Las *patriotas* usaban el pelo de un modo característico, y las *godas* de otro: la division se hacía así profunda y entraba hasta en el seno de las familias.

Tengo á la vista cuatro páginas impresas en la *Imprenta de Niños Expósitos*, y bajo el título: *Memoria sobre la necesidad de contener la demasiada y perjudicial licencia de las mujeres en hablar*. Buenos Aires, Marzo 12 de 1813. M. G. Este autor dice, y lo cito por caracteristico: « Yo hablo de esa libertad desmesurada y escandalosa en producirse que sin respeto alguno á tiempo, lugar ni personas, dolorosamente se observa en muchas de las señoras mujeres, persuadidas que lo apreciable de su sexo les sea un asilo seguro, desde donde puedan impúnemente insultar al respetable magistrado, al honrado ciudadano, á la santidad de las leyes, á todo lo más sagrado que contiene el cuerpo social...

lo decía un contemporáneo. Doña N. Balbastro de Miller, bellísima dama. Todas las Saenz Valiente, famosas por su esbeltez y donosura.

Más tarde fué célebre y muy celebre doña Catalina Beñavidez: una de las más lindas mujeres que se puede imaginar.

«Dá verguenza, y toca ya la raya de lo escandaloso, el modo libre con que se expresa un número no muy despreciable de jóvenes patricias en órden á los negocios políticos y que á fuerza de tantos sacrificios sostienen los dignos hijos de la patria. Ellas á la vez se muestran pesarosas de nuestros triunfos, satirizan las más sábias disposiciones de nuestro alto gobierno, insultan á nuestros decididos hermanos, se mofan de las muestras exteriores de nuestros públicos regocijos, y haciendo ligas y conciertos escandalosos con los implacables enemigos de nuestra soberanía, se retiran á lo oscuro y más recóndito de sus retretes, para allí en union con ellos burlar la nuestra dignidad y progreso.»

Ignoro quien sea el autor de esta diatriba, pero ella caracteriza el hecho de la influencia que ejercía la mujer en la política y en la sociedad. Ese lenguage no podía explicarse si no hubiérase sentido la accion femenina, y por hiriente que sean sus términos caracterizan un momento crítico.

Y sin guardar cronología en la designacion, las notabilísimas y famosas bellezas doña Agustina Rosas de Mansilla, doña Cármen Zavaleta de Saavedra y doña Carolina Lagos de García; todas tres, tipos distintos, pero figuras notables, verdaderos tipos de belleza en cualesquier país culto.

No es posible citarlas cronolójicamente, pues pertenecen á diversas generaciones ya desaparecidas. Se conservan solo dos ancianas que no son ni sombra de lo que fueron. El tiempo todo lo cambia y modifica.

Entre las familias distinguidas de aquellos tiempos, se pueden citar la de Larrazabal, que era de campanillas en la época colonial, Riglos, Zabala, D. José de Lezica, Aguirre, Lafanota, Rodriguez Peña, que fundan más tarde en su quinta el *Club de la jabineria*, D. Cristobal de Aguirre, Monasterio, Mansilla, los Viamonts, y tantos otros.

Las calles no tenían nombre, ni número

las casas, como puede inducirse de los avisos publicados en 1810 en el *Comercio*: se llamaba la calle de Lezica, la de Villanueva, la de Saenz Valiente: la esquina de la Palma y la del Peligro, y otra la de la Patria. La direccion se señalaba por señas, todos se conocían, la poblacion era reducida, había pocos, muy pocos extranjeros. Las manzanas estaban numeradas, y para anunciar en venta una casa, se decía manzana número tal, calle de Lezica, ó de la persona más notable que en ella tuviese su habitacion.

Esa sociedad colonial era culta y ceremoniosa. Se dividía en el círculo del virey, los oidores y altos funcionarios, y el del alto comercio. Si no abundaban las fiestas, ni los bailes, había sus ceremonias oficiales, los besamanos en el Fuerte, morada del virey, las funciones de tabla, donde los empleados vestían sus uniformes azules ó rojos bordados de oro ó plata, calzon corto y sombrero

de tres picos, y los consejales, casaca, chupetin, calzon, media de seda negra, espadin y sombrero elástico.

Entónces los hombres usaban coleta y pelucas empolvadas antiguamente, y eran cuidadosos en el traje. Los miembros del cabildo jamás entraban á la sesion de capa, sin prévia resolucion del Ayuntamiento, y así constaba en el acta, permiso otorgado ó por la edad ó enfermedad de los capitulares, y en atencion al frio del dia en que así se resolvía.

Las señoras eran muy pulcras en sus trajes, muy presumidas, muy deseosas de que sus hijos brillasen, porque tenían en mucho el honor de la casa. Eran honestas, muy religiosas y excelentes madres.

Para demostrar que esa sociedad colonial no fué fanática, á pesar de la influencia del alto clero, entónces generalmente ilustrado, bastará se recuerde que durante las invasio-

nes inglesas, el populacho no cometió excesos contra los invasores, á pesar de ser protestantes, y ellos cultivaron relaciones con familias del país, por el cual manifestaron mucha simpatía, y en cuyo porvenir ejercieron su influencia. Los prisioneros no fueron insultados, y no se refiere ningun crímen que tuviera por móvil la diversidad del culto protestante de los oficiales y tropa inglesa.

Como una prueba de la autoridad paterna, á pesar de las convulsiones políticas, y del odio que se tenía en la primera época á todo lo que se llamaba *godo*, es decir, español peninsular, que era sinónimo de enemigo de la revolucion, citaré un solo hecho.

El padre de D. Ventura de la Vega, español y anti-revolucionario, ordenó que su hijo fuese enviado á España, para ser allí educado, fuera del contagio de las ideas que él rechazaba. El jóven D. Ventura resistió el

mandato paterno, y este ordenó fuese llevado violentamente á bordo. Llevaban al jóven, y en la esquina de Victoria y Perú, delante de la casa de Iruñi, el niño se abrazó de un poste, y á todos pidió ser librado de los criados que por fuerza lo llevaban. Se agrupó el pueblo, pero la autoridad no intervino para evitar la voluntad del *pater familias*.

D. Ventura de la Vega fué llevado á España, allí fué educado, y como súbdito español se hizo célebre, sin volver nunca á la ciudad de su nacimiento.

Este hecho fué comentado entónces, se atribuyó á tiranía paterna el mandato, pero el español no cedió, y su hijo único fué educado en el centro que él juzgó convenía á su porvenir. ¿ Quién tuvo razon ? ¿ Ventura de la Vega hubiera tenido una figura más espectable como ciudadano argentino que la que alcanzó en la monarquía española? No me gustan los juicios hipotéticos : narro un

suceso muy conocido y muy ruidoso que la tradicion oral ha conservado.

Si alguno quisiese darse cuenta del tamaño de los edificios que ocupaban las grandes familias de aquellos tiempos, visite la casa de Altolaguirre en las barrancas del barrio del Pilar, donde hubo hace pocos años un colegio. Esas casas, como los olivares en ruina de los contornos de la ciudad, son los vestigios de los tiempos pasados que el espíritu renueva, modifica y transforma.

Las grandes casas de los tiempos posteriores se pueden apreciar por la que edificó D. Juan Martin de Pueyrredon, esquina de Piedad y Reconquista, en la manzana del teatro de Colon.

Cuando se levantaba ese edificio, y su propietario contemplaba cómo progresaba la edificacion, Balbastro, célebre por decidor de cuchufletas, le dijo al pasar: « Señor D.

Juan Martin... la murmuracion pasa, y el provecho queda en casa».

Las crónicas y habladurías de la época hacían circular voces que Pueyrredon no desmintió, y el hecho fué que ese edificio, como el que construyó sobre las pintorezcas barrancas del barrio del Socorro fueron suntuosas propiedades para su tiempo y para las poblaciones de entónces. Hoy, extinguido su nombre, propiedades y recuerdos se han cubierto con el polvo que debe cubrir ciertos misterios.

La casa de D. Miguel A. Gutierrez, esquina Cuyo y San Martin, fué un edificio demasiado lujoso para aquella época ; los carruajes entraban y podía bajarse al pie de la grande escalera ; las caballerizas y cocheras interiores tenían mucha comodidad ; el comedor, sala y galerías del primer piso eran relativamente suntuosas y muy espaciosas : era un verdadero *hotel* á la francesa, digno

de un acaudalado comerciante. La casa de D. Francisco Piñeyro, calle de la Florida, la de la Brida sobre las barrancas del Retiro, la llamada de Pinto, hoy de Anchorena, sobre las mismas barrancas, eran hoteles con sus jardines y las comodidades europeas, diferentes de la edificacion urbana del género español. Más tarde el general Pacheco hacía construir el suntuoso edificio que hoy todavía llama la atencion, en la calle de San Martin, en la acera de enfrente del Banco de la Provincia.

No es posible hacer una lista de todas las casas que por la arquitectura y la distribucion eran las primeras y más notables que iniciaban la revolucion arquitectónica contra las tradiciones de la edificacion urbana colonial.

Ese cambio denota un progreso en las ideas, una emancipacion en las costumbres domésticas, en las cuales se tomaba en

cuenta el confortable y el lujo: la comodidad armonizando con la solidez. Este es un verdadero progreso social: ya no se creyó que era bastante los patios grandes, las galerías interiores, la crujía de piezas, de modo que desde la calle la vista penetraba por una série de puertas enfrente unas de otras; ahora ya se pensaba en la higiene, en tener aire, luz, y á la vez independencia de los señores con la servidumbre: las casas de dos pisos comienzan á hacerse una necesidad entre los opulentos. Era el principio del movimiento, y tan profundo ha sido el poder de la tradicion, que aún hoy hay familias que prefieren las casas de un solo piso en vez de tener sus habitaciones en la parte alta. Antes bastaron los maestros albañiles para la edificacion urbana, ahora, pero recien ahora se ocurre al arquitecto, y la decoracion, distribucion, aire y luz son estudiadas científicamente; solo el suelo conti-

núa siendo el depósito infecto de todas las aguas sucias de uso doméstico; y ese suelo infiltrado de materias hediondas es sobre el cual aún se vive en las casas de un solo piso al nivel de la calle.

Algunos ingleses acaudalados habían dado en lo antiguo el ejemplo de vivir en los suburbios de la ciudad, y la casa que hoy es de don Gregorio Lezama, calle de la Defensa, la de Brittain en la prolongacion de la misma calle en Barracas, la del Almirante Brown en lo que se llamó calle Sola, eran otras tantas edificaciones por el modelo de las construcciones inglesas; pero, aunque las opulentas familias criollas tuvieron hermosas quintas en las cercanías de la ciudad, no eran sinó para habitarlas en verano, y de ellas se conservan aún hoy muchas pintorescamente situadas, como la que fué quinta de Riglos, la de Altolaguirre, Arroyo, Pueyrredon y otros; en el lado sud la llamada Bella Vista, la quin-

ta amarilla del doctor Esquerrenca y muchas más.

Curiosísimo sería una historia de las diversas transformaciones que ha experimen- la edificacian urbana, en la que, no teniendo modelos que imitar, la estética no ha podido ser educada; porque aún cuando en los últimos tiempos se ha desarrollado el gusto por los viajes, pocos aplican á su regreso lo que han visto en los grandes centros europeos. Y aún cuando hay cosas sencillísimas y vulgares, como la parada del huevo por Colon, es preciso ver para saber cómo se hace. Eso explica el deplorable abandono de los paseos públicos, la lamentable incompetencia con que se adornan las plazas públicas y la indolencia con que se mira lo que en otras sociedades más adelantadas son necesidades que ha creado el buen gusto. Ahora comienza un movimiento digno de encomio, y el espíritu nuevo ha penetrado ya transfor-

mando y hermoseando el cementerio, la plaza de la Recoleta, la bajada y el bajo de aquel lugar, se empedra la calle ancha del Callao y Entre Rios y se pone arbolado bajo la direccion uniforme de la autoridad municipal. Estas mejoras se deben á la iniciativa de don Torcuato de Alvear, activo presidente de la Municipalidad. Eso no es sinó el comienzo, ya vendrá el desarrollo y la ciudad súcia hoy, se limpiará como es debido, como lo exije la higiene y tienen derecho sus moradores con arreglo á los crecidos impuestos que gravan la propiedad urbana. Ese movimiento no será suficientemente poderoso y fecundo si no está alentado por el calor de la opinion pública, sin la cual todo es artificial y efímero. No basta crear, es preciso conservar y solo conserva el que aprecia el mérito de las cosas; y para apreciar es preciso comenzar por saber elejir libremente sus autoridades municipales. Esta es la base del gobierno libre; el pue-

blo que descuida la base, edifica sobre arena: no merece ser libre.



Pero ya que las reminiscencias de un viejo han hecho llenar tantas cuartillas de papel de todo un poco, bueno será que diga algo de las costumbres de los últimos dias del gobierno metropolitano.

En esos últimos tiempos don Santiago Liniers, francés de orígen, galante por lo tanto por tradicion y por instinto, por aquello de que de raza le viene al galgo ser rabilargo: el referido don Santiago, más tarde conde de Buenos Aires, hermano del conde de Liniers, había introducido las costumbres galantes francesas á la luz del dia, y la dama de sus pensamientos, emancipándose de las habladurías de su tiempo, recibió parada en las ventanas de su casa en la calle hoy de la Re-

conquista, vestida de blanco, los homenages que el vencedor de los ingleses le hacía al frente de las columnas victoriosas, y ella le arrojó entusiasmada su pañuelo blanco y perfumado que él recojió embelesado. Verdad que la crónica cuenta que la bella doña Ana llevó uniforme de coronel y charreteras: la favorita no ocultaba el favor. Otra dama había conquistado al general inglés, y los muchachos cantaban: « Qué es aquello que relumbra en la calle de Merced?... Doña Tomasa... »

La dominacion colonial se derrumbaba, pues, en los comienzos de una galantería cortesana á la que siguieron los grandes y ruidosos galanteos de los militares volterianos de la independencia, tan ruidosos, tan públicos, que en el Alto Perú hasta penetraron en los conventos de monjas ! Empezaba el fermento de todas las pasiones individuales y colectivas: se sentían los precursores de que cambiaría la raiz de la familia, su orga-

nizacion, y en el estrépito de las armas y entre los víctores del triunfo y los hiperbólicos cantos de los poetas, los corazones saltaron y las pasiones desbordaron: la mujer se transformó; alguna quisiera tambien libar la copa del placer, mientras otras aceptaban el martirio. Cada época tiene su carácter.

El fraile Aldao, capellan de granaderos á caballo, lleva sable al cinto y lo tiñe en sangre; Beltran, fraile tambien, funde cañones. De todas partes se siente un ruido estraño, el doctor Belgrano se convierte en general, los gauchos en guerreros y los negros de Africa derraman su sangre por la libertad! Todo fué estraño y nuevo.

El español Monasterio establece en la abandonada iglesia de San Telmo una fundicion de cañones, y el español Larrea, como minisnistro de hacienda, contribuye á la creacion de una escuadrilla para batir los buques españoles! Todos se mezclan, todos se con-

funden: los peninsulares son á veces víctimas de persecuciones y de exacciones de guerra, como aconteció con Villanueva. Contribuciones y exacciones escandalosas y contra-revoluciones abortadas: Alzaga, el engreido alcalde de primer voto en las invasiones inglesas, es ejecutado por revolucionario; Liniers es fusilado en la Cruz Alta, y la revolucion se baña en sangre. Todo estaba ardiendo: el horizonte rojizo por el incendio, por la guerra, pero el patriotismo en vez de decaer se generalizaba, se infiltraba en las masas, y el pueblo entregaba sus hijos, se formaban ejércitos regulares; San Martin creaba la disciplina militar europea, desde la apostura guerrera hasta la estratégica, la ciencia sirvió de base al paso de los Andes, porque todo había sido previsto. Güemes alza las masas populares y las provincias del norte contienen á los invasores.

En aquellas épocas se bailaba en la capital,

los poetas cantaban las victorias en las más hiperbólicas alabanzas, el clero predicaba alentando á los defensores de la patria, y los *Te Deum* se celebraban á cada nueva victoria.

La sociedad había entrado en un período de ebullicion, los cafées eran los clubs, pues la *Lógia Lautaro* era reservada para la oligarquía directiva.

Corría el año de 1825. Los calores de Enero eran muy excesivos, cuando el dia 21 á las ocho de la noche llegó la noticia de la Batalla de Ayacucho. A las diez el cañon del Fuerte, casa de gobierno entónces, anunciaba la feliz nueva, y las campanas de todas las iglesias tocadas á vuelo atronaban el aire. El pueblo se echó á la calle, los cafées estaban llenos de gentes y de improvisados oradores: el vecindario iluminó las casas, y la alegría y el entusiasmo había llegado al paroxismo de la exaltacion. Era una victoria definitiva y la emancipacion de la América quedaba asegurada.

Tres dias duraron las fiestas.

El comercio inglés para celebrar la batalla de Ituzaingó dió un baile en lo que se llamaba la *Ranchería*, hoy Universidad, en el gran patio se hizo el gran salon. Fué tan suntuoso el baile que se gastó en él 30.000 pesos.

En el departamento destinado para el tocador de las damas había guantes, zapatos de raso blanco y medias de seda, para que se cambiasen libremente. Esta pequeñez que hoy parece ridícula, podía esplicarse porque siendo escasos los carruages era imposible que las señoras y señoritas tuviesen que andar á pié sin ensuciar su calzado.

Las costumbres se iban modificando despues de la revolucion por el contacto con el extranjero, y como es lógico, la edificacion de la ciudad seguía el mismo incremento. Se edificaba por todas partes. Verdad que en los últimos tiempos, despues de 1852, es que la ciudad se ha transformado en su parte mate-

rial: empedrado, alumbrado, medios de comunicacion y construccion de edificios. Al norte, al sur y al oeste se ha estendido la súcia poblacion, levantándose barrios enteros, pues las antiguas quintas se subdividieron y hoy son casas de familia. Por todos costados se ha desbordado una poblacion nueva, que habla otras lenguas, que tiene otros usos, que vive bajo el mismo cielo y en la misma tierra de la antigua colonia, pero que viene á transformarla por el trabajo y á veces á mostrar la podredumbre de las crísis de las viejas sociedades de donde llegan, inoculando en la antigua ciudad de las siestas, una actividad febril, un ruido atronador y un torbellino que obliga á estar pronto á tomar ora el remo ora el timon de las naves, cabalgar y volar en la ferro-vias; el telégrafo por minuto trae las noticias de todos los intereses del país y es una frágua á cuya luz se forjan los nuevos

instrumentos para un trabajo ciclópeo. ¡Qué tiempos!...

Paréceme que para *memorias de un viejo* es preciso encontrarlas en un punto concluido, porque no habría lector que despues de bostezar no estuviese dormido antes de llegar á este punto, aunque con lo dicho preciso es despedirme repitiendo:

Si el aguijon de amor pica
Excusado es poner trégua:
Va el caballo tras la yegua
Y el azno tras la borrica
Rebuznando...

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE



